

## FICCION Y REALIDAD EN EL «VIAJE DE TURQUIA» (Glosas y comentarios al recorrido por Grecia)

### I

El *Viaje de Turquía*, escrito por un hombre con ciertos conocimientos de lengua griega y de la Grecia de su época, justificaría por esa razón cumplidamente el interés de un helenista, máxime si es español, tan insólito es el caso en nuestras letras. Como es sabido, los libros de viajes a la península helénica escasean con anterioridad al siglo xvii, momento en que, normalizadas hasta cierto punto las relaciones de las potencias occidentales con Turquía, pudieron los curiosos viajeros moverse por los entonces territorios del imperio otomano con relativa seguridad. En este aspecto, el *Viaje de Turquía* es uno de los ejemplos más antiguos y desconocidos por los bizantinistas de este tipo de literatura. Como las noticias sobre múltiples cuestiones interesantes son, al parecer, en él tan numerosas como detalladas —téngase presente que el autor, a primera vista, da la impresión de dominar el romaico de la época—, un estudio objetivo sobre la extensión, veracidad y exactitud de las mismas se justifica plenamente desde el punto de vista del helenista.

El interés de esta parte del *Viaje*, grande ya de por sí, se acrecienta aún al implicarse con una serie de problemas de directa repercusión en la historia de la literatura española. El libro, por desgracia anónimo, inédito hasta principios del presente siglo, sin haber dejado en los contemporáneos ni en la posteridad inmediata la huella correspondiente a sus méritos, no le permite al estudioso otro recurso para dilucidar la maraña de su intrincada problemática que el minucioso análisis de su estructura y contenido para deducir de él, hilando los cabos sueltos, el ideario del autor, las facetas múltiples de su atrayente persona y aun su misma identidad, tan cuidadosamente celada a lo largo de sus páginas. Pero esta ponderación de lo que los ingleses llaman la «evidencia interna», si difícil en otro tipo de obras, llega a extremos poco corrientes en ésta. De su simple lectura se deduce que quien quisiera hacer un estudio pro-

fundo del *Viaje* debería estar en posesión de un cúmulo de conocimientos, rara vez reunidos en una misma persona. Aparte de la necesaria especialización en literatura española, sería menester que conociera bien la lengua y la historia turca; que tuviera conocimientos no escasos de las Sagradas Escrituras y Teología; que estuviera al corriente de la teoría y la práctica medicinal del siglo XVI; que no le faltaran, por último, una cultura clásica sólida y ciertos rudimentos de griego antiguo y moderno. Sólo después de un pormenorizado análisis de la obra en la totalidad de sus aspectos se podrían establecer conclusiones con ciertas garantías de solidez sobre sus múltiples interrogantes, entre los cuales no es el menor el de encontrarle un autor entre los muchos nombres disponibles de nuestro fecundo siglo XVI.

Por desgracia, hasta el momento no es mucho lo que se ha podido hacer en esta dirección por las mismas dificultades señaladas. El *Viaje de Turquía*, hasta el presente, sólo ha despertado la curiosidad de los hispanistas, que, aun contando con unos medios de investigación limitados, han llegado a resultados sorprendentes por su sagacidad y agudeza. Frente a la postura ingenua de un Serrano y Sanz<sup>1</sup>, aquel formidable erudito para quien tuvo Ortega y Gasset<sup>2</sup> tan cálidas frases de elogio, benemérito descubridor y editor del olvidado manuscrito de nuestra obra, y un Solalinde<sup>3</sup> que, hechizados por el encanto y la frescura del relato, lo tuvieron por la autobiografía de uno de tantos aventureros fabulosos de nuestro Siglo de Oro; el incansable erudito francés Marcel Bataillon<sup>4</sup> fundamentó, con muy buenas razones, el enjuiciamiento, hoy en día universalmente admitido, de que nuestra obra es una mera ficción novelesca, cuyo objeto es el de servir de trama a un sustancioso diálogo, donde se ventilan cuestiones de la mayor trascendencia para un español del siglo XVI. Con su perspicacia habitual, el erudito galo fue rastreando a lo largo de toda la obra un conjunto de críticas a la política de la monarquía española, unidas a ciertas peligrosas actitudes en materia religiosa, y llegó a la conclusión de que la aparente jovialidad del *Viaje* no es sino la máscara encubridora de una serie de teorías «disolventes», por decirlo así, para la mentalidad oficial de la época. Encuadrada la obra, lo que no puede negarse, dentro del movimiento erasmista

---

<sup>1</sup> En el estudio que dedicó al *Viaje* cuando lo publicó por vez primera en la *NBAE*, tomo II, Madrid, 1905, págs. CX-CXXIII.

<sup>2</sup> *Obras completas*, seg. ed. Madrid, 1952, tomo VI, p. 492.

<sup>3</sup> En su introducción a la reimpresión popular del *Viaje de Turquía* en la Colección Austral, vol. 246, págs. 9-11.

<sup>4</sup> *Erasme et l'Espagne*. Paris, 1937, págs. 712-735.

español, quedaba el arduo problema de encontrarle un autor dentro de esta corriente, y Bataillon, rechazando la paternidad de Cristóbal de Villalón, propuesta por Serrano y Sanz, se inclinó, con todo el peso de su autoridad, por el gran médico Andrés Laguna, traductor ilustre de Dioscórides y uno de nuestros pocos helenistas merecedores de tal nombre.

Con pesa de tal calibre en el platillo, la balanza se inclinó, naturalmente, por tal atribución. Después de publicarse aquel magnífico estudio sobre nuestro erasmismo, los historiadores de la literatura española prestaron casi unánime asenso a las teorías del francés<sup>1</sup>, alzándose tan sólo esporádicamente, aquí y allá, débiles voces de protesta —las de Villoslada<sup>2</sup>, Dubler<sup>3</sup> y Markrich<sup>4</sup>, por ejemplo—, que pronto fueron acalladas por la poderosa orquestación de una sinfonía de argumentos de Bataillon, reunidos en nuevos trabajos, que iban arrojando mayor número de penetrantes luces sobre nuestra obra<sup>5</sup>.

Con todo, la postura del erudito galo se afirma en una base que no se ha preocupado de cimentar debidamente, a saber, en el convencimiento de que el autor del *Viaje de Turquía* era hombre con profundos conocimientos, no ya de griego clásico, sino moderno<sup>6</sup>; en el axioma,

<sup>1</sup> Así, por ejemplo, AMÉRICO CASTRO: *Aspectos del vivir hispánico*. Santiago de Chile, 1949, p. 141. También A. ZAMORA en los artículos que dedica a Villalón y a Andrés Laguna en el *Diccionario de Literatura Española*, publicado por la «Revista de Occidente», seg. ed., 1953.

<sup>2</sup> *Historia general de las literaturas hispánicas*. Barcelona, 1951, págs. 378-383: «No es un libro de fantasía, sino de verdad histórica minuciosa, aun cuando dejemos cierto margen a la ficción».

<sup>3</sup> En el volumen IV de su monumental edición del Dioscórides de Laguna, dedicado a un estudio de conjunto sobre la figura del médico imperial. Barcelona, 1955.

<sup>4</sup> Tesis presentada para obtener el doctorado en la Universidad de Berkeley. *The «Viaje de Turquía»: A Study of its Sources, Authorship and Historical Background*, 191 páginas dactilografiadas. Desgraciadamente, no hemos podido manejar ningún ejemplar de esta tesis.

<sup>5</sup> Aparte de los estudios publicados en la *NRFH* y en *RPh*, el artículo verdaderamente importante (a la vista de los argumentos de Markrich) aparecido en el *BHi*, 1956, LVIII, págs. 121-181: *Andrés Laguna, auteur du «Viaje de Turquía» a la lumière de recherches récentes*.

<sup>6</sup> Las raíces de este enjuiciamiento se han de buscar en SERRANO Y SANZ, para quien el autor del *Viaje* era el mismo «doctísimo helenista y entusiasta imitador de los clásicos griegos y latinos» (p. CXIV) que había escrito el *Crotalón*. Y en último término, en MENÉNDEZ PELAYO (*Historia de los heterodoxos españoles*. BAC, 1956, I, p. 1086), para quien no cabía duda de que el autor de esta última obra era un helenista. Admitido el dogma para el *Viaje*, dada la supuesta identidad

en suma, de que era un humanista con una sólida formación en los diversos aspectos —entre ellos, claro está, el de la medicina— del mundo antiguo. Pero aquí tal vez Bataillon se ha dejado engañar hasta cierto punto —como sus antecesores Serrano y Sanz y Solalinde— por la fuerza suasoria de las hábiles palabras de Pedro. Porque, a tenerle a éste por impuesto en lengua griega —al igual que en latines, tudesco, francés, italiano y turco—, no mueve otra razón que sus propias palabras. Claro está que en el caso del griego y del turco, aparte de las protestas interesadas del protagonista del diálogo, se ofrecen, hábilmente seleccionadas, una serie de muestras de su dominio lingüístico de dichas lenguas, cual si se tratara de eximir al curioso lector del escrúpulo de prestarle crédito precipitadamente sin las debidas garantías. Pero, puestos ya sobre aviso sobre lo mucho de ficción contenido en nuestra obra, es lícito preguntarse si no será también un sagaz engaño del autor el presentar a su protagonista —y, por ende, a sí mismo— como poseedor de unos conocimientos que en realidad no tenía. Nadie, pues, más indicado que un helenista para responder a esta pregunta que por igual que a los historiadores de la literatura española le intriga y apasiona.

De ahí que, por legítimos motivos, nos hayamos encargado de emprender este trabajo, en el que nos hemos puesto por meta, primero, el comentar el viaje por Grecia de Pedro de Urdemalas, comprobando la veracidad o la inexactitud de las noticias sobre sus hombres y sus tierras; y luego, el compulsar la formación clásica del creador del personaje y, muy en especial, sus conocimientos de griego antiguo y moderno. De nuestro estudio, cuya contribución principal a la historia de la literatura española estriba en el acopio de materiales para una edición comentada del *Viaje de Turquía*, se podrán extraer una serie de conclusiones que apoyarán, en su caso, con nuevo acervo de datos, los puntos de vista de Bataillon o los habrán de corregir en lo que tienen de extremos. Sirva, pues, nuestro trabajo de amistoso homenaje al eminente erudito.

Nos queda por advertir que las citas se hacen con arreglo a la edición de Solalinde (Col. Austral, 1947), más al alcance de todos (aunque se respete la ortografía antigua tal como fue reproducida en la de Serrano y Sanz); y que, para mayor comodidad del lector, damos la lista de la bibliografía consultada con sus correspondientes abreviaturas.

---

de los respectivos autores, BATAILLON, a pesar de combatirla, apoya sus argumentos en pro de la atribución a Andrés Laguna en la premisa de que «ce livre postulait comme auteur un humaniste», tomando del adversario, sin percatarse de ello, precisamente la parte más débil de su tesis. Todavía, A. VALBUENA, en su benemérita *Historia de la literatura española*, cuarta ed., Barcelona, 1953, I, p. 413, asegura que «el *Viaje de Turquía* revela un humanista que domina el griego».

- ARGENTI, PHILIP: *Chius vincta*. Cambridge, University Press, 1941.
- BABIN: *Relation de l'état present de la ville d'Athènes*. Lyon, 1674.
- BATAILLON, MARCEL: 1. *Erasme et l'Espagne*. Paris, 1937, págs. 712-35.  
2. *Andrés Laguna. Peregrinaciones de Pedro de Urdemalas*. NRFH, 1952, VI, págs. 121-137.  
3. *Andrés Laguna auteur du «Viaje de Turquía» à la lumière de recherches récentes*. BHi, 1956, LVIII, págs. 121-181.
- BELON DU MANS, PIERRE: *Les observations de plusieurs singularités*. Paris, 1555.
- BENJAMÍN DE TUDELA: *Itinerarium Beniamini Tudelensis... ex hebraico latinum factum Bened. Aria Montano interprete*. Antuerpia, 1575.
- BUSBECQ, AUGERIUS GISLENIUS: *Omnia quae exstant*. Lugduni Bat., 1633.
- CALCONDILAS, LAONICO: *L'histoire de la decadence de l'Empire Grec et établissement de celuy des Turcs*. Paris, 1620, 2 vols.
- CHANDLER, RICHARD: 1. *Travels in Greece*. Oxford, 1776.  
2. *Travels in Asia Minor*. Oxford, 1775.
- CHARRIERE, E.: *Négotiations de la France dans le Levant*. Paris, 1850, tomo II (en la «Collection de documents inédits sur l'histoire de France», tomo XLII).
- CLAVIJO, RUY GONZÁLEZ DE: *Historia del Gran Tamorlán*. Madrid, 1782.
- CONTRERAS, ALONSO DE: *BAE*, tomo XC. *Autobiografías de soldados* (siglo XVII). Madrid, 1956.
- COROMINAS, JUAN: *Dic. crítico etimológ. de la leng. cast.* Madrid, 1954 (4 vols.)
- CORONELLI, M.: *Memorie istoriografiche de'regni della Morea, Negroponte e Littorati fin'a Saloniche*. Venecia, 1687, 2 vols.
- CRUSIUS, MARTINUS: *Turcograeciae libri octo*. Basiliae, 1584.
- DHLC: *Diccionario Histórico de la Lengua Castellana*. Madrid, 1936, tomo II.
- DIMITRACOS: *Μέγα λέξικον ὅλης τῆς ἑλληνικῆς γλώσσης* Atenas, 1958., 9 vols.
- DU CANGE, GG.: *Glossarium ad scriptores mediae et infimae Graecitatis*. Lugduni, año 1688.
- DU CANGE, GL.: *Glossarium mediae et infimae Latinitatis, editio nova*. Niort, 1883 y ss.
- ΕΕΙ.: *Ἐλευθερουδάκη ἐγκυκλοπαιδικὸν λέξικον* Atenas, 1929.
- GEORGIEWITZ, BARTOLOMÉ: *Libellus vere christiana lectione dignus, diversas res Turcorum brevi tradens*. Roma, 1552. No tiene numeración en páginas ni en folios. Citamos del capítulo: *De afflictione tam captivorum quam sub tributo viventium Christianorum*. -
- GERMANO, GIROLAMO: *Vocabolario italiano et greco*. Roma, 1622, reeditado en París en 1907 por H. Pernot.
- GILLES, PIERRE: *De Constantinopoleos topographia libri V*. Lugduni Bat., 1632.
- GRELOT: *A late voyage to Constantinople*. Londres, 1683.
- GUILLET: *Lacedemoine ancienne et nouvelle, par le Sieur de la Guilletière*. Paris, 1676.
- HNLH: *Ἱστορικὸν λέξικον τῆς νέας ἑλληνικῆς* Atenas, 1939.
- HUGUET: *Dictionnaire de la langue française du seizième siècle*. Paris, 1932.
- LABORDE: *Athènes aux XV<sup>e</sup>, XVI<sup>e</sup> et XVII<sup>e</sup> siècle*. Paris, 1854, 2 vols.
- LANGLOIS: *Introd. à la Geographie de Ptolomée. Reproduction photolithographique du ms. grec du monastère de Vatopedi*. Paris, 1867.
- LE BRUYN: CORNELIO: *Voyage au Levant*. Rouen, 1725, tomo I.
- LEUNCLAVIUS, IOANNES: 1. *Annales Sultanarum Othmanidarum*. Francfurt, 1588.  
2. *Historiae musulmanae Turcorum...*, libri XVIII. Francfurt, 1591.
- MAGNI, CORNELIO: *Quanto di più curioso e vago ha potuto racorrere*. Venecia, 1682.

- MENAVINO: *Trattato de Costumi et Vita de Turchi*. Florencia, 1548.
- MERCADO: *Nova encyclopaedia missionis Apostolicae in regno Cypri seu institutiones Linguae Graecae vulgaris*. Roma, 1732.
- MHE: Μεγάλη Ἑλληνική ἔγκυκλοπαιδεία Πύρσος. Atenas, 1930.
- MUENSTER, SEBASTIÁN: *Cosmographiae universalis libri VI*. Basileae, 1550.
- NICOLAI, NICOLO DA: *Le Navigazioni et Viaggi Fatti nella Turchia*. Venecia, 1580.
- OED: *Oxford English Dictionary*. Oxford, 1933.
- POSTEL, GUILLAUME: *Des histoires orientales et principalement des Turkes ou Turchikes*. París, 1575.
- ROCCA: *Historia en la qual se trata de la origen y guerras que han tenido los turcos*. Valencia, 1555.
- SAPIENCIA, OTTAVIO: *Nuevo Tratado de Turquia*. Madrid, 1622.
- SCHWYZER, EDUARDO: *Griechische Grammatik*. Munich, 1938 y 1950, 2 vols.
- SGUROS, CONSTANTINO: Ἴστορία τῆς νήσου Χίου, Atenas, 1937.
- SOFIANOS, NICOLÁS: *Grammaire de la langue grecque vulgaire*, publicada por E. Le-grand en la «Collection de monuments pour servir à l'étude de la langue néo-hellenique». París, 1870, vol. VI.
- SOMAVERA, ALESSIO DA: *Tessoro della lingua greca-volgare ed italiana*. París, 1709, 2 vols.
- SPON, JACOBO: *Voyage d'Italie, de Dalmatie, de Grèce et du Levant fait aux années 1675 et 1676 par Jacob Spon et Georg Wheeler*. Amsterdam, 1679, 2 vols.
- STAMATIADIS, EPAMINONDAS: Σαμιακά ἔητοι Ἴστορία τῆς νήσου Σάμου, 1881.
- TAFUR, PERO: *Andanças e viajes de Pero Tafur*, publicados en la «Colección de libros españoles raros y curiosos», tomo VIII. Madrid, 1874.
- TAVERNIER: *Viaggi nella Turchia, nella Persia e nell'Indie*. Roma, 1682, 2 vols.
- THUMB, A.: *Handbuch der neugriechischen Volkssprache*. Estrasburgo, 1910.
- VLASTOS, ALEJANDRO: Χιακά ἔητοι Ἴστορία τῆς νήσου Χίου, Hermúpolis, 1840.
- WHEELER, JORGE: *Voyage de Dalmatie, de Grèce et du Levant*. La Haya, 1723, 2 vols.
- WILLIAMS- H. W.: *Travels in Italy, Greece and the Ionian Islands*. Edimburgo, 1820.
- ZOLOTAS, JORGE: Ἴστορία τῆς Χίου, Atenas, 1924, 3 vols.

## II

§ I. Pedro de Urdemalas cayó prisionero de los turcos el año de gracia de 1552, en una escaramuza en Ponza, el famoso escenario de la batalla naval entre genoveses y catalanes cantada por el marqués de Santillana. Oigámosle cómo pone a sus amigos en autos (p. 37):

Vispera de Nuestra Señora de las Niebes, por cumplir vuestro mandato, que es a quatro de Agosto, iendo de Genova para Napoles con la armada del Emperador, cuio general es el principe Doria, salio a nosotros la armada del turco que estaba en las islas de Ponza esperandonos por la nueba que de nosotros tenia, y dionos de noche la caza y alcanzonos y tomo siete galeras, las mas llenas de jente y mas de lustre que sobre la mar se tomaron despues que se navega. El capitan de la armada turquesca se llamava Zinan Baxa, el qual traia ciento y cinquenta velas bien en orden.

JUAN.—Y vosotros, ¿quantas?

PEDRO.—Treinta y nueve no mas.

Los pormenores de esta acción han sido relatados por Rocca (folios 121-22), con quien concuerda Urdemalas en los datos esenciales (así en el número de naves cristianas), aunque omitiendo algunos pormenores de importancia, especialmente para un español. En Ostia la flota cristiana tuvo noticia de que Zinán Bajá estaba apostado a la altura de Ponza, en vista de lo cual Andrea Doria, el almirante, celebró consejo con Juan de Mendoza, Antonio Doria y Marco Centurión sobre el mejor partido a tomar. En contra del español, cuyo consejo era el de bordear Ponza a unas cincuenta o sesenta millas de distancia, con objeto de asegurarse la fuga en caso de ser atacados, el jueves 4 de agosto mandó el Doria flanquear la isla, echando en saco roto los dictados de la prudencia. Los funestos resultados de su temeridad se vieron pronto. A las once de la noche los tripulantes de la galera *Granada* se dan cuenta de que son perseguidos por doce galeras turcas muy veleras. En el transcurso de la noche el enemigo apresó la *Marquesa*, del Doria, y la *Bárbara*, de Nápoles; al despuntar el alba, la *Leona*, de Nápoles, y otra nave del mismo nombre de las de Antonio Doria, juntamente con la llamada *Doria*; más tarde son capturadas la *Perra* y la *Esperanza*, respectivamente, de Antonio y Andrea Doria. La *Bárbara*, de España, pasó por mayores vicisitudes: tras rechazar victoriosamente a la galera turquesca de Dragut, que la atacaba, sucumbió al fin ante la superioridad numérica del adversario, cuando acudieron en ayuda de la nave rival otras dos galeras francesas.

¿Cómo, pues, dice sin más Urdemalas (p. 38) que no hubo combate y que las naves se perdieron por cobardía de los capitanes, que no osaban azotar a los galeotes como hubiera sido menester? Extraña que, siendo español, no mencione para nada a Juan de Mendoza ni elogie el comportamiento decidido de la tripulación de la *Bárbara*; y también que cifre en siete<sup>1</sup> el número de naves apresadas, cuando en realidad fueron ocho. Asimismo es sospechosa su afirmación (p. 44) de haber sido él el único español entre los galeotes que sentaron los turcos a los remos. ¿Es que iba a bordo de un navío italiano y tan ajeno estaba al destino de sus compatriotas que ni siquiera tuvo noticia de la captura de la *Bárbara*?

§ 2. Del itinerario seguido por la armada de Zinán Bajá da Pedro noticias muy escuetas que pueden completarse con las de Rocca. Así,

<sup>1</sup> Sin embargo, y aunque parezca extraño, el mismo error en ROCCA, fol. 122: «Fue grande la pérdida de aquellas siete galeras». ¿Tendría Urdemalas ante su vista el libro de éste? Pero entonces, ¿por qué no menciona a la *Bárbara* ni a Juan de Mendoza?

no dice para nada que los turcos se dirigieron a Proquita después de la batalla, y que allí se detuvieron hasta el 10 de agosto, fecha en que zarparon, al atardecer, rumbo a Capri, donde fondearon, caída ya la noche. Tampoco cuenta cómo devastó, al día siguiente, la escuadra turca Ríjoles, pero todo esto no afecta esencialmente a la economía del relato, y las peripecias detalladas del derrotero, preciso es reconocerlo, no hacen al caso. La primera etapa de éste mencionada por Urdemalas es Santa Maura (la antigua Léucade), cuando aún no se había cumplido el mes de su cautiverio (p. 43):

De Sancta Maura fuimos a otro puerto de una cibdad cerca, que se llama Lepanto, y Patras, que esta junto donde Sant Andres fue martirizado. Allí estuvimos con esta vida unos veinte dias y despalmamos las galeras (p. 54).

Veinte días fueron suficientes para que Pedro pudiera enterarse de la tradición local sobre el martirio de San Andrés, sobre quien tan curiosas leyendas le relataron a Wheler (II, 8 y ss.) los comarcanos. La carencia de atractivos artísticos de Patras (cf. sobre ella Spon, II, p. 7-21; Chandler, 1, pp. 276 y ss.; Williams, II, 205 y ss., y Coronelli, I, 45) excusa cumplidamente el laconismo del narrador.

§ 3. No es éste, sin embargo, el caso de Atenas, sobre la que nos hubiera gustado un mayor lujo de detalles:

De allí caminamos a Puerto Leon, que es en Athenas, y llamase ansi porque tiene un grandissimo leon de marmol a la entrada.

JUAN.—¿Llega la cibdad de Athenas a la mar?

PEDRO.—No; pero hai una legua no mas.

MATA.—Pues ¿que nos direis de Athenas? ¿Es gran cosa, como dizen?

PEDRO.—No la vi entonces hasta la buelta, que verna a proposito (p. 54).

Pero, más adelante, Urdemalas cumple muy mal su promesa, cuando la mención de las ruinas de Troya suscita la curiosidad de sus amigos sobre el estado actual de Atenas (p. 179):

MATA.—¿Y es como dezian o como Troya? ¿O no hai agora nada?

PEDRO.—La cibdad esta en pie, no como solia, sino como Pergamo; de hasta dos mill casas, mas labradas no a la antigua, sino pobremente, como a la morisca.

Parquedad excesiva y sospechosa en una época en que aún se erguía el Partenón en su grandiosa integridad. La realidad, por el contrario, es, cual se deduce del derrotero de regreso (muy embrollado a causa de ciertos graves errores geográficos), que Urdemalas no pudo pisar el suelo de la ciudad insigne, ni a su ida a Constantinopla ni a su vuelta a tierra de cristianos. Si su triste condición de galeote no se prestaba entonces a



excursiones tierra adentro por el aquel de ver cosas, el rumbo de la nave que le condujo después a Sicilia excluía de todo punto una escala en Atenas.

Pedro no pasó más allá de Puerto León en el Pireo (el Kántharos de los antiguos), como fue, por lo demás, el caso de la mayoría de los viajeros de Occidente que recalaron en tierra ática. Ni el barón de Saint-Blancard, ni monseñor de Aramont, ni Postel sintieron el comezón de adentrarse en tierra firme, y el vicio de enjuiciar con menosprecio a Atenas por las casuchas del Pireo estaba tan extendido que, al publicar Spon la relación de Babin, se tuvo que quejar de ello y plantearse la pregunta de si tan despectivas lenguas «n'ont vû que le Port Lyon où il ne reste que quelques maisons qu'ils prennent pour la mesure même d'Athènes» (p. 1-2).

§ 4. El nombre de *Porto Leone* o *Porto Draco* que dieron los venecianos al gran puerto del Pireo se debía a un león colosal situado en la punta *Alkimos* para señalar la entrada. Allí se irguió, imponente, con las inscripciones rúnicas que en él hiciera grabar en 1040 el vikingo Harold Haardrade, hasta el 1687, en que Morosini lo trasladó a Venecia, en cuyo arsenal todavía se encuentra. Todos los viajeros que pudieron aun contemplarlo en su primitivo emplazamiento admiraron sus dimensiones ingentes (cf. Babin, p. 9-10; Spon, II, 176; Coronelli, I, 200-1; Chandler, 1, p. 22; Williams, II, p. 318). Una descripción detallada se encuentra ya en Juan de Vega (*apud* Laborde, I, 47, n. 2):

Arrivames au port de Athènes nommé port Lyon, au bort de la mer avoit un gros lyon de pierre par lequel au temps passé sortoit une fontaine. Les conduicts sont encores apparens.

Y Wheler, II, 209:

Les Grecs appellent aujourd'hui le Port Pirée, *Porto-Dracone*, et les Francs *Porto-Lione*, l'un et l'autre à cause d'un beau Lion de marbre d'un ouvrage admirable, qui est placé dans le fond de la Baye, assis sur son derrière, et les pieds de devant debout. Il est de dix pieds de haut (en esto concuerda con Coronelli y Spon) et il a la tête percée d'un trou qui répond à la gueule, ce qui fait voir qu'il servoit à une fontaine, comme celui qui est proche d'Athènes sur le chemin d'Eleusis, et qui est couché.

§ 5. De Puerto León zarparon las galeras turcas rumbo a Negroponto (Eubea), y de allí pusieron proa hacia Constantinopla, pasando por Sexto y Abido y tocando en Galípoli y en la isla de Mármara (p. 54). Cronológicamente, el relato de Urdemalas coincide, en líneas generales, con el de Rocca, quien fecha la entrada de Zinán Bajá en Constantinopla

el 15 de diciembre. Según Urdemalas, de Ponza a Santa Maura se tardó poco menos de un mes, en Patras se detuvo la escuadra veinte días y el aprender el oficio de médico durante su cautiverio en las galeras le llevó tres meses (p. 49).

### III

§ 6. En lo atañente a la estancia de Pedro en Constantinopla, seremos breves, por haber sido dicho ya por Markrich lo fundamental. Empero, permítasenos hacer algunas pequeñas observaciones sobre ciertos extremos. En primer lugar, llamaremos la atención sobre un punto ya destacado por Markrich: la coincidencia de la vívida descripción hecha por Urdemalas (p. 55) de la entrada de Zinán Bajá en Constantinopla con el relato de Busbecq de la llegada de la escuadra turca, luego del triunfo sobre los españoles en la isla Meninge (Gelves), ocurrido en 1560. Para poder, pues, sopesar el parangón se impone transcribir el informe del embajador imperial.

*Descenderat Suleimannus in porticum portus faucibus vicinam, hortorum suorum appendicem, ut propius intrantem monstratosque Christianos duces spectaret. Ostentui erant in puppi praetoriae trirremis Don Alvarus de Sande<sup>1</sup>, Don Sanchius de Leyva et Don Bellingerus de Requeenes, hic Sicularum trirremium, ille Neapolitarum praefectus. Remulco trahebantur captae trirremes, remigio et acrostoliis despoliatae, nuda corpora, ut sic prae Turcis parvae, deformes contemptibilesque haberentur (Epist. IV, pp. 283-84).*

El simple cotejo con el pasaje correspondiente del *Viaje* permite ver cuán superior es éste en detalles coloristas.

§ 7. Como detalle de máximo interés, por reflejarse en él la buena información poseída por el autor de nuestro libro, queremos llamar la atención sobre el hecho de que el protomédico de la corte turca, el hebreo Ammón Ugli, tantas veces mencionado, es un personaje de carne y hueso que cita Nicolai (p. 99):

Colui il quale nel tempo ch'io ui era teneva la suprema dignità et autorità nell'ordine de' Medici, era Hebreo, et chiamavasi Ammone, di età di sessanta anni persona di grande stima, di gran facultà, di gran nome et da bene.

<sup>1</sup> Por cierto que don Alvaro de Sande intervino después en la liberación de la isla de Malta, en la que se portó valerosamente; sin embargo, en el consejo de oficiales que tuvo lugar antes de efectuarse la expedición de socorro, don Alvaro se mostró contrario a ella, dando pie a que se dijese «que tenía miedo de caer en manos de los sarracenos, que le habían tratado malamente cuando le cautivaron» (J. M. CALDERÓN DE LA BARCA: *Gloriosa defensa de Malta*. Madrid, 1796, p. 141; cf. también 182 y ss.).

Obsérvese, además, cómo la edad avanzada del personaje en cuestión hace sumamente verosímil que muriera durante la estancia de Pedro en Constantinopla (p. 117). Que el autor del *Viaje* no pudo tomar su información de Nicolai lo demuestra el apellido de Ugli, que éste no cita. Por todo ello, es sumamente probable que los restantes médicos judíos, Pedro Amuzabai, el yerno de Amón, Yosef, y Rabí Ochanan, de quienes no se poseen otras noticias, fueran asimismo personajes de carne y hueso. Téngase presente que en Constantinopla la profesión de médico estaba a la sazón acaparada por los judíos, como observa Belón (fol. 182), continuándose con ello un estado de cosas heredado de tiempos bizantinos. Nuestro Benjamín de Tudela relata que el médico de palacio era en Bizancio, en los tiempos de su estancia allí, un judío egipcio llamado Salomón, el único de los de su raza que gozaba del privilegio de poderse pasear a caballo por la ciudad (p. 32).

§ 8. Según se había ya sospechado, las noticias sobre los usos y costumbres de los turcos, que ocupan la mayor parte de la segunda mitad de nuestra obra, están tomadas casi literalmente de Menavino, con ciertas hábiles adiciones del apéndice de Domenechi a su libro. Demos algunos ejemplos: las págs. 223 y 224 del *Viaje* están entresacadas de las págs. 13-18 de Menavino; igualmente, las págs. 226-28, que se basan en las págs. 71-77 del italiano, y las 231-32, cuyo modelo son las 56-60. Sin embargo, en estas últimas, destinadas a tratar de las órdenes religiosas turcas, aparece la mención a los *isachi*, que falta en Menavino. La poesía de la pág. 230 ha sido tomada de Domenechi (p. 233), y la profecía sobre el fin del imperio turco se encuentra, no sólo en Domenechi, como ha visto Bataillon (p. 133-34), sino en Crusius (p. 494) y en Georgiewitz (*vaticinium lingua turcica*).

Para los restantes capítulos destinados a las mujeres, el ejército y las costumbres turcas, no hemos podido encontrar ninguna fuente escrita contemporánea. Pero el problema aquí carece de importancia. Un hombre bien relacionado, como parece ser el autor del *Viaje*, pudo recibir preciosas informaciones orales sobre el particular, por ser precisamente estos aspectos, y no los más oscuros del gobierno o la religión, los que más chocan a cualquier extraño, por pocas que sean sus dotes de observador.

§ 9. La historia de la rendición de Trípoli (p. 282) es interesante por cuanto nos permite compulsar la distinta manera de enjuiciar los acontecimientos históricos contemporáneos desde los puntos de vista francés y español. Para Urdemalas, no cabe duda alguna de la traición del gobernador francés, Chambarin, que entregó la plaza fuerte a los turcos a condición de garantizarse la libre salida a todos los caballeros

de San Juan. La versión española del acontecimiento, insinuada tan sólo por Urdemalas, se puede encontrar en Rocca (fol. 119). La francesa, en Nicolai (p. 19 y ss.), defensor, como es natural, de Aramont, cuya intervención en el combate debió de ser tan oportuna como decisiva, y en Calcóndilas, II, 671-75. Lo curioso del caso es que ninguno de estos autores nombre al tal 'Chambarin' como comandante en jefe de la plaza, sino a Valliers. Ahora bien, Aramont, en una carta escrita para disculparse, el 26 de agosto de 1551, afirma que los jefes de la artillería del lugar eran «un nommé le commandeur de Chambéry, mareschal de la Religion, et l'autre le commandeur Tortebose, dit Paumeux» (Charrière, p. 160).

§ 10. Hagamos una observación a la apostilla *Huic descriptioni lege Sebastianum* de una mano posterior en el margen del mss. 3871 a propósito de la descripción de Constantinopla. Lo que, sin duda, con tan pésimo latín quiso decir el autor de la nota fue que, para completar las noticias de Urdemalas, se consultase la obra de Sebastián Münster. En ningún caso pudo ser que se observase la filiación de las noticias de Pedro con las del geógrafo germano, pues éste, en las diversas páginas que dedica a Constantinopla, atiende más a los aspectos históricos que a los topográficos. Sólo un puñado de coincidencias lejanas puede encontrarse entre lo escrito por ambos. Por ejemplo, si Pedro (p. 298) afirma que el puerto entre Gálata y Constantinopla «de ancho terná un tiro de arcabuz grande», Münster dice: *Duae civitates per ictum bombardeae a se dissident* (p. 938). La coincidencia entre la observación de Pedro sobre el crecimiento en forma triangular de Constantinopla con la de *urbs ipsa triangularis est*, de Münster (p. 938), es asimismo fortuita, por haberse fijado en esta peculiaridad de la urbe cuantos la visitaron (cf. Grelot, p. 64). No cabe hablar, por tanto, de dependencia alguna del autor del *Viaje* con el tudesco.

§ 11. Sumamente curioso, por revelar también hasta dónde llegaba la buena información de Urdemalas, es su comentario a la fortaleza de las Siete Torres o Iedicula (p. 306):

Dicen que solian estar llenas de dinero. Yo entre en dos de ellas y no vi sino heno.

¿Adivinó nuestro amigo la verdad por pura discreción, como diría Mátalascallando? Porque un personaje de la categoría de Nicolai mostraba tener sobre el particular noticias menos seguras, cuando decía a propósito de las misteriosas torres:

Vi tiene il gran Turco tal guardia, perciò che egli, et gli altri suoi predecessori vi hanno sempre havuto il loro tesoro (p. 52).

Y Leunclavius<sub>1</sub> (p. 341) estaba asimismo muy lejano de la verdad cuando afirmaba:

*Ipsa quidem ars custodiae regionum thesaurorum est adsignata perpetuasque militum excubias habet, qui feruntur esse numero quingenti.*

Tampoco Spon (I, 199) ni Wheler (I, 174) pudieron penetrar en su interior. Pero que Urdemalas estaba en lo cierto lo demuestra Grelot:

He (Mahomet the Second) and some of his Succesors kept the greatest part of their Treasure: but now it is no more than an honourable Prison (p. 66 y cf. Le Bruyn, p. 235).

Por tanto, he aquí un punto en que Urdemalas estaba mejor informado que la mayor parte de sus contemporáneos.

Mas frente a esto cometé un craso error al considerar el Bezeztán como «una claustra hecha debajo de tierra» (p. 304), según ponen de manifiesto los relatos de Wheler (I, p. 172), Nicolai (p. 64) y sobre todo Gilles (pp. 55-57), quien ha dejado la descripción más minuciosa del lugar. El Bezeztán era un bazar con multitud de salas abovedadas y dependencias complementarias, no una «claustra» soterraña.

#### IV

§ 12. A los dos años de estancia en Constantinopla muere Zinán Bajá, el amo de Pedro, tras una larga enfermedad de seis meses, el día de Santo Tomé (p. 123). El luto oficial por el finado duró tres días, según la costumbre turca descrita por Postel:

Quant la personne est morte, si c'est le Prince ou grand seigneur, incontinent il est signifié au peuple; et la vous oriés un cry pour deux ou trois jours (páginas 235-36).

Aprovechando el desconcierto producido por el fallecimiento del prócer, Pedro preparó su huida, cuando ya se acercaba diciembre a su fin o se estaba a comienzos de enero. La estación del año no era, por razones obvias, la más favorable para fugarse, y por Georgiewitz sabemos que los esclavos fugitivos escogían para llevar a cabo sus planes los meses de verano:

*tempore messis id soliti sunt facere, ut et facilius in segetibus lateant et inde victum habeant, noctu autem fuga initur (apartado 'De fuga captivorum ex Europa').*

Inútil, pues, buscar antecedente libresco alguno a esta anormal elección: la premura de tiempo y las circunstancias especiales que concurrían en la persona de Pedro sobran y bastan para explicarla.

Pero, para llevar a efecto la idea acariciada, era menester encontrar algún especialista en fugas. Urdemalas, conocedor de los arcanos de la metrópoli turca, se pone en contacto con uno de aquellos griegos que ayudaban, como los no menos astutos armenios, por un puñado de monedas (diez escudos, según nuestro héroe) a los cautivos a escapar. El tema ya era tópico entre quienes conocían por experiencia más o menos directa las mazmorras de los turcos. Cervantes nos ha relatado las aventuras de un tal Pedro de Aguilar, «que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla se huyó en traje de arnaute con un griego espía» (*Quijote*, I, 39).

Pero el dedicarse a tal negocio no estaba exento de graves peligros. Pedro nos pone en conocimiento de las escalofriantes penas que amenazaban a los cómplices de los esclavos fugitivos:

El cristiano cautivo que se huye, cuando mucho, le dan una docena de palos, mas al que lo saca empalanle sin ninguna redemption (p. 133).

Extraña tanta mansedumbre con los huídos, cuando, según Georgiewitz, apartado *De pena fugitivorum*, recibían una descomunal paliza colgados de los pies (*suspensi pedibus durissime flagellantur*). En cambio, hay mayor acuerdo en lo atañadero a la represión de los cooperadores. Con ellos los turcos, al decir del polaco, eran implacables: «*Mortis poena et confiscatio bonorum illis inflinguntur qui captivorum fugam instituunt*» (apartado *De Graecorum et Armeniorum pietate erga captivos*).

§ 13. Estamati, que así se llamaba el griego de nuestro amigo, se encargó también, por cinco escudos, de encontrar cabalgaduras para el viaje. Sería, por tanto, un *agogiatis* (Guillet, I, p. 67), es decir, un hombre que conduce y alquila caballos. Una vez dispuesto todo para la marcha, Urdemalas, con su compinche portugués, disfrazados de monjes griegos, toman el camino real en dirección a Salónica, distante de Constantinopla dieciocho jornadas, pero al llegar a Cavala (la Caballa), dándose cuenta del peligro de caminar por ruta tan conocida, deciden embarcarse con rumbo a Monte Santo (el Ἁγίου ὄρος, en la península del Ato). Conciertan el viaje con un sastrecillo espía y un batelero y, todos juntos, se dan a la mar, con la mala fortuna de que un viento contrario les hiciera recalar en Taso, isla vecina, a «dos leguas y media» de la Caballa.

§ 14. Ahora bien, la isla en cuestión, que no puede ser otra que la

mencionada, recibe incomprensiblemente de Urdemalas el nombre de Sciatho, correspondiente a otra de dimensiones mucho menores y situada mucho más al sur, frente a la costa tésala y no a la macedonia. Bataillon<sub>3</sub> (pp. 166-67) ha tratado de explicar este error toponímico suponiendo que nuestro autor interpretó mal un pasaje de Belon, que reza así:

Quand nous fusmes à la sommité du mont Athos, nous veoyons clairement les isles et les pays à l'entour, comme Cassandria<sup>1</sup>, qu'ils nomment Schiatio, Scyros, Lemnos, Tassos, Samothrace, Imbros (fol. 41 vto.).

Para el lector moderno está claro que Belon va enumerando las islas que divisa empezando por su derecha, y no se comprende que el autor del *Viaje* escogiera precisamente el nombre de Sciatho, y no el de Casandria —puesto a escoger mal—, Esciro, Lemno o cualquier otra de las enumeradas, de haber tenido frente a sí el texto francés. Por otra parte, ¿es concebible que un humanista como Laguna, a quien el erudito galo atribuye obstinadamente la paternidad de nuestro libro, hubiera cometido el imperdonable error de confundir Taso con Esciatio?

Igualmente perturbador es este otro párrafo de Urdemalas (p. 157):

Cada monesterio tiene una o dos o mas metoxias fuera del Monte, junto a Sidero Capsia, y en las islas del archipiélago algunas, como son en la isla de Lemno y del Sciatho, donde yo estube, y Eschiro, que son de distancia del Monte Sancto quinze leguas por mar.

Si las islas de Lemno, Samotracia, Imbro y Taso, enumeradas por Belon, se hallan más o menos en las proximidades de Monte Santo, no ocurre lo mismo con Esciatio y Esquiro, situadas mucho más al sur, juntamente con las otras islas a las que se ha dado en llamar Espórades septentrionales. En una palabra, es éste uno de los puntos incomprensibles del relato de Urdemalas, que resulta aún más difícil de explicar si se supone que los datos geográficos fueron tomados del libro de Belon.

§ 15. Por lo demás, la descripción de la isla corresponde a lo que sabemos de Taso. Por ejemplo, el detalle de que todos sus habitantes fueran cristianos, menos el gobernador, que era turco, está en completo acuerdo con el aserto de Contreras (p. 198) de que allí «no hay más turcos que el gobernador». En otro lugar (p. 161) señala Pedro la abundancia de cepos de tea en una ermita de la isla, lo que presupone la

<sup>1</sup> Anotemos que aquí Belon comete también un error: Cassandria es el nombre de uno de los brazos de la península Calcídica.

existencia de buenos pinares en ella, como de hecho ocurría, según sabemos por Belon (fol. 33: «Les montaignes de l'isle sont fréquentées en Sapins et Picées»). Responden también a la realidad los acantilados de roca viva que la ceñían, al igual que sus montañas escarpadas. No así la afirmación de Urdemalas de que el perímetro de la isla era de treinta y cinco leguas (lo que sí podría convenir a Escíato). Contreras lo calcula en doscientas millas (p. 198).

§ 16. Frontera a Taso se halla la ciudad de Siderocapsa:

Sidero Capsa es una ciudad pequeña, donde se hunde todo el oro y plata que se saca de las minas que hai en aquella isla del Sciatho donde yo estaba, y en la Caballa, las cuales son tan caudalosas, que dubdo si son mas las del Peru.

MATA.—¿Que tanto hay de las minas a donde se hunde?

PEDRO.—Veinticinco leguas por mar; sirben çient nabeçillas que llaman caramuçalides y aca corchapines de llebar solamente de aquella tierra que produze oro finissimo de muchos quilates y plata, y lo que es mas, en grandissima cantidad (p. 145).

Hay aquí dos graves errores que un lector de Belon no hubiera cometido. El primero de ellos, el admitir la existencia en Taso de minas de oro, cuando en realidad las existentes allí en tiempos de Heródoto (VI, 46-7) estaban agotadas hacia ya muchos siglos. El segundo, suponer que Siderocapsa es el lugar donde «se hunde» (?) el oro y la plata extraído de la isla, cuando era allí donde se encontraban las verdaderas minas, según sabemos por Leunclavius<sup>1</sup> (I, 221), la única autoridad, aparte de Belon, conocida por Du Cange, s. v. *Siderocapsia*:

*Maiora (scil. aspra) vocant peculiari voce Siderocapsia. Quippe Siderocapsa nomen est oppidi, quod e regione Thassi situm est, prope Montem Sanctum... Eo loco tam auri quam argenti fodinae sunt (unde Chrysiten Livii putat esse Belonius), et aspra signantur, ceteris maiora, quibus ab oppido Siderocapsiorum mansit hactenus appellatio.*

La Chrysitis mencionada por Belon (fol. 46 vto.) no es lo que se dice un feliz hallazgo, por cuanto ni aparece en Livio ni, a lo que sepamos, en autor clásico alguno. A poca distancia de Cavala, en cambio, había en la antigüedad una famosa mina de oro, llamada Crénides (Estrabón, VII, p. 331; Diodoro, XVI, 38), cuya explotación llevó Filipo al máximo de rendimiento. Contreras tampoco demuestra estar muy al tanto de lo que era Siderocapsa:

Doblado este monte (Monte Santo), a vuelta del Poniente, se entra en el golfo de la Caballa. El primer cabo está cincuenta millas dentro del golfo; llámase en griego Cabo Sidre: en castellano, de Hierro; hay en él minas de plomo (197-98).



Reconocemos que nos ha sido imposible dar con la exacta localización de Siderocapsa entre los lugares que hoy llevan el nombre de Σιδηροκάστρον (o el de Σιδηροκάχιον, como un monasterio de la Fócide), por no convenir su emplazamiento a las coordenadas geográficas presumibles de las noticias anteriores.

§ 17. Belon pudo ver en Taso «des grands monceaux des Scories, c'est à-dire, recrements du minéral qui monstrent evidemment qu'on y a tiré grand quantité de metaux» (fol. 33). ¿Daría esto pie al error de Urdemalas, o, mejor dicho, al de quien le informó? La historia de los corchapines tiene también un origen confuso: Belon afirma (fol. 47) que eran empleados para purificar el oro. ¿Habría, asimismo, aquí una confusión por parte del informante con un fondo también de verdad? De todo esto queremos poner con el debido relieve que el autor del *Viaje* no pudo tener frente a sí abierto el libro de Belon, porque, en tal supuesto, no hubiera cometido tan gravísimos errores: el de tomar a Taso por Escíato, el afirmar que en dicha isla existen minas de oro y el suponer que dicho mineral se «hunde» (¿para qué?) en Siderocapsa.

Por último, no se nos quede en el tintero el observar que en los manuscritos hay una vacilación entre las grafías Siderocapsa y Siderocapsia, para la ciudad, cuando sabemos que para ésta se reservaba la primera forma, y la segunda para la moneda en ella acuñada, lo cual viene a ser otro indicio de la incertidumbre de nuestro autor con respecto a aquella ciudad lejana y nebulosa.

## V

§ 18. La península del Ato es descrita por Urdemalas como:

un monte que terna de cerco quasi tres jornadas buenas y es quasi isla, porque por las tres partes le bate la mar, en el qual hai veinte y dos monasterios de fraires desta mi orden, y en cada uno doçientos o tresçientos fraires, y ningún pueblo hai en el ni vive otra jente ni hai en todo el hembra ninguna de ningun genero animal; a este monte son sus peregrinajes, como aca Santiago (p. 136).

Una buena descripción en la que no falta la mención del famoso ἄβροτον decretado por Constantino Monómaco, coincidente tanto con la de Belón (fol. 36 v., que, sin embargo, calcula veintitrés o veinticuatro monasterios, en fol. 35) y la de Crusius (p. 333, sobre todo en lo referente al número de monasterios y de frailes en cada uno de ellos), como con las noticias de Leunclavius<sub>1</sub> (p. 219):

*ubi XXIII supersunt monasteria, singula quondam CC aut CCC calogeris inhabitata, contraque vim praedonum ac piratarum munita. Nunc deminuto licet numero, tamen adhuc eorum est magna copia.*

Obsérvese que tan elevado número de frailes lo ponía Leunclavius en el pasado. ¿No estaría cometiendo Urdemalas un anacronismo al admitirlo para su época, máxime habiendo afirmado en otro lugar que hay muy pocos monjes en el Ato? (p. 157).

Con todo, su información es mucho mejor que la de Clavijo, que hubo de contentarse con ver el Monte Santo desde lejos y limitarse a transmitir lo que de él le contaron:

Desde esta dicha isla del Tenio onde estaban, a la mano izquierda pareció un monte muy alto que es en la tierra de la Grecia, que ha nombre Monteston, e dis que ha en él un Monesterio de Monges griegos, e facen buena vida, que non consienten allí estar mugeres nin perros nin gatos nin otra cosa mansa que faga fijos... e sin este monesterio que ha en este monte, ha otros cincuenta o sesenta Monesterios, e que todos los Monges dellos visten silicio negro, e que non comen carne, nin beben vino, nin comen aceyte, nin pescado que tenga sangre (p. 47).

Y lo mismo debe decirse de las escuetas noticias de Contreras, siempre más atento a las particularidades geográficas que a otra cosa:

En este monte hay diez o doce castillos, y son conventos de frailes griegos y otras naciones, y muchísimas ermitas por todo el monte, donde acuden los griegos a devoción (p. 197).

§ 19. Urdemalas y el bueno del portugués recorren Monte Ato de Norte a Sur, siguiendo un itinerario que se puede reconstruir con gran facilidad gracias a sus etapas en una serie de monasterios ilustres. A través de una espesura muy grande, «que es de esclavones, que alla llaman bulgaros», llegan al primer monasterio, el de Chilandari (Μονή Χιλανταρίου), que por aquel tiempo, como observa Langlois (p. 22), «appartenait à des moines serbes et bulgares». Allí reciben hospitalidad, y el buen apetito que sin duda traían les hace prestar más atención al 'refectorio' que a las pinturas e imágenes. Cosa digna de verse, sin duda, aquella estancia, pues:

tenia las mesas de marmol todas, sin manteles ningunos, mas de la viua piedra, y vn agujero en medio y algo concaua, para en acabando de comer labarla y cae el agua por aquel agujero (p. 148).

Una particularidad, por cierto, que atraía poderosamente la atención de los viajeros españoles, de juzgar por Clavijo, quien, en Constantinopla,

parecía no tener ojos sino para aquellas descomunales mesas mármoreas de los cenobios:

e mostráronles un refitorio muy ancho e muy alto, e en medio del estaban una mesa de mármol blanco muy broñido e muy bien fecha e avía en luengo treinta e cinco palmos (p. 55).

Respetables dimensiones, que no llegaban, sin embargo, a las de otra que asimismo pudo contemplar:

e esta dicha iglesia es Monesterio de Monges religiosos y tienen un refitor en un sobrado muy grande, e en medio del estaba una mesa de piedra mármol blanco, en que avía treinta pasos (p. 52; cf. Wheler, II, p. 66-67).

De Chilandari, tras ocho leguas de recorrido por un camino muy áspero entre bosques y espesuras, luego de pasar de largo por un monasterio llamado Psimeno por Urdemalas (evidentemente, Σφιγμένου<sup>1</sup>, hacen noche en otro «muy de los principales, que se llama Batopedi» (Βατοπεδίου). Sin detenerse por más tiempo, al día siguiente prosiguen su marcha en dirección a Santa Laura, con la esperanza de encontrar allí una nave de cristianos. Hacen el almuerzo en el monasterio de Padocratora (Παντοκράτορος), la comida en otro que llama Urdemalas Hiberico (Ἰβήρων, sin duda), y pasando por un tercero llamado Strabonequita (Στραβονικήτα)<sup>2</sup>, llegan, por fin, a Santa Laura (ἅγιος Λαύρας). Todo ello es perfecto, salvo un pequeño error en la enumeración de las etapas del itinerario, puesto que, dada la dirección de éste, necesariamente Pedro y su acompañante tuvieron que pasar por el monasterio de Strabonequita antes de llegar a Iviron.

§ 20. Como en Santa Laura el prior le hiciera «los mismos milagros y respuestas» que el de Chilandari, el falso fraile español se decide a proseguir su azarosa peregrinación por los monasterios del Ἅγιον Ὄρος, permaneciendo en cada uno de ellos tres días, como buen peregrino. Doblando, pues, la península, se detiene en el monasterio de Agio Pablo (ἅγιου Παύλου), en el monasterio Rúsico (Ῥωσσικόν), «que es de rusios, cierta jente que confina con los tartaros y esta subjeta a la Iglesia griega», y en San Gerónimo, donde se encuentra con el renegado de Quífo.

<sup>1</sup> En las inscripciones áticas antiguas se observa la metátesis consonántica inversa en el grupo ψ (σφυχή, ἔγρασφεν por ψυχή, ἔγραψεν, SCHWYZER, I, p. 266). La grafía de Urdemalas puede muy bien responder a una pronunciación real.

<sup>2</sup> Obsérvese la metátesis banal *Strabo-* por *Stabro-*, frecuente en griego moderno (cf. THUMB, págs. 20-21).

Hagamos notar que también en esta ocasión Urdemalas incurre en un leve error en la relación de su itinerario, pues el monasterio Rósico se encuentra una vez pasado el de Agio Pablo. Por otra parte, no hemos podido documentar el monasterio de San Gerónimo de que habla nuestro amigo. Quizá se trate de un error por San Gregorio (Γρηγορίου), o de un monasterio habitado a la sazón y abandonado después por los monjes. También Belon cita dos (fol. 36 v.), los de Archangelos e Ichares Prolato, que tampoco hemos logrado identificar con ninguno de los actuales. Por último, estuvo Pedro dos días en Seropotami (Σεροποτάμου), donde entró en tratos con un marinero griego para que le llevase a Lemno.

Para demostrar la independencia del autor del *Viaje* con Belon, daremos la lista de monasterios de este último, que los cita precisamente en el mismo orden en que los recorrió Urdemalas: Sguraf (quizá Zografu), Chelandari, Simeon (?), Vatopedi, Pantocratorou, Yvero, Philoteou, Caracoul, Laura. En la otra vertiente: Agiou Paulou, Dionisio, Gligoriou, Russio, Xenopho, Archangelos, Diocherio, Castamoniti. En el interior: Simon Petra, Ichares Prolato, Cothleomuz y Philoteou.

§ 21. La falta de sensibilidad artística de Urdemalas, que le hace pasar por alto los notables mosaicos y los frescos de los monasterios (algunos de los cuales —los de la llamada escuela cretense— se habrían recién pintado o estarían aún ejecutándose durante su visita a Monte Santo), o le impide distinguir lo nuevo de lo viejo (el monasterio de Stravroniquita se fundó en 1542), no le excusa de su falta de atención a los tesoros bibliográficos que encierran los monasterios. Y mucho más aún, presumiendo de ser tenido en medio de la ignorancia de los frailes por διδάσκαλος y habiendo entablado conversaciones en Santa Laura con el papa Nicolás (el nombre debía ser corriente en este monasterio, que tiene una notable capilla dedicada a San Nicolás, decorada en 1560, cuatro años después de la estancia de Urdemalas, con frescos de Frangos Castellanos), a quien se tenía por letrado.

§ 22. Pero el interés de Urdemalas se dirige por otros derroteros, y ha de tenerse presente también la mentalidad de su auditorio. Un hombre como él, que hace gala de cierta independencia de criterio y tiene sus ribetes de luterano, hablando con un clérigo como Juan de Voto a Dios, es lógico que concentre su atención en la vida de los monjes del Monte Santo y se extienda en consideraciones generales sobre la organización eclesiástica, la disciplina, liturgia y dogmática de la Iglesia ortodoxa.

Nuestro héroe se complace con la gran abstinencia que guardan los frailes al comer:

La principal cosa que sacaron fue habas remojadas de la noche antes en agua fría, y con vnos granos de sal ençima, sin moler, tan grandes como ellas, y tras esto vn plato de azitunas sin azeite ni vinagre, que yo quando las vi pense çierto que fuesen pildoras de cabras, porque no heran mayores; añadieron por los huespedes terçero plato, que fue media çebolla (p. 146).

Compárese esto ahora con los pasajes siguientes de Belon:

Ils vivent moult austerement et n'ont chose qui leur soit en plus commun usage que les Olives confictes differentes à celles que nous avons accoustumé confire en ce pays: car les leurs sont noires et meures (fol. 34).

Ces Caloieres commencent tousiours leurs repas par oignons cruds avec des Aux: et le principal de leur disner sont Olives salées, et febves trempées en l'eau, et finissent par Roquette et Cresson alenois (fol. 43v.).

Las concordancias son notorias, y pudieran tenerse por emparentados ambos textos si el orden de los manjares no fuera diverso.

§ 23. La laboriosidad de los padres, que les dispensa de vivir de limosna, es objeto de un cálido elogio:

Cada mañana, en amanesciendo, que se habre la puerta y vaxan la puente vereis vuestros fraires todos salir con unos sayos de sayal hasta la espinilla, y vnos bicoquis como este; veinte por aquí, con sus azadas, a cabar las viñas; otros tantos por aculla, con las yubadas; por la otra parte, otros tantos con sus hachas, al monte a cortar leña o madera; çinquenta otros estan haziendo aquel cuarto de casa, enyesando, labrando tablas, y todo, en fin, que ninguno hai de fuera (p. 156).

Igual Belon:

De six mille religieux... ne pensez pas qu'il en y ait un oiseux car ils sortent de leurs monastères de grand matin, chacun avec son oustil en la main, portants du biscuit, et quelques oignons en un bissac dessus l'espaule, l'un une houe, l'autre un pic, l'autre une serpe. Chacun travaille pour le mesnage de son monastere. Les uns beschent les vignes, les autres buschent les bois, les autres fabriquent les navires (fol. 34v.).

Grandes analogías, sin duda, pero que se deben a la identidad del tema tratado (cf. una descripción análoga en Crusius, 487; Le Bruyn, 318).

§ 24. Describe Urdemalas el aspecto externo de los monasterios:

Los veintidos monasterios que os he dicho, todos, sino dos, estan en la mesma ribera de la mar, y cada uno tiene una torre y puertas de yerro, y puentes levadiças, no mas ni menos que una fortaleza, y no se abre hasta que salga el sol (página 151).

### Cotéjese ahora Belon:

Il n'y en a point qui ne soyent forts et bien fermez de murailles tant pour soustenir la violence des ennemis, s'ils estoient assaillis que pour resister aux cour-saires de mer s'il en estoit besoin (fol. 35 v.).

Urdemalas es mucho más concreto.

§ 25. De la inexistencia de campanas en la cristiandad oriental sojuzgada por los turcos, salvo en Constantinopla, aún bajo el poder de los emperadores bizantinos, se había dado cuenta Clavijo. Sin acertar a explicarse la causa de este hecho, aunque sí anotando los expedientes empleados para suplir tal ausencia, generaliza al decir:

non tienen libros nin campanas en las Iglesias (salvo en Sancta Sofia de Constantinopla), que con unas tablas tañen a Misa (p. 85).

### Lo mismo viene a decir Urdemalas:

JUAN.—¿Pues como tañen los fraires o los clerigos a misa?

PEDRO.—Campanas tienen de palo y de hierro que tocan como aca.

MATA.—Eso no entiendo como pueda ser.

PEDRO.—Una tabla delgada, estrecha y larga quanto seis varas; por enmedio tiene vna asa como de broquel, y traenla en el aire en la vna mano, que no toque a ropa ni a nada, y en la otra un maçico, con el qual va repicando en su tabla por todo el monesterio, y haze todas las diferencias de sones que aca nosotros con las nuestras (p. 151-2).

### Y confirma Belon:

Tant les uns que les autres ont un fer espais de trois doigts, long comme le bras, et quelque peu vouté en arc, pendu à la porte de l'église, attaché à un clou lequel, rend un son presque semblable à une cloche, ayant le son clair comme un metal; et n'ont point d'autre sonnerie de cloche en la montagne que ce fer (fol. 38).

Lord Elgin fue el primero que logró que se elevara un campanario en Atenas (Williams, II, 361).

§ 26. Sobre las oraciones y muletillas de los monjes trataremos en otro apartado. Comentemos ahora tan sólo algunos puntos de la liturgia ortodoxa; así, por ejemplo, el ritual de la misma. Refiriéndose al oficiante dice Urdemalas:

no le veran decir la misa, porque el altar esta detras de vna pared a manera de cancel con dos puertas a los lados... Tienele el sacerdote (al Sacramento) en su

plato cubierto con vn belo negro, y sale por vna puerta, y da vuelta por todo el coro a manera de proçession, y torna por la otra; y otro tanto al caliz, y de como sale hasta que torna ninguno mira haçia alla, sino todos, inclinadas las cabezas hasta las rodillas, y mas si mas pueden, estan haçiendo cruces y diçiendo: «Chirie eleison, Chirie eleison». En fin de la misma el sacerdote da por su mano a todos el pan bendito... (p. 153-54).

### Compárese ahora Clavijo:

y el Clérigo que dice la Misa non lo ven las gentes, que tiene un paramento ante sí, y desque ha consagrado, toma aquel pan puesto en la cabeza con un paño blanco, e cantando sale a do esta la gente, e todos se echan de cara en tierra llorando, e dandose en los pechos diciendo, que no son dignos de lo ver: e desi el clerigo tornase al altar e consume aquel sello que esta en medio del pan; e desque la Misa es dicha, toma aquel pan que queda, e partelo como pan bendito, e dalo el mesmo con su mano. a la gente (p. 85).

Tanto Urdemalas como Clavijo apuntan que los griegos consagran con pan levado. Entre otros puntos interesantes de la liturgia griega, menciona Urdemalas el bautismo por inmersión, uno de los semilleros de discordia entre la Iglesia Romana, que bautiza por aspersion, y la ortodoxa, como sabemos por la *Turcograecia* de Crusius.

§ 27. No menos precisas son las noticias de Urdemalas sobre los ayunos:

El Adviento es la vna, en el qual comen pescado si le tienen; luego la nuestra Quaresma que la llaman ellos grande, la qual toman ocho dias antes que nosotros, y en aquellos bien pueden comer todos huebos y leche y pescado. El domingo de nuestras Carnestolendas las tienen ellos de pescado y huebos y leche, si no fuere pescado sin sangre, como es ostrias, caracoles, calamares, pulpos, gibias, veneras y otras cosas.

JUAN.—¿Qual es la tercera Quaresma?

PEDRO.—Desde principio de junio hasta Sant Juan, y esta no hai abstinencia de pescado, avnque tenga sangre. La vltima, desde primer de agosto hasta Nuestra Señora, y avn hai muchos que tienen otra quinta de 25 dias a San Dimitre; mas esta no es de preçpto (p. 153).

Los cuatro ayunos citados se corresponden con los enumerados por Spon, el más explícito autor sobre este punto de todos los viajeros a Grecia, en el siguiente orden:

1) *Ton Christogenon* (τῶν Χριστουγεννῶν). Desde cuarenta días antes de Navidad hasta Navidad. Se puede comer pescado, salvo miércoles y viernes (Spon, II, p. 271). En miércoles y en viernes, anota Clavijo (p. 86), no comen carne.

2) *I megali tessaracosti* (ἡ μεγάλη τεσσαρακοστή) (ocho semanas). En la primera semana (la semana del *tyri*) pueden comer pescado, huevos, leche y queso (Spon, II, p. 270). Nicolai (p. 176) coloca esta cuaresma nueve días antes de la nuestra.

3) *Agioli Apostoloi* (ἄγιοι ἀπόστολοι). Según Spon (II, 271), comienza ocho días después de Pentecostés. Clavijo anota que dura veinticuatro días (p. 86), lo que concuerda con Urdemalas (1 de junio-24 de junio, San Juan). El 14 de junio comienza, según Mercado, p. 178. Le Bruyn (pp. 336-337) la coloca el segundo día después de la fiesta de todos los Santos.

4) *Agias Parthenou* (ἁγίας Παρθένου), primero de agosto, hasta el 15 (Asunción de la Virgen). Sólo el 6 de agosto (ἡ μεταμόρφωσις τοῦ Σωτῆρος) pueden tomar pescado (Spon, II, p. 271).

Los sacerdotes tienen otras tres cuaresmas:

La de San Dimitri (veintiséis días; quince según Clavijo, *ibid.*); la segunda, desde el primero de septiembre hasta catorce días antes de la Exaltación de la Cruz; y la tercera, desde ocho días antes de San Miguel a San Miguel (Spon, II, p. 272).

§ 28. En cuanto a la jerarquía eclesiástica, Pedro menciona a los patriarcas de Constantinopla, Antioquía y Alejandría (p. 154). Nicolai (p. 176) cita a cuatro: el de Constantinopla, Cairo, Jerusalén y Antioquía; Belon, los mismos que Urdemalas, más uno en Damasco (Damasco, fol. 34 v.); Crusius (p. 486), Grelot (p. 137) y Le Bruyn (página 305) enumeran los de Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jerusalén; y lo propio hace Calcóndilas (I, 427-28), advirtiendo que la sede del patriarcado de Jerusalén a veces se traslada a Damasco.

De lo dicho, de nuevo vuelve a desprenderse la buena información del autor del *Viaje* y su independencia con respecto a sus predecesores.

§ 29. La independencia con Belon se desprende asimismo de la evaluación del tributo pagado por el patriarca de Constantinopla al Gran Turco de 8.000 ducados anuales, según Urdemalas (p. 154), y de 12.000 al decir del francés (fol. 34 v.).

## VI

§ 30. De Monté Santo nuestros amigos logran embarcar rumbo a Quífo el 16 de febrero. Un temporal, sin embargo, hace zozobrar la nave junto a la isla de Escíato (Taso), de donde habían partido mes y medio antes. Tras pernoctar en una ermita, medio ateridos de frío, a la mañana siguiente deciden abandonar a los restantes náufragos, lo-



grando llegar, con grandes penalidades, a una 'metochia' del Monte Santo, donde hacen noche. Al día siguiente dan con sus fatigados huesos en el pueblo más cercano, donde, mediante ruegos y amenazas, obligan a esconderles en su casa al sastrecillo espía (el mismo que les había facilitado anteriormente la huida desde la Caballa), a quien encuentran allí por una feliz casualidad. Tras una serie de divertidos lances, Urdemalas concierta su pasaje en una nave cargada de trigo hasta Qufo. De nuevo, como en una novela alejandrina, se acumulan las peripecias durante la travesía, que termina asimismo de mala manera al encallar la nave en la isla de Lemno.

§ 31. Durante ocho días permanecen nuestros amigos con la tripulación varados en la costa, durmiendo fuera de los bajeles, alimentándose de hierbas y con grandísimo frío, por no tener leña con que hacer un buen fuego. La razón de tal escasez la explica Urdemalas con estas palabras:

Esta isla es muy abundantissima de pan y vino y ganado; pero de arboles no, porque es toda paramo; no tiene en veinte leguas al derredor mas de vn olmo, que esta junto a vna fuente.

MATA.—¿Pues con que se alimentan?

PEDRO.—Por mar traen la leña de otra parte, y los sarmientos que de las viñas tienen y algunas ailagas. El viento que hazia, çierço que aca llamis, hera terrible, y a que no se podia resistir, porque, si no es vn rimero de piedras que los pastores tenian hecho para ponerse detras dellas, ninguna otra pared, arbol ni mata habia allí (p. 169).

Tal descripción recuerda bastante la de Belon, quien asimismo encañece la fertilidad de Lemno (fol. 26), y dice:

Nous montasmes (a la montaña) à cheval par le costé dextre, ou il ne croist arbre quelconque, sinon qu'il y a un Carroubier, un Sureau et un Saule, qui font umbrage sur la fontaine, ou il y a des degrés faits de pierre pour monter là au dessus, celle part ou l'on prende la terre à seller (fol. 28v.1).

Pero las diferencias saltan a la vista: Urdemalas habla sólo de un olmo y de un rimero de piedras; Belon, de un algarrobo, un saúco y un sauce, y no dice rimero, sino escalones. Las discrepancias no paran ahí: Urdemalas afirma que hay más de treinta pueblos en Lemno (p. 169), en tanto que Belon asegura que la isla tiene «soixante et quinze villages de compte fait» (fol. 26). Por último, Urdemalas informa que la leña era traída por mar, lo que calla Belon y confirma Contreras (páginas 200-201):

Es cuadrada (Lemno): treinta millas de cada frente, tierra pareja y fertil, aunque sin bosque ninguno. Van por leña a Monte Santo, que esta de ella cincuenta millas.

§ 32. Durante su estancia en Lemno nuestros amigos tienen la oportunidad de holgarse en un desposorio, donde son agasajados con un zato de pan para entretener su hambre y una copa de aguardiente para calentar el gáznate. Ello les brinda la ocasión de conocer a los griegos en la intimidad de sus fiestas y admirarse de que fueran gente bebedora:

Como los alemanes y mas. Salbo que en esto difieren, que los alemanes beberan pocas veces y vn cangilon cada vez; mas los griegos, avnque beben mucho, comen muy poco, y beben tras cada bocado con pequeñita taza (p. 170).

Aquí, como en otras ocasiones, la comparación con Belon se ofrece tentadora:

Ils sont en ce différents aux Almans en beuvant. d'autant, que les Almans boyvent à grands traicts de forte malvaisie... la coutume est de boire avec un petit voirre sans pied, et boire tout ce qui aura esté versé dedans, n'y laissant pas une seule goutte de vin (fol 5 v.).

Pero, sin embargo, hay diferencias grandes entre ambos, que nos hacen sospechar muy fundamentadamente que el autor del *Viaje* no se basó en el francés. Urdemalas refiere la costumbre de tomar las primeras copas de raquí antes de pasar al vino y se extiende en otros detalles pintorescos sobre la manera de prolongarse interminablemente los convites, mientras el uno dormía, el otro salía a hacer sus necesidades fuera, y el de más allá contaba cuentos en medio de la general atención. Por lo demás, la costumbre de «boire à la rengette, ne perdants point l'ordre» (fol. 21), la mencionan cuantos han tratado de las costumbres griegas:

Nous fismes donc courir le verre à la ronde, suivant la coutume des Grecs modernes... mais ce sont des buveurs à razades, et ils ne manquent jamais de dire: *Piè to gemato*, beuvez-le tout plein (Guillet, I, p. 50).

Tras la fiesta, nuestros amigos zarpan de Lemno al día siguiente, llegan a Metellín, en un puerto «que llaman Sigre» («porto Sagro» de Nicolai, p. 43), y de allí pasan a Quío.

## VII

§ 33. Urdemalas desembarca al nordeste de la isla, en el puerto del Delfín, conocido ya en la antigüedad (cf. Tucid., VIII, 38; Nicolai, página 36; Zolota, II, 434, quien lo sitúa en el cabo Langadas). De allí se dirige a la ciudad «por un camino orillas del mar, mas escabroso y montañoso que en Monte Santo había visto», lo que le da una imagen hosca de la *παιπαλώεσσα* Quío, que se habría de mitigar, cuando andando el tiempo, pudiera empararse bien de las bellezas de la isla, la galanura de la villa y la feracidad de la campiña:

No solamente la çibdad, pero toda la isla es vn jardin, que tengo para mí ser vn paraiso terrenal... Podra prober a toda España de naranjas y limon y çidras... (p. 174).

Lo justo de la observación lo confirma el hecho de que los antiguos incluyeran a Quío entre las islas de los bienaventurados, y, sin necesidad de remontarse tan lejos, el maravillado relato de Nicolai (p. 35) de la recepción dispensada al embajador francés Aramont, en la que una comisión de ciudadanos, encabezada por el cónsul francés Giuseppe Giustiniani, le ofreció, como presentes, «molte sporte, piene di citroni, di Poncili, di melaranci, di granate, di mele, di pere, di pruni, e d'uva di tal grossezza, che alchune ve ne erano che pesavan da sei o sette libre».

§ 34. En medio de este marco bucólico vivía un pueblo próspero y feliz, en pleno disfrute aún de una libertad que, por desgracia, sólo duraría diez años, ya que en 1566 Pialí Bajá habría de conquistarle la isla al Gran Turco. Pero en la época en que la visitó Urdemalas, para emplear sus propias palabras, continuaba siendo:

señoría por sí, y rijese por siete señores que cada año son elegidos.

JUAN.—¿De que naçion son?

PEDRO.—Todos ginoveses, gentiles hombres que llaman, de casas las principales de Genova, y hablan griego y italiano. Solia esta isla ser de Genoba en el tiempo que mandaban gran parte del mundo, y avn agora le conosçe esta superioridad, que la çibdad nombra estos siete señores y Genoba los confirma (p. 173).

Con lo cual se ofrece un cuadro, siquiera esquemático, de las formas de gobierno de la isla, completado, un poco más adelante, con la afirmación de que «hay tres casas principales en Chío: Muneses, Grimaldos y Garribaldos» (p. 176).

En todo ello hay, sin embargo, ciertos errores, que conviene precisar. Conquistada Quío en 1346 por el almirante genovés Simone Vignoso en una empresa particular financiada por varias familias, entablaron

éstas negociaciones con la república para transferirle la soberanía del territorio conquistado previo pago de una crecida indemnización y el usufructo de la isla durante veinte años. Como pasado el plazo el Gobierno de la ciudad no cumpliera lo pactado, los conquistadores no hicieron la transmisión de poderes convenida. No obstante, no quisieron romper del todo con la madre patria y se adoptó una fórmula de compromiso en la que se salvaban las apariencias y se satisfacía a todos. Los genoveses asentados en Quío formaron un consejo de gobierno para la isla denominado la Mahona (del griego *μωός*, o del árabe *ma'ūnah*, cf. Argenti, pp. XLI-XLIII), y aceptaron de la metrópoli que nombrara como suprema autoridad un podestá, mediante un sistema mixto de elección del agrado de todos. La república presentaba a la Mahona una lista de veinte candidatos, de los cuales ésta seleccionaba cuatro; entre ellos Génova elegía uno para ocupar el cargo de podestá, magistratura que fue anual hasta que en 1529 se prorrogó su duración por cuatro años.

En 1347 se establecieron los *gubernatores Mahonae*, en número de seis, para asistir al podestá, con mando por un bienio y elegidos entre la totalidad de los mahoneses; en 1483 se elevaron a doce, prorrogándose a seis años el período de su mando, en el que se iban turnando rigurosamente por trimestres. Desde 1513 la elección de estos magistrados fue de la competencia exclusiva de la Mahona. Como se puede ver, el sistema era de una autonomía relativamente amplia. Y así se explica el que para su representación diplomática en Génova la Mahona se viera precisada a elegir seis diputados (aumentados a nueve en 1476), los cuales recibieron asimismo el nombre de 'governatori'.

Existía, además, una asamblea, o 'Consiglio Grande', del que formaban parte todos los mahoneses, y que nombraba el 'Consiglio Piccolo' o 'Quarantina', a cuyo cargo corría, en unión con el podestá, el nombramiento de los doce gobernadores (cf. Zolota, II, 418-19; 424-26; 427-29, y Argenti, XLVII-XLIX).

§ 35. Tan complicado sistema constitucional no fue siempre bien comprendido por los visitantes. Tafur, por ejemplo, se limita a decir que Chío:

es una ysla que cibdadanos de Genova la ganaron de griegos, e llamanse los mayoneses, y porque ellos non la podrien defender, dieron cierto tributo a Genova e alcan su bandera (p. 134-5).

Nicolai (p. 42) menciona al podestá y a los doce 'consiglieri' (quizá los *gubernatores*), pero afirma que los cuatro 'governatori' (quizá los 'consulenti legali') tenían poder sobre los primeros, lo cual es falso. Calcóndilas tan sólo parece saber que la isla:

est iusques aujourd'huy gouvernée par les neuf familles qui premierement la conquisterent (¿los nueve diputados en Génova?), avec quelques autres qui acquirant de noz Empereurs le reste des places (I, 293).

Con esto ya sabemos a qué atenernos con respecto a esa linajuda familia de los Muneses de nuestro amigo Urdemalas, que ha oído campanas sin saber dónde, confundiendo a los mahoneses, es decir, la totalidad de los genoveses de Quío, con una rama de la aristocracia italoquiota. En cambio, Grimaldos y Garibaldos sí son miembros de la más rancia nobleza de la isla, remontándose la segunda familia a tiempos de la conquista. Asimismo, el capitán de la nave que llevó a Urdemalas de Quío a Sicilia, Rafael Giustiniani pertenecía a la misma casa prócer que el cónsul de Francia en época de Aramont.

Y, finalmente, después de lo dicho, podemos comprender que los «siete señores» a que se refiere Urdemalas son el podestá (a quien llama 'la señoría' [p. 176] y era a la sazón, según pretende y no hemos podido comprobar, Nicolao Grimaldo) y los seis *gubernatores* en funciones durante aquel trimestre.

§ 36. La mayor sorpresa deparada a Pedro en aquella isla feliz fue el caritativo trato dispensado por sus habitantes a los esclavos fugitivos de los turcos:

Tienen fuera de la çibdad un monasterio, que se llama Sancto Sidero, en el qual hai un fraire no mas, y allí hazen que esten los que se huyen todos escondidos, y del publico herario mantienen vn hombre que tenga quenta de llevarles cada día pan y vino, carne, pescado y queso lo neçesario, y el que estando yo allí lo hazia se llamaba maestre Pedro el Bombardero (p. 174).

Ningún viajero menciona este monasterio de Santo Sidero, dialectalismo quiota por Isidoro (cf. § 64), principal mártir de Quío y su patrono desde muy antiguo, a quien, en calidad de tal, veneraban también los genoveses en pie de igualdad con San Jorge, el santo patrón de su ciudad (Zolota, II, 231). Le Bruyn, a pesar de dar los nombres de cinco iglesias de la ciudad: el Domo Vescovato, la Capella, la Madonna del Rosario, S. Nicolo y S. Antonio (p. 539), no alude para nada a ningún templo de esa advocación. Sapiencia menciona un Santo Domingo y un San Francisco y otro de los jesuitas (fol. 61), y Nicolai la iglesia conventual erigida por Constantino Monómaco (p. 38, cf. Calcóndilas, I, 424). Quizá esta última, llamada actualmente Νέα Μονή, consagrada a San Isidoro, sea la aludida por nuestro amigo. En todo caso, extraña que no hable de sus mosaicos, a pesar de haberse alojado allí veintiocho días. Pero igual le ocurría, como hemos señalado en su debido momento, con

los tesoros artísticos de Monte Santo: pasaba de largo ante ellos sin conmoverse lo más mínimo.

Hay algo, empero, insatisfactorio en lo que dice sobre las causas de la reclusión en dicho lugar de los cautivos. Urdemalas la atribuye a razones sanitarias, como si fuera una especie de cuarentena profiláctica encaminada a evitar la posible propagación de la peste por parte de los fugitivos de tierras contaminadas por el mal. Pero no parece ser éste el verdadero motivo de la confinación y ocultamiento de los huidos, sino otro mucho más humanitario, según se desprende de un pasaje de la *Scio Sacra*, de Miguel Giustiniani, que conocemos por Zolota (II, 467-68) y traducimos a continuación:

Se elegía un magistrado para los esclavos (Argenti, CXVII-VIII menciona un Ufficio de Schiavi), que tenía a su cargo el acoger a cuantos huían de los turcos. Quemaban el barco turco y trasladaban a la isla a sus ocupantes, haciéndoles desembarcar en diferentes partes. Por último, los ocultaban dentro de una torre fuerte de la ciudad, y les alimentaban hasta que zarpaban barcos... Pero esta acción suponía un gran peligro, porque los turcos consideraban un gran mal y una insolencia el que se diera asilo a sus cautivos, y tomaron esta causa por pretexto de la toma de Quío en 1556, pretendiendo que en un solo año huían a Quío mil cautivos (cf. también Vlastos, p. 61; Sgueros, p. 283).

El ocultamiento de los cautivos era una medida elemental de precaución, no reñida con la proverbial filantropía de los quiotas, a la que no deja de rendir Urdemalas el merecido homenaje, al calificarlos de la gente «mejor y mas caritativa que hai de aqui a alla» (p. 174).

Aparte de los encendidos tonos con que encarece Jerónimo Giustiniani<sup>1</sup> este aspecto simpático de los isleños, pueden encontrarse por doquier ejemplos de su humanitaria actuación. Busbecq (*Ep.*, IV páginas 285-86) relata las peripecias de uno de los españoles hecho prisionero por los turcos en la jornada de Gelves, don Juan de Cardona, quien, sobornando con una fuerte suma a sus guardianes, había logrado quedarse en Quío, de donde le fue fácil escapar a España gracias a la ayuda de los quiotas y de Busbecq. El embajador francés en Constantinopla, Betremol, informa, en carta fechada el 2 y el 7 de agosto de 1561,

<sup>1</sup> Cf. el libro de ARGENTI: *Hieronimo Giustiniani's History of Chius*. Cambridge, 1943, págs. 431-32: «Perciòchè si è visto, doppo la rovina dello imperio le grandissime elemosine et charità prestata sempre a tutti: i christiani schiavi (tanto greci, quanto franchi, cioè latini) chiamati amalofa, i quali ordinariamente dagl'infideli presi, in cattività et misera servitù eravano condutti, altri riscatati, altri salvati, li donavano senza nessuno premio la desiata et chirara libertà con darli ancora il modo per il viatico fino che fussero a casa loro arrivati».

que Hibraim-Bey, dragomán, había logrado recuperar dieciocho o veinte esclavos que se habían refugiado en Quío (Charrière, p. 669). Nada de extraño, pues, que al tomar la isla pretextasen los turcos de sus habitantes «qu'ils servoient d'espies aux Princes Chrestiens, et leur ville de retraicte aux esclaves fugitifs» (Calcóndilas, II, 745; cf. Leunclavius 1, p. III; Crusius, p. 512).

§ 37. La existencia de un cirujano catalán en Quío, llamado maese Pedro (evidentemente distinto de maese Pedro el Bombardero), no debe extrañar. Los catalanes tenían allí cónsul a la sazón, y Capmany<sup>1</sup> menciona a un tal Galcerando Albanell, que fue investido de este cargo el 22 de noviembre de 1549. Y aún parece ser, si hemos de dar crédito a Argenti (*Chius vincita*, p. CXVIII-CXIX), que se basa en Miguel Giustiniani y el sueco Eneman, que el rey de España mantenía una guarnición en la isla.

§ 38. Como una de las cosas más notorias de Quío describe Urde-malas, con cierto lujo de detalles, el cultivo de la almástica, esa «goma que llora el lentisco» y que se cría tan sólo en «aquel pedazo que mira derecho a medio día» (la región comprendida entre Avgonima y Kalimasia). Tradiciones piadosas relataban que la almástica había surgido de las lágrimas de los árboles por el martirio de San Isidoro (Zolota, II, página 218), y se la tenía, ya desde la antigüedad, por producto tan típicamente quiota que se pensaba que la isla había recibido de ella el nombre (San Isidoro, *Etym.*, XIV, 6, 30: *Syri enim masticem 'chio' vocant*). La localización de las zonas productoras de la almástica, así como la noticia de que la cisión de los lentiscos se lleva a cabo en julio y agosto, recogiendo el producto en septiembre, la da Nicolai (p. 37).

En lo que respecta a la reglamentación de su cultivo, Pedro da a conocer a sus amigos, entre otras normas, la «premática que no se puede vender cada caja, que ellos llaman, menos de çient ducados, sino que antes la derramen en la mar y la pierdan toda» (p. 175). Un punto importante éste para demostrar la independencia del autor del *Viaje* con respecto a Belon, toda vez que el francés rebate tajantemente esta creencia por considerarla una leyenda:

Les marchands François voyant qu'il est tousiours à un pris, pensent et dient communement que quand ils en on recuelli une certaine quantité, ils en iectent la reste. Mais cela est faux: car, comme nous avons dit, ils font grandes despenses à accoustrer et entretenir les Lentisques. Mais pource qu'ils en delivrent au Turc pour quatre mille ducats par chacun an, seroit leur ruine s'ils hausoyent ou dimi- nuoyent son pris (fol. 84).

<sup>1</sup> *Memoria sobre la marina de Barcelona*. Madrid, 1792, tomo II, apén- dice, pág. 65.

Y esta vez Belon está en lo cierto, como lo confirma Zolota (II, 432), quien habla del especial cuidado de las autoridades para evitar la saturación del mercado en los años de superproducción. Los excedentes se guardaban en los almacenes de la Mahona en previsión de eventuales cosechas deficitarias, y un cuerpo especial de aduaneros (los *perquisitori*) registraban los barcos antes de zarpar para impedir su exportación fraudulenta. Penas severísimas amenazaban a los contraventores de las disposiciones legales. Pero no se arrojaban alegremente al mar los excedentes de producción, lo cual, como dice muy bien el francés, hubiera resultado una política suicida. Todavía en tiempos de los turcos era la almástica objeto de un reglamento especial (Argenti, p. CCLXXI ss.).

Aparte de sus aplicaciones medicinales, menciona Pedro que los turcos «la vsan mucho para limpiar los dientes, que los dexa blancos y limpios», (p. 175), lo cual no le había pasado inadvertido tampoco a Tavernier (I, 98): «Dicono che leva la rubigine e succidezza de'denti e li mantiene politi e bianchi», aunque tal virtud le parece pura imaginación a Le Bruyn (p. 538).

§. 39. Pedro cifra el tributo de los quiotas al Gran Turco en 14.000 ducados anuales. Belon rebaja el importe a 12.000 (fol. 83) y Nicolai (p. 37), a 10.000; Calcóndilas (I, 424) vacila entre los diez y los doce mil; en tiempos de Sapiencia era de 8.000 cequíes (fol. 32).

La noticia más exacta parece ser la de Pedro, coincidente con la de Maurand (*apud.* Zolota, II, p. 606), puesto que, como Argenti (p. XLVI) ha demostrado, el tributo a los turcos se elevó, en 1500 a 12.000 ducados, y pocos años más tarde, a 14.000. No obstante, hay una evidente exageración en el aserto de nuestro amigo de que de la simple venta de la almástica obtenían los quiotas 15 ó 20.000 ducados anuales (p. 174), cuando Belon (fol. 84) calcula los beneficios producidos por ella en 4.000 tan sólo.

La confusión ha sido producida tal vez por el hecho de destinarse íntegros a pagar el tributo del Gran Turco los dineros producidos por el cultivo de los lentiscos, árboles que aún en la actualidad reciben en Quío el nombre de βασιλικὰ δένδρα<sup>1</sup> como reminiscencia de aquellos duros tiempos.

Por último, y para acabar con nuestro comentario sobre este particular, queremos llamar la atención sobre el hecho de que el autor del *Viaje*, puesto en vena etimologizante, ignorando al parecer que la palabra almástica (así escribe, y no 'almástica') deriva del griego μαστίχη,

<sup>1</sup> Cf. H. PERNOT: *Lexicographie de Chio*. París, 1907, pág. 371.



la pone en relación con el castellano 'mascar', porque «masticar es mascar» (p. 175), algo que dice muy poco de sus conocimientos de helenista. ¿Hubiera sido admisible en un Andrés Laguna, tan familiarizado con el vocabulario de la medicina griega, un *lapsus* semejante?

§ 40. Otra noticia no menos curiosa sobre Quío nos brinda Urdemalas en otra parte de su libro. En efecto, hablando una vez de las perdices, asegura que:

en la isla de Chio las tienen tan domesticas como las palomas mansas que se van todo el dia al campo y a la noche se recojen a casa (p. 289).

Pues bien, Busbecq (*Ep.*, III, p. 163) menciona también a estas perdices domésticas:

*Habui perdices Chio allatas ex eo genere, quod est rostro et pedibus rubris, tan cicures, ut eo ipso taedio essent; assidue meis pedibus adhaerebant, e crepidis holeris rostro pulverem excitantes, quo se pulverarent.*

Y, por si fuera poco, Crusius (p. 234) cita, entre las particularidades de Quío, esta curiosa costumbre:

*In Chio insula, spatio 1 horae ab oppido mira copia perdicum est, quae ab incolis aluntur, vesperique domum gregatim redeunt unoquoque suas fistula domum suam revocante.*

§ 41. En aquel paraíso terrenal, atendido a cuerpo de rey por las autoridades, pasó Urdemalas un mes, en el que no faltaron, para mayor recreación de su espíritu, sus discreteos con ciertas damas «principales en riqueza y hermosura», en consonancia con la merecida fama de belleza del mujerío quiota. Nicolai (p. 38), con respecto a las isleñas, duda «che in tutte le parti dell'Oriente se ne possino trovare di bellezza più compita, di buona gratia et d'amorosa cortesia como queste», y con él coinciden Belon (fol. 83 v.), Wheler (I, 116), Le Bruyn (pp. 539-40) y Chandler (p. 50).

A la postre, recomendado al capitán de un bajel que partía con un cargamento de trigo rumbo a Sicilia, nuestro amigo emprende el viaje de regreso con otros doce cristianos, no sin que la señoría de Quío encareciese mucho al capitán que lo atendiese como si de uno de los siete se tratara.

## VIII

§ 42. De Quíto se encamina la nave a Esmirna, para completar el cargamento de trigo, lo cual no puede ser sino una ficción para dar pie a que Urdemalas haga alarde de cultura frente a sus amigos. Porque, ¿es verosímil que un bajel con trece cristianos fugitivos tocara puerto de turcos a cargar precisamente trigo, un grano tan abundante en Sicilia, la escala final del derrotero? Pero la mención de Esmirna sirve, no sólo para recordar que Homero nació allí, sino también para exponer una curiosa teoría sobre el reino de Troya, concebido a la manera de un estado territorial renacentista, y, al propio tiempo, para permitirle a Urdemalas presumir ante sus amigos de haber hecho una visita a Pérgamo, como si esta ciudad estuviera a dos pasos de Esmirna y él, un fugitivo de los turcos, hubiera sido tan insensato como para meterse, por el aquel de ver cosas, en la boca del lobo.

Pero no le quitemos la palabra a Urdemalas mientras informa a su auditorio que:

No había çibdad que se llamase Troya, sino todo vn reino, como si dixesemos España o Françia; que la çibdad principal se llamaba el Ilio, y habia otras muchas, entre las quales fui a ver vna que se llama Pergamo, de donde fue natural el Galeno, que esta en pie y tiene dos mill vezinos; pedaços de edifiçios antiguos hai muchos; pueblos muy muchos, pero no como Pergamo, ni donde parezca rastro de lo pasado. Los turcos, quando ven edifiçios viejos, los llaman «esqui Estambol, la vieja Constantinopla», y para los edifiçios que el Gran Turco hace en Constantinopla llevan toda quanta piedra hallan en estas antiguallas (p. 178).

Tras esta magistral lección Urdemalas habla de la feracidad de la tierra, de las ciudades que comprendía el reino de Troya, se jacta de haber estado en Atenas (¿cuándo?) y se extiende en consideraciones sobre la ignorancia de los griegos.

De todo esto es poco lo que tenga un cierto valor. No obstante, no está desprovisto lo que dice de un fondo de verdad. Contreras (p. 200) pudo ver en Troya «las murallas y ruinas»; Spon (I, 150-51) observa que «le Grand Seigneur a fait enlever quantité de colonnes de Troye pour la fabrique de la Mosquée neuve de la Sultane mère», y Le Bruyn (p. 84) encarece la feracidad de la región, la cual «c'est en grand partie une Plaine fort fertile, plantée de quantité de figuiers, de vignes et d'oliviers». Sin embargo, las noticias de Pedro no pueden compararse, ni en precisión ni en amplitud, a las que dan sobre Esmirna Spon (I, 229-35), Wheler (I, 258 y ss.), Le Bruyn (p. 72-88), Magni (I, 23-25) y, sobre todo, Chandler<sub>2</sub> (p. 56 y ss.); o sobre Pérgamo, Spon (I, 260-62) y Wheler

(I, 296); o sobre Troya estos dos últimos autores (I, 150-2 y I, 118 y ss., respectivamente) y Belon (fol. 80 v. y ss.).

§ 43. A partir de Esmirna la mención de las etapas de la travesía a Sicilia se hace cada vez más embrollada. Parece como si Urdemalas tuviera prisa por acabar con su relato y pasar a otras consideraciones. Pero, en todo caso, la premura de tiempo no excusa ciertos graves errores geográficos:

Acabada de cargar la nabe, fuimos en la isla del Samo, adonde nos tomó vna tormenta y nos quedamos allí por tres días, que es del Chio veinte leguas, la qual es muy buena tierra, mas no esta poblada (p. 183).

La observación es correcta: la isla de Samo estaba a la sazón deshabitada, y en tal estado la vio Belon (fol. 84 v.), quien atribuye al miedo a los piratas el que la hubieran abandonado sus moradores.

Pero Pedro no tiene razón al poner en tiempo de Barbarroja el éxodo de sus habitantes, «hartos de padecer tanto mal como aquel perro les hacia» (p. 183). La huida en masa es anterior. Según Stamatiades (I, 199), Samo quedó desierta, con excepción de un puñado de familias en el interior, el año 1476, no volviendo a establecerse allí una población sedentaria fija hasta el siglo XVII, aunque ya comenzaron a asentarse en la isla algunas familias aisladas a finales del XVI. «El primero que recuerda esta isla como habitada —dice Stamatiades (II, 5)— es, al menos que nosotros sepamos, el compilador de los *Anales Suevos*, quien, escribiendo el año 1587 sobre Samo, dice: *Samos pulchra et fructuosa insula est, fluviis irrigua. Antea erat deserta; et modo ante X annos coepit rursus ab hominibus incolí* (Crusius, *Suevicorum annalium, libri XII, pars III*, p. 805)».

§ 44. Desde Samo la navegación prosigue, según Urdemalas, con el siguiente rumbo:

De allí fuimos a Milo, otra isla, y de allí pasamos vna canal entre Micolo y Tino, dos islas pobladas, y con vn gran viento contrario no podimos en tres días pasar adelante a tomar tierra, y dimos al cabo con nosotros en la isla de Delo, que avnque es pequeña, es de todos los escritores muy çelebrada, porque estaba allí el templo de Apolo, adonde concurría cada año toda la Grecia (p. 183).

Aquí nuestro amigo comete un yerro garrafal, como se desprende de una simple ojeada al mapa: para llegar a Milo tuvo la nave necesariamente que pasar antes por Mícono y Delo. Sin embargo, se ha de destacar que entre Mícono y Tino hay una corriente marina tan fuerte que impidió atravesar el estrecho durante varios días a los navíos en que viajaban Spon y Wheler (cf. Wheler, I, 104).

§ 45. Sobre Delo es lástima que Urdemalas no dé otras noticias que la mencionada arriba, y el hecho de que «hoi en día avn hai infinitos marmoles que sacar, y los lleba quien quiere, y antiguallas muchas se han hallado y hallan cada día» (p. 183-4). Aserto este último que, por desgracia, era una triste realidad. Bondelmonte vio en 1442 tendida en tierra una gigantesca estatua de Apolo. (Laborde, I, 69, n. 3), en toda su integridad. Pues bien, poco antes de que llegaran a la isla Spon y Wheler, «un Provediteur de Tiné (según Spon) luy fit scier le visage, voyant que la tête étoit une trop lourde masse pour la pouvoir enlever dans son Vaisseau» (I, 137). Según la versión de Wheler, el mutilador no habría sido un griego, sino un inglés, digno antecesor de lord Elgin, «nommé Mr. Simon, Capitaine du Vaisseau appelé la Sainte Barbe», el cual «entreprenant de l'enlever et n'en pouvant venir à bout, lui rompit la tête, les bras et les pieds, qu'il emporta» (I, p. 99). Por último, cuando arribó a Delo Le Bruyn, por no ser menos, llevóse también un trozo de la estatua (p. 60), «pour en conserver la memoire».

§ 46. De Delo prosigue la navegación a la isla de Sira:

donde hai vn buen pueblo, y vi las mugeres, que no traen mas largas las ropas que hasta las espinillas, y quando sienten que hai corsarios, todas salen valerosamente con espadas, lanças y escudos, mejor que sus maridos, a defenderse y que no les lleben el ganado que anda paçiendo riberas del mar (p. 184).

La primera observación la confirman Wheler (I, 113), que apunta que las mujeres llevan «leurs jupes trouffées jusqu'aux genoux» y Contreras (p. 90a) para la isla vecina de Astipalea:

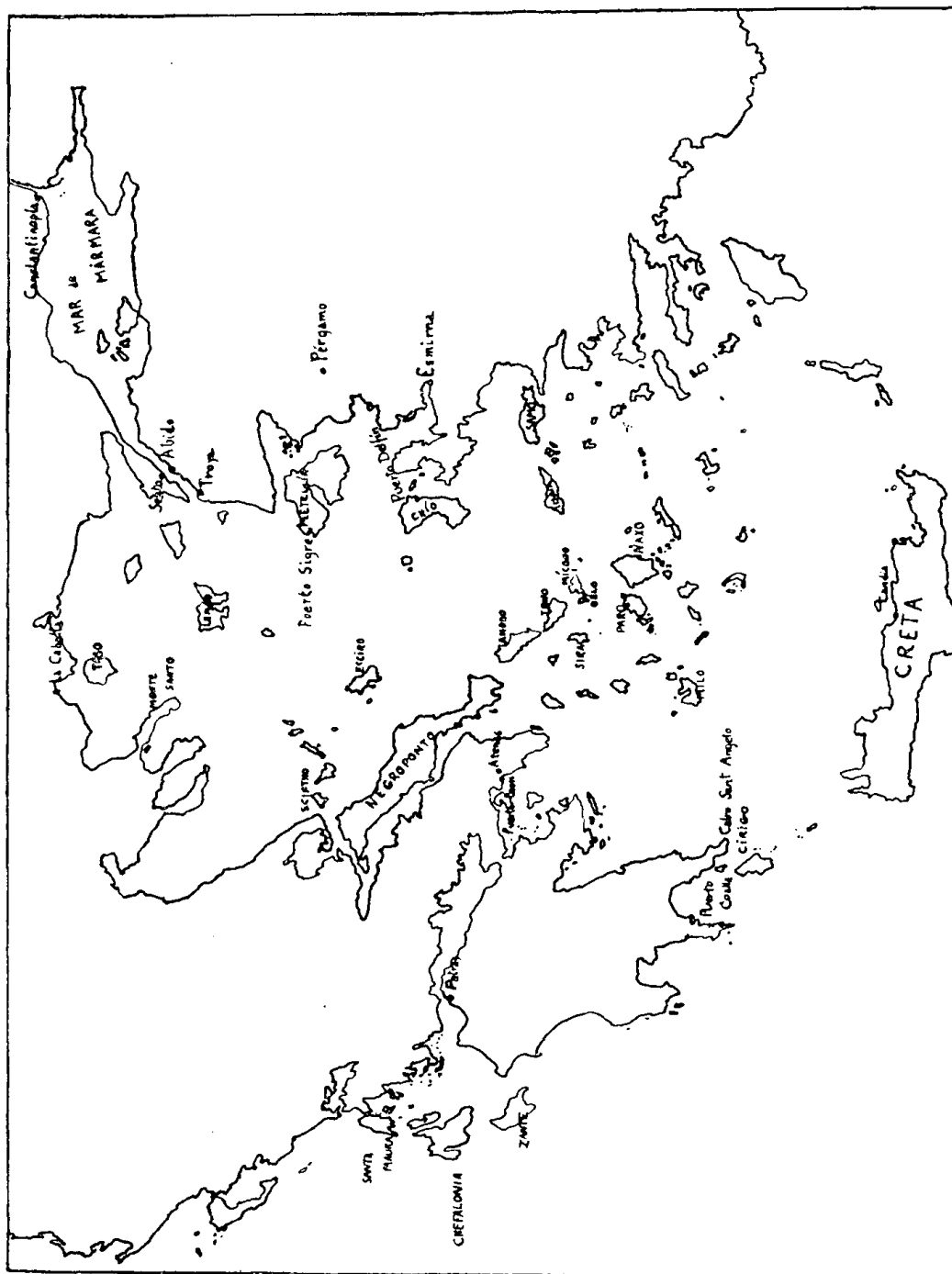
venian muchas mujeres casadas y doncellas con sus basquiñas a media pierna... y las faldas redondas hasta media barriga...

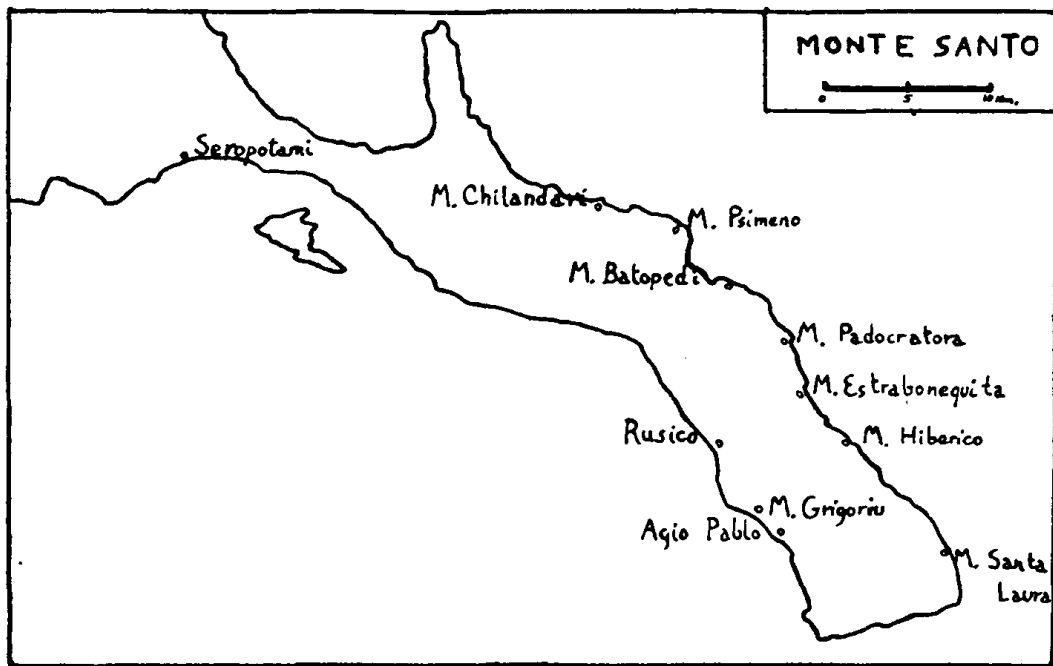
así como Chandler<sub>2</sub> (p. 50) dice que llevan «short petticoats, reaching only to their knees».

La segunda tiene un marcado sello novelesco y quizá provenga de la escasez de hombres en las islas, que también extrañaría a Wheler (I, 111):

La plus grand partie de la ville semble n'estre composée que de femmes, la plus grand partie des hommes vont dehors chercher leur fortune.

Nada hemos podido encontrar sobre tan curiosa leyenda en el libro de Ambela sobre Siro; pero el arrojío de las mujeres griegas era de todos





conocido y queda bien de manifiesto en el siguiente pasaje de Marco Antonio Sabélico<sup>1</sup>:

*Lemnum insulam Turci inde subita vi adorti sunt, fuissetque improvisa irruptione oppidum captum, nisi mulier Lemniaca patrem ab hoste in portis confossum intuita, armis subito arreptis, quae temere pedibus obiacebant, hostem tamdiu aditu prohibuisset, quoad oppidanorum occursu hostis sit ad naves foeda cum strage actus.*

Anécdotas semejantes, repetidas de boca en boca, pudieron dar pie a que se generalizase una idea de las isleñas como amazonas curtidas en las lides de la guerra.

§ 47. Lo que sigue a continuación está tan plagado de errores geográficos que excluye, no sólo la estancia personal de Urdemalas en los lugares mencionados, sino también el uso de una fuente escrita para enumerarlos. Se trata de parajes de la vieja Europa archiconocidos todos, no de lejanas latitudes en el reino del Preste Juan. Y, sin embargo, oigamos lo que dicè nuestro amigo:

Dimos con nosotros luego en Çirigo, y de allí a Paris (evidente error del copista por Paros) y Necsia (Naxo), dos buenas islas, y pasamos a vista de Candia, y hechamos anclas en Cabo de Santangelo, que llaman puerto Coalla por la multitud de las codorniçes que los albaneses toman por allí.

¡Casi nada! Viniendo de Sira, como puede verse en el mapa, es imposible tocar primero en Cirigo (la antigua Citera) y después en Paro y en Naxo. La inversa pudiera ser lo correcto. Asimismo, es muy improbable que, habiendo zarpado la nave de Sira con rumbo al Peloponeso, se desviara tanto de la ruta más corta como para avistar Candia. Pero lo que supone ya el más craso error geográfico de todo el relato de Urdemalas es el confundir el cabo de Sant Angelo (C. Málea) con Puerto Coalla (la bahía de Psamathos), en las proximidades del cabo Matapán, y poner lindamente allí —¡en la punta más meridional de la Morea!— a los albaneses cazando codornices. De todo esto se pueden colegir las confusas ideas geográficas del autor del *Viaje*. En cambio, Urdemalas tiene razón en el origen del nombre, cf. Leunclavius<sup>1</sup>, p. 121: *ad portum quem vulgo Qualliarum sive coturnicum vocant*. Compárese tal cúmulo de inexactitudes con la escueta pero atinadísima descripción de Contreras (p. 191):

<sup>1</sup> *Opera omnia*. Basilea, 1560, tomo II, pág. 982 (libro VII de las *Enéadas*). El libro de TIMOLEONTE D. AMBELA tiene por título *Ἱστορία τῆς νῆσου Σύρου*. Hermúpolis, 1874.

Pasado Brazo de Maina, una milla al Levante está Puerto Coalla, seguro, con mucho fondo. A la banda de Tramontana tiene una fortaleza deshabitada, medio caída.

En ella no falta ni siquiera la mención al castillo franco edificado en 1250 por Guillaume de Villehardouin. Pero es que el aventurero capitán tenía buena experiencia de aquellos parajes y de sus hombres, los fieros mainoles, que, aun siendo cristianos, «jamás parecía que hicieran obras de tales», y aun le dio sus buenos azotes a un tal Antonaque, capitán de aquella gente y compadre suyo por más señas.

§ 48. El derrotero por costas griegas, tras «engolfarse» la nave «en el golfo de Venecia, que llaman el Sino Adriático», termina de mala manera allá, dice Pedro:

Adonde no queríamos; mal de nuestro grado, dimos al traves con la fortuna, tan terrible qual nunca en la mar han visto marineros, un Jueves Sancto, que nunca se me olvidara, en vna isla de veneçianos que se llama el Zante, la cual esta junto a otra que llaman la Chefalonia, las quales divide vna canal de mar de tres leguas de ancho (p. 186).

Aquí tal vez se le pueda recriminar a Pedro el no haber querido informar a sus amigos que Chefalonia pertenecía también a los venecianos, pero se le puede disculpar su laconismo por la impaciencia de que iba ya dando muestras Mátalascallando al ver que las fortunas del Ulises español aún no eran acabadas. Pero, como la Providencia no dejaba de velar por nuestro héroe, con la ayuda de tres naves pudieron los quiotas sacar la suya del arenal donde había encallado y, tras celebrar con gran regocijo la Pascua, emprender la navegación hacia Sicilia.

## I X

La segunda parte de nuestro trabajo tendrá por cometido el adquirir una idea, lo más exacta posible, sobre la formación humanística en general y los conocimientos de lengua griega en particular del autor del *Viaje*. Para ello nada mejor que el ir siguiendo punto por punto los preciosos informes que nos da de sí mismo Pedro de Urdemalas.

§ 49. Ante todo conviene tener bien presente que nuestro héroe es un universitario que ha recibido en Alcalá los rudimentos suficientes de gramática para poder llegar a un rápido aprendizaje del griego moderno. Aunque esta base, de hacer caso a sus quejas, no debió de ser muy firme, dados los vicios de que adolecía ya en su época la enseñanza de las lenguas clásicas en nuestro país. Y conviene, antes de seguir



adelante, señalarlos, aunque no sea más que para rendir tributo a la clavidencia de nuestro amigo al poner, con anticipación asombrosa, el dedo en la llaga de los defectos metodológicos que habrían de conducir a la ruina total de nuestros estudios humanísticos.

Para él la raíz de todos los males estriba en el general desinterés por el saber y la falta de inquietudes intelectuales, tanto en el profesorado como en los estudiantes:

Tienen vna buena cosa los maestros de España: que no quieren que los discípulos sean menos asnos que ellos, y los discípulos tambien tienen otra: que se contentan con saber tanto como sus maestros y no ser mayores asnos que ellos; y con todo esto se conçierta muy bien la musica barbaresca (p. 181).

Nicolás Clénard, que en una carta de 1535 había ya señalado ciertas deficiencias en nuestro sistema universitario —las mismas que habían alejado a Nebrija de Salamanca—, no acertó a poner con tanto tino la flecha en el mismo centro del blanco<sup>1</sup>.

§ 50. Ahora bien, semejante atonía espiritual conduce por necesidad al anquilosamiento, a tener sin más por buenos los métodos pedagógicos tradicionales, sin tomarse la molestia de someterlos a revisión. Los españoles parecen ignorar, por ejemplo, que exista otra arte de aprender latín que la de Nebrija, el «pecado original de la barbarie que todos nos ha tinido». El pobre estudiante pierde lastimosamente su tiempo en aprender la «borrachería» de sus versos, en vez de acudir directamente a los autores con el auxilio de otras artes, «de cinco o seis pliegos de papel», como las de «Herasmo, Phelipo Melanthon o Donato»<sup>2</sup>, que no contienen «versos ni burlerías», sino «todos los nombres

<sup>1</sup> *Erat et aliud (scil. vitium) quod receptum est in his regionibus et inter Italos quoque obtinet, statim peracta lectione, professores tamquam oracula quaedam passim a quovis adeuntur, et quidquid illud tandem fuerit, quod Arcadico iuveni in mentem et buccam venerit, nisi clementer praeceptor excipias, et tamquam de re seria cum homine verba facias, negligere videris dominum tuum. Et si postea cathedra quaequam vacaverit, ulciscetur miser in turba quem solum non timeas, fraudaberis multis suffragiis, nec quidquam insignis tibi profuerit eruditio* (carta 24, a Latomus, en *Correspondence de Nicolas Clénard*, publicada por ALPHONSE ROERSCH. Bruselas, 1940. I, pág. 51).

<sup>2</sup> ERASMO escribió varias obras sobre gramática latina. La principal, una sintaxis, se titula *De octo orationis partium constructione libellus*, y fue publicada en Barcelona en 1557 con ejemplos catalanes añadidos a los latinos por JUNIO RABIRIO y FRANCISCO ESCOBAR. Además del opúsculo famoso *De recta latini graecique sermonis pronuntiatione*, Basileae, 1530, escribió el holandés una especie de diccionario de sinónimos latinos llamado *De duplici copia verborum ac rerum commentarii duo*, Lugduni, 1551. MELANCHTHON trató de gramática en su *Syntaxis*

que se acaban en tal y tal letra, son de tal genero, sacando tantos que no guardan aquella regla». De este modo, es factible aprender en corto tiempo la gramática necesaria para enfrentarse con los textos, habiéndose de decir lo mismo en el caso del griego, a despecho de ser esta lengua más dificultosa. Sólo por tales diferencias de método se comprende que italianos, franceses y alemanes sean mejores latinos que los españoles, cuando no son por naturaleza más hábiles que ellos, y se explica el fracaso rotundo de tantos estudiantes que, como Mátalascallando, abandonaron definitivamente las aulas universitarias, hartos de «decorar» la gramática de Nebrija y con un gran aborrecimiento del latín. A ellos también aquellas listas cual la de «gurges, merges, verres, sirinx et meninx et inx»<sup>1</sup> se les antojarían mejor «palabras de encantamiento que de doctrina», y les parecerían los versos del Antonio como los salmos del Salterio, «que cuanto mas oscuros son mas claros». Así, por ejemplo, aquello de «la hembra y el macho asientan el genero sin que ninguno se lo enseñe»; y lo otro de «machos te seran los quasi machos y hembras las como hembras»<sup>2</sup>. El memorismo inoperante y la falta de coordinación entre teoría y práctica minaban ya la enseñanza de las lenguas clásicas.

*seu de constructione libellus*, Hagenau, 1526. Extraña mucho que a estas dos gramáticas modernas añada Urdemalas la del gramático romano Donato, muy en boga en Italia desde la impresión con comentarios de Mancinelli en 1488. La parte estilística de la obra fue reeditada en Alcalá en 1503, a instancias de Cisneros, por un discípulo de Nebrija, Alphonsus Camere Viennensis. Este error grave por parte de Urdemalas, que presume de estar al día en la materia, no viene sino a confirmar que nuestro buen amigo, en punto a novedades en la enseñanza del latín, había oído campanas, pero no sabía dónde. El *Ars grammatica* de Donato ha sido publicada modernamente por KEIL, en sus *Grammatici Latini* IV, 2, y las disquisiciones de Donato sobre el género, que quizá sean las aludidas por Urdemalas, pueden leerse en la página 376. Si el autor del *Viaje* fuera un latinista de primera fila hubiera mencionado, por otra parte, el *dernier cri* en gramática, la sintaxis del inglés Thomas Linacre. Sobre estas cuestiones véase GOLLING: *Einleitung in die Geschichte der Syntax*, pág. 45 y ss., en la *Hist. Gramm. der lat. Sprache* de LANDGRAF (tomo III, 1, Leipzig, 1903).

<sup>1</sup> *Grammatica nebrissensis*. Lyon, 1526, libro II, fol. 42v.

*in gis multa dabis:*

*Syrinx et meninx et yrinx iapix lelexque*

Fol. 45v.

*Cum sit in es nomen mas aut commune duorum*

*dat genitivus itis: sed verres dat tibi verris*

<sup>2</sup> *Ibid*, fol. 27.

*Femina masque genus nullo monstrante reponunt.*

*Mascula suntio tibi quasi mascula, femineumque*

*sit quasi femineum. Mars est pro teste Venusque.*

§ 51. A esto se añadía, a juicio de Urdemalas, un tercer vicio que afectaba de un modo especial a la enseñanza del griego. En nuestras universidades no se hacía caso sino de entender los libros, y no se prestaba atención alguna a la pronunciación:

La mayor dificultad que para la lengua griega tube fue el olvidar la mala pronunciación que de aca llebe, y sabia hablar elegantemente y no me entendian; despues, hablando grosero y bien pronunciado, hera entendido (p. 181).

Tenemos, pues, aquí un claro testimonio de la generalización en nuestra patria de la pronunciación erasmiana, preconizada, según es sabido, por Nebrija con anterioridad al holandés<sup>1</sup>. Y una vez más se puede apreciar la independencia de juicio de nuestro amigo, quien se aparta en esta cuestión del maestro para abrazar decididamente el partido de los reuchlinianos, aunque sólo fuera por dar en los nudillos a los seguidores del Antonio. Recordemos cómo era tópico obligado entre los erasmistas españoles —y ahí está el *Diálogo de la lengua*<sup>2</sup> para demos-

<sup>1</sup> Bywater fue el primero en señalar la primacia de Nebrija sobre Erasmo en el descubrimiento. Cf. en el volumen de *Emérita* consagrado a Nebrija (XIII, 1945) el artículo de I. ERRANDONEA *¿Erasmo o Nebrija?*, en págs. 65-96.

<sup>2</sup> Por ejemplo, echa en cara VALDÉS a Nebrija «que scrivió aquel su vocabulario con tan poco cuidado que parece averlo escrito por burla» (págs. 11-12, ed. Montesinos), frase esta última que recuerda «los versetes y burlerías» de Urdemalas. Por cierto que Montesinos afirma en el prólogo que Valdés abrigaba por Nebrija «una antipatía localista, de campanario: la aversión del castellano por el andaluz» (p. LVII). Aparte de que esta antipatía regional no está muy clara, la animadversión hacia Nebrija compartida por Valdés, Urdemalas y Villalón en su *Gramática* (la piedra angular de los argumentos de Serrano y Sanz para otorgar la paternidad del *Viaje* a Villalón), traduce una mal disimulada inquina del erasmismo español hacia Nebrija.

Entre otras razones puede explicar esta ojeriza una Real Orden en la que se prohibía terminantemente enseñar latín por otra gramática que no fuera la de Nebrija, única que se mandó a América hasta bien entrado el siglo XVII, como lo acreditan los registros de libros publicados por I. A. LEONARD (*Romances of Chivalry in the Spanish Indies with Some Registros of Shipments of books to the Spanish Colonies*, Berkeley, California, 1933). Así, el registro IV (p. 60): «Caxa número seite: Veinte artes de Antonio»; en el V (p. 62): «artes del antonio dies y siete», «artes del antonio con comento seis» (*ibid.*). En el registro VII, cajón número 36, «60 artes del antonio» (p. 92), en la caja número 37, «101 artes del antonio» (p. 93); en el cajón número 39, «28 artes del antonio» (*ibid.*); en el cajón número 67, «12 artes del antonio» (p. 105); en el cajón número 69, «30 artes del antonio» (*ibid.*). Probablemente los erasmistas abogaban por una renovación de la enseñanza del latín en España, anquilosada desde los tiempos de Nebrija, como había hecho también a lo largo de su vida el Brocense. Pero algunas veces sus ataques contra el genial andaluz rebasaban la frontera de lo justo. De lo injustificado de los ataques de Valdés contra Nebrija habló ya MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos*, I, p. 899.

trarlo— el atacar tan dura como machaconamente al andaluz. Pero, aparte de todo esto, en las palabras de Urdemalas se ha de ver la expresión del sano practicismo del autor. Estamos en la época en que comienza el estudio gramatical de las lenguas modernas y la experiencia demuestra que «ninguna cosa hai para entender las lenguas y ser entendido mas neçesaria y que mas importe que la pronunçiaçion». Y también empieza a tomar arraigo en las gentes cultivadas la idea de que «ninguna cosa hai en que mas se manifieste la barbarie y poco saver que en el pronunçiar»<sup>1</sup>.

§ 52. Con todo y con eso, las deficiencias de su formación escolar no le han impedido a nuestro amigo estar en posesión a su llegada a Constantinopla de unos rudimentos de griego que le permiten, cuando los médicos sefardíes de Zinán Bajá hacen citas de sus libros hebreos, recitar de memoria unos versos de Homero para darles a su gusto una interpretación medicinal. Ahora bien, ¿hasta dónde llegaba la familiaridad de Urdemalas con los autores griegos? Es éste un punto que conviene dejar bien en claro, porque en la cultura clásica del audaz protagonista del *Viaje* se puede encontrar un criterio no despreciable para ponderar la de su autor.

§ 53. Vaya por delante el hecho, un tanto extraño, de la parquedad de las citas clásicas y alusiones de índole histórica o mitológica, aun allí donde parecería obligado hacerlas. Así, por ejemplo, la mención de Sexto y Abido (p. 142) no va acompañada de la de Hero y Leandro, aun siendo el tema tan del gusto de los renacentistas; ni la de Troya (p. 178) da pie a digresión alguna, cuando el mismo Muntaner, Clavijo y Contreras no han resistido a la tentación de hacer gala de sus conocimientos eruditos en casos semejantes. La manera de asociar los nombres antiguos, un tanto al revoltijo y sin discriminación ninguna («Demóstenes y Eschines, Homero y Galeno y Platón y los demás», p. 179, como ejemplos todos de ¡buen griego!) de época, de profesión, de estilo, resulta un tanto sospechosa para un hombre con conocimientos profundos de literatura griega. Igualmente el escueto y un tanto despectivo término de «antiguallas» para calificar las ruinas de las ciudades antiguas (páginas 178, 184, 200), nos parece más propio de un aventurero como

<sup>1</sup> No se olvide que el principio segundo de las *Reglas de ortographia en la lengua castellana compuestas por el Maestro Antonio de Lebrixa*, publicadas por ARNAO GUILLÉN DE BROCAR (Alcalá, 1517), era «que así tenemos de screvir como hablamos e hablar como escrivimos», y que más tarde CORREAS se afanó denodadamente por acomodar la ortografía castellana a la pronunciación en su *Ortografía kastellana nueva i perfeta*, Salamanka, 1630.

Contreras<sup>1</sup> que de un universitario. Si quisiéramos insistir sobre ciertas ausencias ominosas no dejaríamos de mencionar la del gran Dioscórides en p. 98, cuando se aducen como fuentes de donde ha bebido Urdemalas sus saberes medicinales a Hipócrates, Aecio, Paulo Egineta y Galeno, a quien, por cierto, se le llama anacrónicamente «troyano, de Pérgamo», de acuerdo con las ideas geográficas del autor sobre el reino de Troya, desarrolladas con mayor amplitud en p. 178. Y la serie de indicios por los cuales el protagonista del *Viaje* se ofrece a la vista del helenista como hombre poco impuesto en la antigüedad clásica podrían multiplicarse. Cabría pensar, y sería de todo punto lícito hacerlo, que en todo ello no hay más que una hábil caracterización literaria, aparte de que las intenciones del autor no fueron las de abrumar al lector con citas eruditas. Pero, aun así, una impresión indefinible quedaría de que no nos hallamos frente a una sólida formación humanística: el ocultar deliberadamente una cultura que se posee, hecha carne y hueso en uno mismo, digerida y reposada, es tarea punto menos que imposible.

§ 54. Con todo, hay algo más poderoso que una mera impresión subjetiva producida por un conjunto de indicios negativos. Cuando nuestro autor entra en vena moralizante y culterana acumula los ejemplos y las citas clásicas, sin gracia ni soltura alguna, sin ese dominio firme de los textos que denota tener, por el contrario, con los libros del Nuevo Testamento. Examinemos, pues, estas citas en su contexto, en sus posibles motivaciones, en lo apropiado o no de su interpretación castellana, y tratemos de decidir la cuestión de si se hicieron directamente sobre los textos originales o bien se tomaron de repertorios *ad hoc* modernos.

§ 55. En la dedicatoria del *Viaje* aparece el verso primero de la

---

<sup>1</sup> Cf., por ejemplo, la descripción de Atenas por CONTRERAS: «A la entrada de Levante está la antigua Atenas, echada por el suelo; no se ve más de los cimientos, y la tierra adentro están los estudios con grandes antiguallas» (p. 194). Probablemente los estudios a que alude Contreras son los διδασκαλεία de Platón, Aristóteles y demás filósofos que los cicerones griegos mostraban a los visitantes (cf. LABORDE, I, p. 17, nota). Recuérdese que el cabo Colonna (Sunio) pasaba a la sazón por ser otro lugar elegido por Aristóteles para enseñar filosofía, ya que tal tradición, referida a Platón, la conoció todavía BYRON, en sus notas al *Child Harold's Pilgrimage*, y WILLIAMS, II, p. 381. Hablando CONTRERAS de Delo, vuelve otra vez a emplear tan despectiva palabra: «En una isla muy cercana a Micono se hallan muchas antiguallas de marmol de tiempo de los gentiles» (p. 205). Como se ve, a la par andaban en su concepto de la arqueología nuestro Urdemalas y Contreras.

*Odisea* en caracteres griegos<sup>1</sup>, al que se le da la siguiente traducción: «Ayúdame a cantar, ¡oh, musa!, un varón que vio muchas tierras y diversas costumbres de hombres». Ciertamente que no es mucho viajar por los caminos de las letras helénicas el quedarse en un verso de todos conocido y que encabeza un poema, pero más perturbador resulta el hecho de que la versión no se ajusta al texto griego (Ἄνδρά μοι ἔννεπε, Μοῦσα, πολύτροπον ὃς μάλα πολλὰ πλάγχθη) y parece seguir literalmente el *qui mores hominum multorum vidit* con que Horacio traduce en la *Epístola a los Pisones*, v. 142, el comienzo del poema homérico, siguiendo una variante de Zenódoto. Por si esto fuera poco, el mismo Marcel Bataillon<sub>2</sub> ha visto que tanto la cita como las ideas del prólogo las ha tomado el autor del *Viaje* de la introducción de Domenechi a *I commentari di Theodoro Spandugino Cantacuscino dell' origine de Principi Turchi* (Florencia, 1551), quien dice:

Ε perció Homero veramente unico Padre e Auttore di tutti i boni studi, essendo per proporre il suo Ulisse come perfetto essemplio di sapienza, infino da principio non lo loda per altro conto, se non dello havere egli veduto diversi città e i costumi di molti huomini.

Traduciendo nuestro autor, casi palabra por palabra, de la siguiente manera:

Y por esto Homero, unico padre y autor de todos los buenos estudios, habiendo de proponer a su Ulixes por perfecto dechado de virtud y sabiduria, no sabe de que manera se entone mas alto que con estas palabras (p. 13, 8).

Por otra parte, también Marcel Bataillon<sub>3</sub> (p. 125) ha visto las diferencias existentes entre la traducción en prosa del verso antedicho en la dedicatoria del *Viaje* y aquella otra en endecasílabos que se encuentra en la página 5 del Dioscórides de Laguna:

<sup>1</sup> Tanto en el ms. 3871 como en el 6395 se dejó un espacio en blanco para transcribir el griego. No creemos que sea esto prueba suficiente, como quiere BATAILLON<sub>3</sub> (p. 125), para negar que el ms. 3871 es autógrafo, porque con mucha frecuencia ocurre que, por no acordarse bien de una cita en griego o por no tenerla a mano en aquel momento, el más avezado helenista se ve obligado a dejar provisionalmente el espacio en blanco para colmarlo más adelante. Pero esto no impide el que estemos convencidos de que tiene razón Bataillon al creer que el ms. 3871 no es el borrador original. El 6395 es una vulgar copia del 3871, como lo demuestra la curiosa falta *ποαντροπον* por *πολύτροπον*. El copista no supo descifrar los rasgos de la λ y la υ, leyéndolas equivocadamente como α y ν. Evidentemente, sus conocimientos de griego dejaban mucho que desear.

O Musa, cuentame las perfecciones  
del que después de las troyanas clades  
conoció las costumbres y ciudades  
de muchas gentes y varias naciones,

la cual, dadas las libertades del verso, no se ajusta ni al texto de Zenódoto ni al de la vulgata homérica.

§ 56. Más adelante se encuentra otra cita clásica, esta vez latina, a la Eneida (I, 630: *non ignara mali miseris succurrere disco*), en los siguientes términos:

Dice Dido en Virgilio: «Yo que he probado el mal aprendo a socorrer a los míseros» (p. 14, 9).

Que son, como ha visto asimismo Bataillon<sub>2</sub> (p. 131), una traducción servil del apéndice de Domenechi (en realidad, traducción de opúsculos de Georgiewitz) al libro de Menavino:

Dice Didone en Virgilio: «Io c'ho provato il male imparo a soccorrere a i miseri...»

Al final del prólogo se encuentra la siguiente historia:

Alegremente resçiuio Artaxerxes, rei de Persia, el agua que con entrambas manos le ofresçio un dia, caminando un pobre labrador, por no tener otra cosa con que servir, conociendo su voluntad, no extimando en menos resçibir pequeños serviçios que hazer grandes merçedes (p. 16, 25).

la cual ha sido tomada de los *Reg. et imp. apophthegmata* de Plutarco (p. 172b).

§ 57. La casi totalidad de las restantes citas griegas del *Viaje* corresponden a los *Moralia* del mismo escritor, muy en boga en época renacentista, y aparecen acumuladas un tanto a destiempo en corto espacio, cual si al autor del libro le hubiera entrado súbitamente el deseo de conferirle las galas eruditas de que estaba exento:

Simonides, poeta, oyendo un dia a Pausanias, rei de Lacedemonia, loarse quan prosperamente le abian susçedido todas las cosas, y como burlandose pregunto alguna cosa dicha sabiamente, aconsejole que no se olvidase de que era hombre. Esta respuesta doi yo sin demandarmela. Philipppo, rei de Maçedonia, teniendo nueba de tres cosas que prosperamente le avian susçedido en un dia, puestas las manos y mirando al çielo dixò: «O fortuna, pagame tantas felixidades con alguna pequeña desventura!», no ignorando la grande invidia que la fortuna tiene de los buenos susçesos. Theramenes, vno de los treinta tiranos, abiendo solo escapado quando se le hundio la casa con mucha gente, y teniendole todos por

beato con gran clamor: «O fortuna —dize—, ¿para quando me guardas?» No paso mucho tiempo que no le matasen los otros tiranos (pp. 309-310).

Toda esta larga tirada está traducida literalmente de la *Consol. ad Apol.*, p. 105<sub>a-b</sub>, y, por cierto, con errores que no cometería un principiante, amén de omisiones que podrían justificarse por un deseo de abreviar, si no fueran debidas, como mucho nos tememos, al deseo de zafarse de dificultades superiores a las fuerzas de helenista harto menguadas del traductor. Para que el lector se percate de ello, es menester reproducir el texto griego, siquiera en parte, y a continuación la versión castellana correcta y elegante de Diego Gracián. Dice Plutarco: Σιμωνίδης δ'ὁ τῶν μελῶν ποιητής, Παισανίου τοῦ βασιλέως τῶν Λακεδαιμονίων μεγαλαυχομένου συνεχῶς ἐπὶ ταῖς αὐτοῦ πράξεσι καὶ κελεύσαντος ἀπαγγεῖλαι τι αὐτῷ σοφὸν μετὰ χλευασμοῦ, συνεῖς αὐτοῦ τὴν ὑπερηφανίαν συνεβούλευσε μεμνησθαι ὅτι ἄνθρωπός ἐστι

Y Gracián (folio 253 v.) traduce:

Y Simonides el poeta viendo a Pausanias rey de los Lacedemonios que se gloriaba continuamente de sus grandes hechos y hazañas, y la mandaua por burlar que le dixesse algun dicho sabio, entendiendo el poeta su soberbia y fausto, no le dixo otra cosa sino aconsejarle que se acordase que era hombre.

Obsérvese cómo el autor del *Viaje* no ha entendido el significado de formas tan corrientes como συνεχῶς («continuamente», y no «prósperamente») y el κελεύσαντος ἀπαγγεῖλαι («mandándole decir»), cuya recta comprensión no se le escapa a un mediano principiante. Y precisamente este pasaje es significativo en grado sumo, porque falta en la edición de las *Morales* de Plutarco de Alcalá de 1548, y no se incorporó al texto hasta la de Salamanca de 1571. En este caso, el autor del *Viaje* (o el del epílogo), carecía del brazo seguro de un lazarillo que le guiara en las oscuridades del texto, y salió por su cuenta a caminar sin reparar en los previsibles tropezones. Pero el padre (legítimo o 'adoptivo') de Urdemalas era, como su hijo, hombre ardido.

§ 58. Pocas líneas más abajo, pues se trata de cerrar la obra con broche de oro, vienen dos nuevas citas a impresionar grandemente el ánimo del lector. Una de ellas nada menos que del divino Platón y otra del trágico Eurípides:

Comparaba muy bien Platon la vida del hombre al dado, que siempre tiene destar deseando buena suerte, y con todo eso, se a de contentar con la que cayere. Euripides jago del vocablo de la vida como meresçia. La vida, diçe, tiene el nombre; más el hecho es trabaxo.



En efecto, Platón (*República*, 604 C-D) establece esta comparación entre la *κυβεία* o juego de dados y la vida humana, y la falsa erudición del autor podría esta vez engañarnos si no existiera en el *De tranquillitate animi*, 5, p. 467a, que forma asimismo parte de los *Moralia*, la correspondiente referencia introducida casi con las mismas palabras: *κυβεία γὰρ ὁ Πλάτων τὸν βίον ἀπέικασεν*. Por el contrario, donde es de todo punto imposible dejarse engañar es con la mención de Eurípides. Tal frase no la pudo leer ni el autor del *Viaje* ni nadie en una obra del trágico, por tratarse de un fragmento (966, Nauck<sup>2</sup>), transmitido también por Plutarco en la *Consolatio ad Apollonium*, 120a. Y aquí se puede notar su falta de pericia, tanto en la traducción castellana —que resulta incomprensible—, como su falta de tacto al elegir la cita, pues la lección de los mss. está corrupta (*βίος γὰρ ὄνομα ἔχει, πόνος † ἐγὼ σ'*)<sup>1</sup>, y para darle un sentido se requieren dotes mayores de hermenéutica que las suyas.

Este manejo relativamente amplio de Plutarco nos hace sospechar que la frase de «Hame aprovechado para saber sufrir semejantes días como éste» (p. 81) puede proceder directamente de los *Reg. et imp. apophthegmata*, 176d, sin que se imponga necesariamente el suponer con Markrich y Bataillon<sup>3</sup> (p. 148) que ha sido tomada de la *Silva de varia lección*, de Pedro Mexía<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> En la *editio princeps* de las *Moralia* (Venecia, 1509) y en las ediciones griegas siguientes (así la de Froben y Episcopio, Basilea, 1542), se encuentra el texto corrupto tal como lo dan los mss. En cambio, en la traducción latina de ESTÉFANO NIGRO, que aparece en la edición publicada por ISINGRINO en Basilea (1554), en la de VASCOSANO (París, 1544) y en la de GRIFIO (Lyon, 1549), se sana el texto con una conjetura de GROCIO («*verisimilis quidem, sed ingenio ficta*», Wytttenbach), que es la que, al parecer, intenta traducir Urdemalas: «*vita enim, ut Euripides ait, nomen habet, re, ipsa labor*», lo que corresponde a un griego *ὁ βίος γὰρ ὄνομα ἔχει, πόνος ἔργον* que se encuentra todavía, por ejemplo en la edición de BARNES (fragmento 122). GRACIÁN (fol. 261) traduce: «La vida, como dize Euripides, tiene por nombre trabajo», lo que indica que tomó *ἔργον* por un nominativo denominativo, como en el conocido ejemplo ovidiano: *lactea nomen habet* (*Met.*, I, 168-9), no desconocido tampoco en griego (SCHWYZER, II, p. 66). Ahora bien, ni aun la conjetura tradujo bien Urdemalas, pues parece como si hubiera visto un *ἔργον* en nominativo en vez de *ἔργον* dativo. De todas maneras, en el pasaje, aunque la significación general está clara, se esconde una corruptela incurable contra la que se han estrellado las conjeturas modernas de Bernadakis *μόνον μὲρος γειώσ* y *πόνος γειώσ* de Nauck.

<sup>2</sup> Debemos advertir que las anécdotas de Artajerjes, Simónides, Filipo, Terámenes y este dicho de Dionisio el Joven se encuentran en el *Libro de Apothemas de Erasmo*, traducido al español por el Marqués de Tarifa, que vio la luz en Zaragoza en 1552. Cf. los folios CCXLI v., CCCXV, XXIV, CCCXXXVIII y IV v.,

§ 59. Por último, nos queda por tratar de dos citas que dicen muy poco de la formación clásica de nuestro amigo. En la página 186 se atribuye gratuitamente a Aristóteles un viaje ex profeso a Sicilia para contemplar la maravilla de Cilla y Caribdi en el estrecho de Mesina, sobre cuyas terribles corrientes se fantasea no poco. En la página 279 se sitúa en Atenas una anécdota de Aníbal relatada por Cicerón, *De orat.*, II, 75. Ahora bien, Cicerón no puede ser la fuente directa, porque en tal caso no se hubiera cometido el imperdonable error de trasladar la acción de Efeso a Atenas —donde jamás estuvo el cartaginés—, y se hubiera mencionado, sin duda, el nombre de Formión, un peripatético del siglo II a. de J. C., a quien atribuye el latino el caso. Tampoco ha podido ser Estobeo (*Ecl.*, IV, 13, 58, p. 367; 6, W. Hense), porque aquí es un estoico el escarmentado, y no se menciona lugar alguno para el suceso. De ahí que pueda tener razón, como también le parece a Bataillon, (p. 148), Markrich al pensar como fuente posible de este pasaje el prefacio al *Libro áureo del gran emperador Marco Aurelio*, de Antonio de Guevara<sup>1</sup>.

§ 60. De hacer ahora el cómputo de los conocimientos de griego del bueno de Pedro de Urdemalas a su llegada a Grecia, hartamente resultaría la cifra. Algo, sin duda, de gramática; tal vez algunos versos de Homero, mal aprendidos; unas lecturas elementales de Plutarco, y párese de contar. Un bagaje exiguo ciertamente para un humanista, y que en el cautiverio le fue imposible acrecentar, porque, de hacerle caso, lo que él tuvo oportunidad de aprender en sus andanzas por Constantinopla fue el griego hablado en su época, tan lejano ya y tan diferente del de los libros. Oigámosle explicar a su amigo Juan de Voto a Dios las diferencias entre el griego clásico, que llama «gramática griega», y el griego moderno:

---

respectivamente. No creemos, sin embargo, que Urdemalas las haya tomado de este libro, como lo indica la inclusión de los pensamientos de Platón y de Eurípides no recogidos por Erasmo. DIEGO GRACIÁN había publicado separadamente los *Apothegmas* de Plutarco en Alcalá de Henares (1533), en la imprenta del erasmizante Miguel de Eguía (conviene no olvidar, sin embargo, lo que sobre Eguía ha dicho ASENSIO, *RFE*, XXXVI, 1952, p. 78 y ss.).

<sup>1</sup> Aunque Guevara nombre a Formión y a Efeso, habla, como Pedro, del 'príncipe' Aníbal, contando con demasiada retórica y ampulosidad la anécdota para que un lector apresurado se acordara más tarde del lugar de la acción o del nombre del filósofo. Al final añade, según su santa costumbre de inventarse las fuentes y los personajes cuando no los tenía a mano: «Otras mas cosas dixo Aniba al Rey Anthioco, y el curioso que las quisiere ver, lea el apothemata de Plutarco»

MATA.—¿Hay alguna diferencia entre griego y gramática griega?

PEDRO.—Griego es su propia lengua que hablan comunmente, y gramática es su latín griego, como lo que está en los libros.

JUAN.—¿Hai mucha diferencia entre lo uno y lo otro?

PEDRO.—Como entre la lengua italiana y la latina. En el tiempo del florecer de los romanos la lengua común que en toda Italia se hablaba era latina, y esa es la que Çiceron sin estudiar supo, y el vulgo todo de los romanos la hablaba. Vino después a barbarizarse y corromperse, y quedó esta, que tiene los mismos vocablos latinos, mas no es latina, y así solían llamarse los italianos latinos. En el tiempo de Demosthenes y Eschines, Homero y Galeno y Platon y los demás, en Grecia se hablaba el buen griego, y después vino a barbarizarse y corrompióse de tal manera que no la saben; y guardan los mismos vocablos, salvo que no saben la gramática, sino que no adjetivan. En lo demás, sacados de dos docenas de vocablos bárbaros que ellos usan, todos los demás son griegos. Dira el buen griego latino: «blepo ena anthropon» (βλέπω ένα άνθρωπον), «veo un hombre»; dira el bulgar: «blepo en antropo» (βλέπω εν' άνθρωπο). Veis aquí los mismos vocablos sin adjetivar.

JUAN.—De manera que solamente en la congruidad del hablar difieren, que es la gramática. Pregunto: vino que acá ha estudiado griego, como vos hizistes antes que os fueseis, ¿entenderse ha con los que hablan allá?

El texto es curioso por las ideas lingüísticas que contiene, cual esa vaga noción de la evolución histórica de las lenguas o el concepto normativo de la gramática como la «congruidad del hablar», a más de otras curiosidades y rarezas. Señalemos la expresión de «latín griego» para denominar el griego clásico, y que se encuentra ya en Clavijo, debida tal vez a una curiosa interpretación del adjetivo ῥωμαϊκός<sup>1</sup>, con que designaban su lengua los griegos de Bizancio en su calidad de legítimos herederos del imperio romano. Por otra parte, tampoco se puede pasar por alto esa vaguísima noción de 'adjetivar' que Urdemalas parece tener por sinónima de declinar, aunque no se muestra acertado en la elección de los ejemplos. En efecto, si el ἄνθρωπο del griego vulgar, con pérdida de la nasal final en virtud de un fenómeno fonético cuyas huellas se rastrean ya en los papiros, puede dar la impresión de carecer de desinencia, no ocurriría otro tanto con esa supuesta elisión de la vocal breve final de ένα ante ἄνθρωπον, hecho banal y atestiguado abundantísimamente en el griego clásico y, por tanto, debidamente conocido por los antiguos gramáticos. Esta original teoría, según la cual en griego moderno se hablaría con radicales indeclinables, resultaría muy sugestiva si no fuera por el hecho de que en el griego escrito de aquella época se conservaba la desinencia en -ον, y de que, por otra parte, el acusativo singular masculino de εἷς era ένα o έναν, según precediera a palabras

<sup>1</sup> CLAVIJO, p. 57: «e por quanto la scriptura era en latín griego»; cf. BELON' fol. 38 v. y WHEELER, II, p. 63.

de inicial consonántica o vocálica, y nunca \*ἐν, como asegura Urdemalas. Girolamo Germano, para ilustrar este empleo del -ν ἐφελευστικόν, aduce un ejemplo muy semejante: «E però d'avvertire che loro il ν lo mettono quando segue vocale... ἐνον ἄνθρωπον εἶδα» (p. 48). Decididamente, nuestro amigo no está acertado en las lecciones de gramática que pretende dar a sus interlocutores.

§ 61. Lo que sigue a continuación también es interesante, no sólo por la respuesta de Pedro a Juan de Voto a Dios, sino por ponerse en ella de manifiesto en cuál de los dos griegos, el griego «latín» o el griego «griego», estaba ducho. Evidentemente —serán más o menos sus palabras—, el que sabe griego vulgar 'deprende' más presto el griego clásico, porque ya tiene abundancia de vocablos en la cabeza, y al que sabe gramática griega le ocurre lo propio con la lengua vulgar, por «la costumbre que tiene de la pronunciación». Algo que nos asombra, una vez oídas las quejas de Urdemalas sobre la enseñanza escolar del griego en nuestra patria, precisamente en el aspecto del pronunciar. En cuanto a él —afirma—, aun no teniendo otros conocimientos de gramática que los que se llevó de España, por haber aprendido la lengua vulgar se halla en el caso, cada vez que quiere hablar griego latín, de hablarlo a lo vulgar. ¿No es esto una clara confesión de su ignorancia del griego clásico, que en parte imputa a los maestros incompetentes que tuvo en la universidad?

§ 62. Por el contrario, su dominio del griego moderno lo encarece nuestro héroe en diversos momentos del diálogo con frases bien expresivas. «Estad satisfecho —dice un poco más abajo, atajando la malicia de Mátalascallando— que hai pocos en Grecia que hablen mas elegante y cortesanamente su propia lengua que yo, ni avn mejor pronunciada.» Con anterioridad ya había afirmado que durante su cautiverio 'deprendió' muy bien la lengua griega, la italiana y la turquesca, o el que los propios griegos le tenían por verdadero fraile al escucharle hablar «tan bien y tan osadamente su lengua». Pero no sólo eso. En numerosos pasajes del libro Urdemalas demuestra de un modo efectista, dentro, claro está, de los naturales límites impuestos por la economía del relato, tener unos conocimientos aparentemente extensos de esta lengua, a más de un oído finísimo para captar ciertas particularidades fonéticas. Para que la impresión de veracidad, producida por sus afirmaciones y corroborada con sus ejemplos, se acreciente, entre los términos griegos que transmite se encuentran formas dialectales. Todo esto es sumamente interesante y merece un detenido análisis.

§ 63. Siguiendo la misma práctica de Juan de Valdés o de Contreras, las citas de griego moderno se dan en alfabeto latino, en una

transcripción fonética bastante acomodada a las convenciones ortográficas del español del siglo XVI. De acuerdo con la pronunciación itacística, se transcriben por *i*, *oi*, *η*, *ει*, *υ*, aunque no faltan reacciones cultas, como *metropollita*. Para la fricativa velar sorda (gr.  $\chi$ ) se vacila entre la transcripción del latín *ch* o la fonética *x* (pronunciada como la actual *j*): *choresi*, *xoresi*. Igualmente se opta por la transcripción latina para la interdental sorda (gr.  $\theta$ ): *theos*, lo que no concuerda ni con la pronunciación griega ni con la castellana. La fricativa labiodental sonora, dejándose llevar por la semejanza de grafía en griego, la reproduce por *b*: *Caballa* (Καβάλλα, donde la semejanza con formas españolas conduce al mantenimiento de la geminada -λλ-, pronunciada como simple *l*). Cuando no hay lugar a estas analogías recurre a la sorda *f*: *eflogite* (εύλογεῖτε). En *diavolos* (διάβολος), pronunciado en griego moderno, *δίολος* o *γίολος* (cf. Thumb, p. 17), hay una excepción italianizante, tal vez en conformidad con las ideas expresadas por Urdemalas sobre la incultura de los españoles al confundir en la pronunciación *b* y *v* (p. 180).

Los grupos  $\gamma\epsilon$ ,  $\gamma\eta$ ,  $\gamma\epsilon\iota$ , pronunciados en griego moderno *ye*, *yi*, a veces reciben una transcripción fonética: *caloiero*:  $\kappa\alpha\lambda\acute{o}\gamma\epsilon\rho\varsigma$ , aunque en otras predomina la ortografía griega, escogiéndose la grafía *gi* (fricativa prepalatal sonora). Un problema especial plantean *z* y  $\zeta$ , de las que resulta difícil decir si corresponden a africadas o bien representan fricativas<sup>1</sup>. La preocupación por la transcripción fonética justa conduce a escribir *metropollita*, *allithos*, que reproduce la *l'* resultante del ataque de la prepalatal *i*. De ahí la corrección, desde el punto de vista fonético,

<sup>1</sup> Urdemalas transcribe la -σ- griega por -ç- (así en *caramuçalides*). La palabra *carabanza* presenta el interrogante de la correspondencia de -z- con una -τσ- o una -ζ- griega. En *baptizi* la -z- corresponde a la del castellano 'baptizar'. De todo ello no se puede llegar a ninguna conclusión. Los sefardíes conservan todavía la distinción entre *z* y  $\zeta$  (cf. M. L. WAGNER, *Caracteres generales del judeo-español de Oriente*, Madrid, 1930, anejo XII de la RFE, p. 17); VALDÉS, a pesar de ciertas vacilaciones, parecía diferenciar ambos sonidos cuando habla del «sonido espeso» de la  $\zeta$  con *a*, *o* y *u* (*Diálogo*, p. 94, MONTESINOS). En cambio, la *z* en tiempos de Correas ya se había africado: «la zeta en Griego es doblada i fuerte, que vale por dos letras; en Rromanze es senzilla, blanda i suave» (*Arte de la lengua española castellana*, ed. de E. ALARCOS GARCÍA, Madrid, 1954, anejo LVI de la RFE, página 435). Para NEBRIJA (*Grammatica*, fol. clxi), la  $\zeta$  griega y la *z* española eran sonidos correspondientes: «*z z eodem sono illi que nos z nostrum proferimus*». Y esta afirmación demuestra que cuando Nebrija descompone en otro lugar la  $\zeta$  en -sd-, está incurriendo en un grave error fonético, por fructífero que hubiera podido ser desde el punto de vista de la fonética histórica del griego antiguo. Tanto es así, que el mismo Nebrija se ve obligado a disculparse de no prestar crédito a sus pro-

del *Pollitropo* del ms. 3871 y el error de Bataillon<sub>3</sub> (p. 127) al tenerlo por una falta del copista. En *metania*, quizá la *n* suponga una nasal palatal, como lo confirmaría el juego de palabras de Mátalascallando con 'taña'. Sin embargo, extraña que no se transcriba con ñ<sup>1</sup>. La misma agudeza de oído delata la transcripción *Padocratora* (παντοκράτορα), que presupone una pronunciación muy tenue del grupo -ντ- (pronunciado -nd- en griego moderno). No obstante, cf. *andidero*<sup>2</sup>.

Los nombres de lugares se españolizan con frecuencia a través del italiano: *Cabo Sant Angelo*, *Santa Maura*, *Monte Sancto* (Belon, fol. 33v.: «La montaigne... est nommée en Grec Athos, et en Italien Montesanto»), *Cerigo*, *Metellin* (cf. Leunclavius<sub>1</sub>, p. 338: *vulgus Italicorum nautarum Metellino nunc adpellat*), *Necsia* (estas dos últimas grafías se encuentran ya en Clavijo, pp. 37 y 43), *Negroponto* (según Wheler, II, 277, procedente de un στόν Ἐυριπον mal entendido por los italianos en *nevripo* y transformado, por falsa etimología, en Negroponte). En cambio, extraña la grafía *Lemno*, cuando lo normal sería encontrar Estallimini (al igual que στήν κῶ Leunclavius<sub>1</sub>, p. 437), como escribe Contreras; cf. Belón,

---

pios oídos, que le dicen que la *z* y la *s*, si son iguales, han de pronunciarse *ds* y no *sd*: «in enuncianda hac litera non simpliciter vulgus incertum sequi debemus, sed antiquorum potius autoritate ducti, cum tale sonum illi ceperimus dare qualem diximus s literam reddere, adiungemus illi d literam sonum si quidem ex utraque compositam esse monstravimus» (fol. cxxxiiii).

<sup>1</sup> NEBRIJA había notado en su *Gramática* (fol. clxi v.) la palatalización de la *m*, *l* y *n* ante vocal prepalatal: «advertendum tamen est quod si post cappa sive lampda sive ni sequantur epsilon aut eta aut iota aut ypsilon, a graecis proferri voce quadam inarticulata, cappa videlicet sono qualem nequeo monstrare, at sentio tantum, lampda quali nos hispani ll duplex, ni quali nn duplex pronunciavimus».

<sup>2</sup> En griego clásico no se escribía con frecuencia la nasal ante oclusiva, lo que pasó a ser regla en el silabario chipriota y en panfilio (πέδε por πέντε; nótese asimismo la sonorización). Probablemente nos encontramos ante una asimilación de la nasal a la oclusiva. En ciertos dialectos del griego moderno (Cíclades, Lesbo), ντ, μπ y γκ en posición inicial e interior de palabra han pasado a sonoras puras (THUMB, págs. 13-14). Así, δόντι > *dodí*, κοντά > *kodá*, άντρας > *adras*, y en Tracia, τριαδάφυλλο por τριαντάφυλλο (THUMB, pág. 293). En un ms. del poema épico de Digenis Akritas publicado por Lambros se encuentra escrito δέδρα por δένδρα (cf. PERNOT, *Morphologie des parlers de Chio*, París, 1946, pág. 404), y en el dialecto maniota, τρόδα por τριάντα (cf. A. MIRAMBEL, *Étude descriptive du parler maniot méridionale*, París, 1929; lo conocemos tan sólo a través de la reseña de KRESTSCHMER en *Glotta*, 1932, XX, pág. 238). En tsacónico, donde todavía se conserva el grupo -nd-, en una palabra como έντι (pronunciada e<sup>n</sup>gi), «l'n représente une nasale dont l'élément consonantique est à peine sensible même au cylindre enregistreur» (cf. H. PERNOT, *Introduction à l'étude du dialecte tsakonien*, París, 1934, pág. 75).

folio 25 v.: «Nous trouvons que Lemnos est nommée en Italien Stalimene, de nom corrompu de deux dictions Grecques vulgaires, Sto, et Limni. Sto est à dire, A et Limni, Lemnos».

Hechas estas advertencias generales, pasemos ahora revista a los materiales de griego moderno que se encuentran en el *Viaje*. Como es natural, salvo unas cuantas fórmulas de saludo, oraciones y algunas frases cortas, en su mayor parte corresponden a palabras de la vida corriente. La exactitud de las traducciones de que suelen ir acompañadas es verdaderamente asombrosa. En lo que sigue daremos una lista por orden alfabético de los términos griegos, independientemente de los giros y frases que comentaremos después.

## X

§ 64. *Andidero* (=ἀντίδερο(v), dialectalismo de Icaria, Zacinto, Constantinopla, Peloponeso, Sifno y Quió por ἀντίδωρον, según HLNH, volumen II, s. v.; cf. Pernot, *Textes et lexicologie des parlers de Chio*, París, 1946, p. 354 s. v. ἀντίδωρον): p. 154, 22 «el pan bendito que llaman *andidero*». Compárese con Spon, II, 279-80: «Le reste du pain après la benediction, est distribué dans un bassin à tous les assistants, qui en prennent chacun un morceau en baisant la main du Papa... C'est ce qu'ils appellent Antidoron»; cf. Du Cange GG, s. v. δῶρον. La extensión de la forma *andidero*, en vez de la culta *andidoro*, la confirma el testimonio de Somavera (I, 30): «ἀντίδερον, Pane benedetto», quien para ἀντίδωρον no conoce otro significado que el de ἀνταμειβή (intercambio). Para la difusión dialectal de la palabra en las islas del Egeo es importante el testimonio de Mercado, p. 173: «Pan bendito, ἀντίδωρον». Desde el punto de vista fonético es interesante la pérdida del timbre de la postónica con la subsiguiente asimilación al timbre de la vocal tónica. Otro ejemplo del paso de la serie posterior a la anterior se encuentra también en Sídero (Ἰσίδωρος), asimismo un dialectalismo quiota. Zolota, II, 223, recoge un Σιδωριό, y en nota apunta que existe un cabo Σίδωρο ἐπ' ἄκρας Κρήτης y un templo ἁγίου Σιδερέας a la subida del Licabeto. Igual fenómeno en español antiguo: Esídero (Sahagún, s. XI), cf. Menéndez Pidal, *Orígenes del español*<sub>3</sub>, 1950, p. 165. En griego clásico se encuentra también una apertura de -ορ-, -ρο- en -ερ-, -ρε-, en sílaba tónica o átona: cf. κρόμμον κρέμμον, γοργύρα γεργύρα, Κόρκυρα Κέρκυρα (Schwyzer, I, p. 255). En todos estos cambios de timbre ha influido no poco la tendencia de la líquida *r* a abrir la vocal precedente o subsiguiente, que aparece muy clara en dialectos como el eleo, y en otras lenguas como el francés (*Piarre* por *Pierre*, *guarre* por

*Guerre*, cf. Meyer-Lübke, *Hist. Gramm. der französ. Spr.*, s. Heidelberg, 1934, p. 91).

§ 65. *Asthenia* (=ἀσθένεια, enfermedad, debilidad, achaque): p. 135, 7: «Topamos vna vez vn turco que entendia griego, y llegase a el, por decirle 'metania', y dixole 'asthenia'.—MATA: ¿Qué quiere decir? PEDRO: Dios te de vna calentura hectica, o, si no quereis, el diablo te rebiente».

§ 66. *Cabiari* (=χαβιάρι): p. 289, 33: «Vna mixtura que hazen en la mar Negra de los sesos de los pescados grandes y de la grosura, y gastase en todo Levante para comer tanto como aca azeite y mas. Es de manera de vn xabon si habeis visto ralo». Con esta definición muestra Urdemalas que no estaba muy enterado de lo que era este manjar. Extraña asimismo la transcripción (se esperaría *ch* o *x*), que únicamente puede explicarse si se admite una españolización de esta palabra, ya en la época, a partir del italiano, lo que parece atestiguar Tafur (p. 165), quien muestra mejor información: «Mueren allí unos pescados que llaman merona y dicen que son muy mucho grandes, y de los huevos de aquellos finchan toneles e tráenlos a vender por el mundo, especial por la Grecia e la Turquía, e llamanlos caviar, e son a punto como xabon prieto, en ansi lo toman como esta blando, con un cuchillo e lo pesan como aca el xabon, e si lo echan en las brasas, fazese duro e muestrase como son huevos de pescado». Cervantes asimismo hace mención de «un manjar negro que dizen que se llama cabial y es hecho de huevos de pescados» (*Quijote*, II, 54, ed. Rodríguez Marín, 1922, t. VI, p. 327). Bien metido ya el siglo XVI, las noticias que se tenían en el resto de Europa Occidental sobre el caviar no eran menos confusas. Crusius (p. 322-3), cuyo conocimiento sobre el particular le viene de Gerlach, lo califica de «*salsamentum quoddam seu τάριχος nigri coloris e piscibus quod in deliciis illic habetur*», apuntando que no era del agrado del embajador austríaco. Du Cange GG, s. v. χαβιάρι se limita a copiar textualmente la frase anterior. Sobre *-l-* en vez de *-r-*, cf. el it. *caviale* (cf. Somavera, I, p. 438: χαβιάρι, caviale, caviaro), en francés *cavial* y el inglés *caviary*, en los siglos XVI y XVII.

§ 67. *Caloiero* (=καλόγερος, monje): p. 133, 37: «fraire griego, que llaman *caloiero*». Acertada la observación de Belon, fol. 34: «Signifie proprement bon viellard», coincidente con Leunclavius<sub>1</sub>, p. 219: «*Vocatur autem monachus a Graecis Calogeros, non veluti Kalos Hieros, id est, bonus sanctus, quod nostris persuasum est, sed quasi Kalos geros (sic enim hodie loquuntur), id est, bonus senex*»; cf. también Leunclavius<sub>2</sub>, página 876. En cambio, se dice mal en Clavijo, p. 58: «E en esta iglesia hay canónigos que llaman caloyeros». Bien en cuanto al sentido, pero con



defectuosa transcripción fonética, Tafur, p. 44: «È seys millas antes fallamos un escollo do esta un monasterio muy notable de Calogueros de Sant Basilio, que nosotros los latinos llamamos monges».

§ 68. *Carabanza* (=καρabanτζεράϊ, préstamo del turco, de καρμπάν και τοῦ σεράϊ =μέγαρον, según la MHE, s. v.): p. 138, 23: «Mesones muchos hai que llaman *carabanza*». Compárese la descripción que sigue de estos curiosos albergues con Belon, fol. 59, Leunclavius<sub>1</sub>, página 216; Wheler, I, 170-71; Tavernier, I, 69-70, y, sobre todo, Busbecq, *Ep.*, I, 35-36: «*Caravasarai Turcae vocant. Hoc genus in ea regione usitatissimum: vastum est aedificium, longius aliquanto quam latius: in cuius medio patet area ponendis sarcinis et camelis, mulis carrisque collocandis. hanc aream plerumque circumcirca murus ambit, tres plus minus pedes altus, parieti quo totum aedificium clauditur, haerens et inaedificatus. eius muri summa superficies aequa est, patetque in longitudinem pedes circiter quattuor. hic Turcarum cubilia sunt, hic coenacula, hic rem expediunt culinariam ...etc.*» La transcripción «carabanza» parece ser una solución de compromiso entre el καρβαζάρης (*carbachara*, de Belon), recogido por Du Cange GG, s. v. (de ahí el español 'caravasar'), probablemente más arcaico, y el καρabanτζεράϊ, de época más reciente y que se ajusta más a la palabra turca.

§ 69. *Caramuçalides* (= dim. plural de καρμουσόλι, extranjerismo en lugar del más castizo μαρτηγος, 'barco de vela en uso antaño en la cuenca oriental del Mediterráneo', según EEL, tomos VII y IX ss. vv.): página 145, 12: «Sirben cient nabeçillas que llaman *caramuçalides*, y aca corchapines». Leunclavius<sub>2</sub>, p. 877, da una curiosa etimología: «*Cara Mursel significat nigrum sanctum. Huic Urcham oram Nicomediensem maritimam adversus Constantinopolitanas naves tuendam commisit. Ab eodem nventas et nomen consecutas arbitror illas naves, quas hodieque Turci Caramussalinas vocant, tamquam caramur sellinas*». El término era de uso corriente en la jerga marinera del siglo XVI, como atestigua el canónigo Tárrega (1553-1602) en su *Cerco de Rodas*, Jornada 3, p. 293 (ed. Juliá Martínez, *Poetas dramáticos valencianos*. Madrid, 1929, tomo I):

Al tiempo que vio el Maestre  
de una torre de su alcázar,  
venir por griego levante  
los bajeles de tu armada,  
caramuzales, galeras,  
naves de infinitas armas.

Igualmente en Contreras, p. 95a: «Topé con un caramuzal cargado de trigo», y 95a-b: «llegué al puerto de Quaglio con mi caramuzal de trigo», cf.

96a, 94b; Cervantes, *El amante liberal* (BAE, I, p. 129a): «a los ocho días llegó a aquellas costas un bajel de moros que llaman caramuzales». En esta última forma tal vez esté encubierto el nominativo de singular *καρμουσαλῖς*, que presupone el plural 'caramuçalides'. El diminutivo, atestiguado en su forma griega por Urdemalas, ha sido españolizado en *caramuzalí* y *caramuzalíes* (cf. Pedro Ordóñez de Ceballos, en la NBAE, II, p. 277b: «descubrimos un caramuzalí, que es un género de navío». (El plural *caramuzalíes*, *ibid.* 278b). El DHLG (tomo II s. v.) admite, para explicar las caramuçalides de Urdemalas, un hipotético singular \**caramuzalid*, erróneamente.

La forma latinizada *caramussalus* se encuentra en Du Cange GL, s. v.: «Genus navigii Turcici cuius meminit Hieron, Comes Alexandrinus in Bello Melitensi ann. 1565. Erant triremes munitissimae 130 mahonae 8 tria navigia quae vulgo appellantur caramussalos; minora sunt autem onerariis navibus et figura prope ovali». El término ha pasado a todas las lenguas modernas: inglés, *caramoussal* o *carmosell* (siglos XVI y XVII, cf. OED, tomo II, s. v. *caramoussal*); francés, *carmoussal*; italiano, *caramussale* y *caramussalino*.

§ 70. *Didascalos* (= διδάσκαλος, maestro): p. 158, 32: «me llamaron *didascalos*, que quiere decir doctor». A Spon (II, 65) le llamaban *Grammatismenos iatros*.

§ 71. *Ergates* (= ἐργάτης, obrero, trabajador): p. 60, 19: «los demás que no saben oficio llaman *ergates*».

§ 72. *Escamonea* (= σκαμμωνία *Convolvulus Scammonia*, de cuyas raíces se extrae un purgante, mencionada por Aristóteles, *Probl.* 864a, 4, Teofrasto, *Hist. plant.*, IV, 5, 1; Dioscórides, IV, 170, etc.): p. 108, 11: «un letuario lleno d'*escamonea*, que le hacia echar las tripas».

§ 73. *Esclavina* (= σκλαβίνα «*vestis longior sagi militaris instar, Sclavis familiaris, praeterea Stragulum Σισύρα, ut est in Corona pretiosa. Glossae Graecobarb.* ἱμάτιον, ἢ ῥοῦχον, ἢ ἀπεύχην, ἢ καρπετιὰ καὶ σκλαβίνα», Du Cange, GG, s. v.): p. 148, 38: «vna manta que llaman *esclavina*». En el primero de estos significados se encuentra en lat. med., cf. Arcipreste de Hita, 1205a Cejador.

§ 74. *Fasoles* (= φασόλι y φασοῦλι alubia): p. 148, 29: «arbejas que llaman *fasoles*». Inexacto en cuanto a la significación. De Corominas sacamos la referencia de que aparece también el término en Mármol (1570).

§ 75. *Gera pliega* (= ἱερὰ πικρά; cf. Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana*. Madrid, 1673, II, p. 32 s. v., *girapliega*: «Vale tanto como medicina, benedicta amara, y es nombre griego, Hierapicra, y corrompido, Girapliega. Esta medicina, que se toma por la boca, es muy

amarga, porque entre otras cosas lleva el áloe, cuyo jugo es amarguísimo. Tiene gran virtud para algunas enfermedades del vientre, para el menstuo, para la orina, para la idropesía, etc... Ay della diversas composiciones, de la más usada dicen aver sido autor Antonio Musa, médico de Tiberio César. Galeno refiere averse inventado antes del tiempo de Nerón»; Du Cange, GL, s. v. *Girapicra*: «Hispani Gerapliega dicunt»: p. 97, 3: «No hera mala cabeza de lobo la *gera pliega*, que no costaria vn escudo». Poco más arriba, el mismo medicamento aparece mencionado como *gera logodion*, y en 95, 15, como *gerapliga logadion*: «Hice una medicina en cantidad, que tenia en un bote, que llaman los medicos *gerapliga logadion*, que es compuesta de las cosas mas amargas del mundo».

Como ha apuntado Bataillon<sup>1</sup>, 160, la forma *geralogodion* se encuentra en Francisco López de Villalobos, *Sumario de la medicina en romance trovado*, 1498 (ed. E. García del Real. Madrid, 1948, p. 332), en un pasaje donde se trata de la terapia de las mujeres estériles, como en 96, 39, y la variante *girapliga*, en *La pícara Justina* (I, 1, núm. 1), de Francisco López de Ubeda. El erudito francés hace gran hincapié en el hecho de que en toda la literatura española tan sólo se mencione este medicamento en el *Viaje* y en estas dos obras, la una de carácter técnico, pese a su finalidad divulgadora, y la otra escrita, según Foulché-Delbosc, por un médico. «Voilà un médicament un peu moins banal que la scammonée.» Y con la firme convicción de que sólo un especialista en medicina puede haber empleado un término semejante, establece un paralelo, acertado en sus líneas generales, pero no convincente en todos sus detalles, entre la aplicación del *jarabe rosado* por Urdemalas a la Sultana y el uso que hacía de él Laguna.

La palabreja, a pesar de todo, debió tener mayor difusión de la que opina el francés, gracias a las obras divulgadoras de medicina. Y no sólo en España, sino hasta en las mismísimas Américas, donde aparece en un *Tractado breve de medicina* (f. 29) debido a la pluma de Agustín Farfán, e impreso en Méjico en 1592 (*fac. de la Col. de Inc. Am.*, vol. X. Madrid, 1944), juntamente con su sinónimo de *benedita* (mala traducción romance de ἱερά). El testimonio de Covarrubias, por otra parte, y el de Du Cange parecen presuponer un uso más extenso del término que el exclusivo de la jerga profesional de los cofrades de Galeno. Pero, además, hay una razón muy poderosa para suponer que Urdemalas citaba de oídas y no había leído en las fuentes originales los términos antedichos. Se puede admitir, sin duda, que, hablando con sus amigos, ignaros en las letras griegas, empleara el vulgarismo *gera pliega* en vez de ἱερά ἢ διὰ τῆς ἄλότης, o bien ἱερά πικρά («la *gera* hecha con áloe» o «la *gera* amar-

ga»), como la llama Galeno (*De sanitate tuenda*, V, 9, 6, p. 153, ed. Koch); pero lo que resulta inconcebible es que hiciera suyo ese barbarismo de *logodion*, el cual, si suena a 'negresco', como diría Mátalascallando, en lengua castellana, resulta algarabía en griega. En efecto, el tal *logodion* no es sino una corrupción de Λογαδίου, genitivo del nombre propio Logadio, un médico de quien Paulo Egineta (VII, 6, 2) y Aecio (III, 113, p. 302, Olivieri) nos han conservado una receta para preparar la ἱερὰ πικρά. Si verdaderamente Urdemalas hubiera leído a estos autores en su lengua original, ¿no hubiera aprovechado gustosísimo la ocasión de decir la *gerapliega* o la *gera* de Logadio, para pronunciar acto seguido alguna de sus acostumbradas diatribas contra la barbarie de los españoles? O mucho nos equivocamos, o nuestro héroe aprendió la palabreja del uso corriente o la leyó en cualquier obrilla de divulgación al estilo de la de López de Ubeda o la de Farfán.

§ 76. *Golondrino* (no hemos podido encontrar equivalencia del término en griego): p. 171, 24: «Vnos barriles de estaño que en toda Grecia vsan por jarros, hechos al torno, muy galanes, de dos asas, que se dan en dotes, y la que lleba cuatro no es de las menos ricas»; p. 299, 18: «El moscatel y malvasia mejor de todo es a cuatro asperos el *golondrino*, que sera un azumbre».

§ 77. *Iconomo* (=οἰκόνομος, intendente, cf. Somavera, I, 249: «Economio, Maggiordomo, maestro di casa»): p. 145, 31, «que no estaba allí el *iconomo*, que ansi se nombra en griego» (scil. 'el fraire mayordomo').

§ 78. *Melanthio* (=μελάνθιο(v), ajonjolí, *Nigella sativa*, cf. Dioscórides, I, 37, Galeno, XI, 870 Kühn): p. 299, 2: «una simiente de alegría o negrilla romana, que los griegos llaman *melanthio*». Nótese que Urdemalas emplea un término culto, aunque con pronunciación vulgar (sin -v), en lugar del habitual σουσάμι, 'sésamo'.

§ 79. *Metania* (=μετάνοια, penitencia, reverencia, genuflexión): p. 34 y 134, 36, «*metania* el Deo gratias de aca (quiere dezir penitencia)». Véase lo que diremos más adelante (§ 91).

§ 80. *Metoxia* (plural de τὸ μετόχι, dependencia de un convento): p. 145, 23: «y ponerlos hemos por mar en vna *metoxia* de los fraires, que es lo que aca llamamos granja»; p. 157, 24: «tenian sus *metoxias* o granjas fuera». Nótese bien que, una de dos, o Urdemalas españoliza el nombre, prestándole una terminación a tono con nuestra lengua, o confunde el plural neutro con el singular. Tampoco es totalmente satisfactoria la definición como 'granja'. Mucho más exacto es Wheler, II, p. 62 y 69: «On y trouve haut et bas diverses petites huttes, où ces Caloyers logent proche de leurs affaires, et qu'ils appellent *metochia*» (cf. Du Cange, GG, s. v.).

§ 81. *Metropollitā* (=μητροπολίτης, obispo): p. 155, 21: «¿Los obispos no ternan, a esa cuenta, mucha renta? —La que les basta para servir a Dios..., y llamanse *metropollitas*». Nótese cómo también Clavijo, p. 58, ha percibido claramente la palatización, aunque se equivoque al afirmar: «e en ella esta el patriarcha de los griegos, que ellos llaman Marpollit».

§ 82. *Papa* (=ὁ παπῶς, sacerdote): p. 155, 3: «Cada clérigo se llama *papa*». Más exacto en la transcripción es Contreras, p. 90b: «una fragata de cristianos les había llevado con engaño el *papaz*, que es el cura» (cf. 91a).

§ 83. *Paparia* (=ἡ παπαδία): p. 155, 4: «Cada clérigo se llama papa... y su mujer la *paparia*». La transcripción correcta hubiera sido *papadia*, como hace Le Bruyn, p. 321.

§ 84. *Prosquinina* (=προσκύνημα, peregrinación, lugar de peregrinación, perdón, acto de sumisión): p. 147, 16: «fuimos a la iglesia a hazer primero la oration que llaman *prosquinima*».

§ 85. *Prosquinitis* (=προσκυνητής, peregrino): p. 147, 17: «*prosquinitis* que quiere decir como peregrino que va a cumplir alguna romería».

§ 86. *Pera* (=Πέρα, nombre de un barrio de Constantinopla, y adv. 'al otro lado'): p. 55, 34: «¿Dónde es Galata? ¿Por ventura es la que San Pablo dice *Ad Galatas*? —Creo que no, porque esa es junto a Babilonia. Esta se llamaba otro tiempo *Pera*, que en griego quiere dezir dese (léase d'ese) cabo».

§ 87. *Psichico* (=ψυχικό, limosna): p. 154, 24: «Las mas vezes hai en fin de la misa *psichico*, que es limosna que algunos dan de pan y sendas vezes de vino, a toda la jente que hai en misa, sentados por su orden»; cf. Crusius, p. 208, Du Cange, GG, s. v.

§ 88. *Raqui* (=ράκι, un tipo de aguardiente): p. 170, 15: «aguardiente, que lo llaman *raqui*» (*aqua vitae*, Du Cange, GG, s. v.).

§ 89. *Topico* (=τοπικός, adj. del lugar): p. 299, 21: «El mejor del tinto es el *topico*, que dicen los griegos; que quiere dezir el de la mesma tierra».

§ 90. *Trasta* (=τὸ τράστο, saco pequeño): p. 139, 1: «le hechan feno harto, que en aquella tierra es de tanto nutrimento, que si no trabaja la bestia esta gorda sin cebada, y cada vna lleba consigo vna bolsa que llaman *trasta*, que le cuelga de la cabeza como aca suelen hazer los carreteros, y dentro les hechan la cebada». Obsérvese el cambio de género, similar al de *metochia*, debido a una confusión del plural τράστα con el femenino del romance.

## XI

§ 91. Aparte del léxico anteriormente estudiado, Urdemalas pone a sus amigos en conocimiento de una serie de oraciones, fórmulas y muletillas religiosas de uso frecuente en Grecia. Las primeras (*metania*, *O Theos choresi*, *eflogite pateres*) aparecen en la regocijante escena del encuentro de los amigos (p. 21), y las explica el propio Urdemalas más adelante del siguiente modo:

Ibanos dando la espia lection de lo que habiamos de hazer, como nunca habiamos sido fraires, y es que al que saludamos, si fuese lego, dixesemos, baxando la cabeza: «Metania», el «Deo gratias» de aca (quiere decir «penitencia»), que es lo que os dixie cuando nos topamos, que interpretaba Juan de Voto a Dios tañer tamboril o no se que. A esto responden: «O Theos xoresi», que es el «por siempre» de aca (quiere decir: «Dios te perdona»); si son fraires a los que saludais, habeis de decir: «Eflogite, pateres»: «Vendeçid, padres» (p. 134).

En todo ello hay ciertas oscuridades que nos hacen sospechar que el autor del *Viaje* confunde las noticias que alguien le ha dado sobre las fórmulas de saludo en uso entre clérigos y seglares. El origen de su error estriba en la ambigüedad del término *μετάνοια*, que significa a la vez 'penitencia' y 'reverencia'. Habiéndolo tomado en el primero de estos sentidos, lo pone en boca de los frailes al dirigirse a las gentes de este mundo, cual si fuera en su origen una exhortación al arrepentimiento de los pecados. Pero entonces resulta la curiosa incongruencia de ser el lego quien responda al clérigo con ese «*O Theos xoresi* (ὁ Θεὸς συχωρέσει), Dios te perdona», tan extraño en labios de un seglar.

Cabe preguntarse, pues, si estas palabras corresponderían más bien al eclesiástico, lo cual parece implicar que el *metania*, mencionado en primer lugar, le tocara en turno al seglar. Veamos ahora si los significados de la palabra pueden dar pie o no a nuestra suposición. Ante todo, no es ningún dislate suponer que las gentes del mundo, al encontrarse con un sacerdote, solicitaran de él una penitencia para expiar sus pecados, y que éste les respondiera en la forma antedicha: «Dios te perdona». Empero, andando el tiempo, la fórmula se banalizó, adquiriendo el carácter de mero saludo (en eso tiene razón Urdemalas al traducirlo por «Deo gratias»), de una expresión de respeto; en una palabra, se fue asimilando gradualmente al otro sentido de 'reverencia' del término. Acompañado o no de un gesto, *metania* vendría a significar algo así como 'yo te reverencio'. Sobre el segundo significado de la palabra oigamos lo que dice Crusius (p. 222), un contemporáneo del autor del *Viaje*:

ΜΕΤΑΝΟΙΧΑ *hic reverentiam significat seu corporis inclinationem. Intero raudum Graeci faciunt* ΜΕΤΑΝΟΙΧΙ ΤΡΕΙΣ *(tres poenitentias) quando ter cruce se signant in fronte, in pectore, et terram versus cum tribus inclinationibus corporis.*

Pero dentro de la 'reverencia', según nos dice el mismo autor (p. 205), había otra forma más banal que se ajusta a ese «baxando la cabeza» de la explicación de Pedro, y que pudiera interpretarse como ademán de saludo:

*Gerlach. (scil. M. Stephanus Gerlachius) in familiari mecum colloquio* ΜΕΤΑΝΟΙΧΑ, *inquit, est* ΜΕΓΑΛΗ, *cum quis toto corpore sine tamen genuflexione se fere ad terram usque antrosum inclinatur, μικρά cum tamen inclinatur et caput aliquo usque.*

Nos encontramos, punto por punto, ante una evolución paralela a la experimentada por *venia* en el latín medieval, cuyo significado no sólo era el de «*inclinationes vel genuflexiones religiosorum, quae Graecis* ΜΕΤΑΝΟΙΧΙ, *quod ut plurimum in poenitentiam injungi solerent*», sino también el de saludo: «*usurpatur pro salutatione, quae apud Monachos cum inclinatione vel genuflexione fieri solebat*» (Du Cange, GL, s. v. *venia*; cf. también s. v. *metania*).

Hasta aquí, sin embargo, no hemos hecho sino ilustrar documentalmente la evolución de la palabra hasta pasar a mera fórmula de salutación. Queda todavía en pie la pregunta de a quién correspondía decirla. La cuestión viene a zanjarla definitivamente el testimonio de Somavera (p. 237), aunque bastante posterior (1709), según el cual son los seglares quienes saludan a los sacerdotes y monjes diciendo: ΜΕΤΑΝΟΙΧΑ, ἅγιε πατέρα, a lo que éstos replican: σωθῆς («vi riverisco, santo Padre. Con si fatte parole salutano i secolari li sacerdoti, et Religiosi. Et questi rispondono à quelli, sii salvo») <sup>1</sup>.

Y, en efecto, así es como saluda el vagabundo de la canción popular (Τὰ τραγούδια τῶν Ἑλλήνων, Atenas, 1954, tomo II, p. 100) al llegar a la puerta de un monasterio en su incesante errar:

πῆγεν, πῆγεν καὶ κγόντισεν στῆς ἐκκλησιᾶς τὴν θύραν·  
-καλή μέρα σας, ἄρχοντες, μετάνοια σας, παπάδες.

§ 92. Vemos, pues, que, aun siendo probable *a priori* la respuesta de «O Theos xoresi» (poca es la diferencia entre «Dios te perdone» y «queda a salvo»), según el testimonio aducido, no era la correspon-

<sup>1</sup> El léxico de Dimitracos (tomo VI s. v.), que no conoce la fórmula de μετάνοια como saludo, atestigua esta otra acepción: ἑδαφιαία κλίσις τῆς κεφαλῆς μετὰ γονυκλισίας πρὸς ἐκδήλωσιν λατρείας ἐν προσευχῇ καὶ εὐκρινουῦς μεταμελείας

diente al *metania*, ¿No sería por casualidad la esperada al *eflogite pateres* (εὐλογεῖτε, πατέρες), que más abajo queda sin correlación? Nos inclina a pensarlo así la ceremonia descrita por Grelot (pp. 152-53), que tenía lugar en los conventos una vez terminada la comida de los monjes en el refectorio:

As they rise from Table, both Morning and Evening, the Cook falls upon his Knees, and as if he expected the reward of his pains or the pardon of his faults, he cries out to the Monks as they pass by him *Eulogite pateres*, your blessing good Fathers!, to which every one makes answer: *Theos syncoresei*, God bless thee!

De todo lo dicho hasta aquí nos parece indudable un hecho: Pedro está trasponiendo a la vida de relación social de los clérigos prácticas correspondientes a la vida intramuros del convento, como puede ser también el caso del parágrafo siguiente. Y la única explicación que encontramos para ello es un fallo de memoria al repetir cosas que le habrían contado de viva voz y no podía comprobar en ningún texto.

§ 93. Igualmente creemos que el autor cometió otro yerro hermenéutico, y esta vez provocado por sus 'saberes' de griego clásico, en ese *Eflogison eflogimene* (εὐλόγησον, εὐλογημένε) de p. 166, 37:

Primero se vendice la mesa; despues cada vno que tiene de beber la primera vez dize con la copa en la mano: «Eflogison, eflogimene», «Hechad la vendición, padre vendito».

Ante todo, nos choca la forma culta de imperativo de aoristo en -σον, en lugar de -σε, como sería de esperar en griego moderno, aunque la conservación de este arcaísmo en una fórmula de carácter religioso pueda encontrar fácil explicación. Mucho más extraño, empero, es ese vocativo *eflogimene*, 'bendito', que, como el castellano correspondiente, tiene un tono familiar y confianzudo (los diccionarios franceses traducen por «mon brave!, mon cher!»). Comparemos ahora la frase con lo que dice Crusius (p. 44):

(*Schilterberger*) ab anno 1934 usque ad 1427 Christi variis regnis Orientis peragratis interim etiam Constantinopoli fuit, ubi moris esse scribit ut laicus, in publico Sacerdotem obvium habens, reverenter capite nudato, et corpore inflexo, ab eo petat: «Eflogi mena, Despota» (εὐλόγει μένα, δέσποτα), benedic mihi, Domine. Sacerdos autem, manu capiti eius imposita, dicat: «O Theos eflogito senam» ((ὦ Θεὸς εὐλογεῖτω σέναν), *Deus tibi benedicat.*

Con esto creemos que queda en claro el origen del error. El autor del *Viaje* oyó contar de algún modo que la bendición se pedía diciendo *eflogi mena*, y como no tuviera grandes conocimientos de griego mo-



dero, no supo reconocer en *mena* la forma actual del acusativo del pronombre personal de primera persona (griego clásico, με, ἐμέ). De ahí que, tomando ambas palabras por una, las interpretase como un vocativo y agregara por su cuenta y riesgo *eflogison*, forma banal de imperativo de aoristo, que cualquier lector de la Biblia griega, por escasa iniciación que tenga en ella, retiene fácilmente en la memoria.

§ 94. Otra formulilla banal que se lee en el encuentro de los amigos es la de *agapi Christu elemosini* (ἀγάπη Χριστοῦ ἐλεημοσύνη, página 22, 28), de tan fácil comprensión para el profano, que en esta ocasión es el propio Mátalascallando quien toma a su cargo la exégesis:

Dalde vos, que ya yo entiendo que pide limosna. ¿Queriais ganar onrra en eso conmigo? Cristo, lismosna, ¿quien no se lo entiende? Las berzeras lo construiran.

Notemos, sin embargo, que la transcripción no es del todo correcta, pues sería de esperar un *elemosini* en vez de un *elemosini*.

§ 95. Como es natural, la mención al trisagio no puede faltar, en la forma que lo fijó el año 629 el canon 81 del *Concilium quinisexum*, sin la cláusula adicional de ὁ σταυρωθεῖς δι' ἡμᾶς, como aparece aún en el *Chron. Paschale*, p. 341, Du Cange:

En toda la Iglesia griega no se hincan de rodillas, y las oraciones particulares, como no sean misa ni horas de la iglesia, son a la apostolica, muy breues: hacen tres vezes vna cruz como quien se persina, tan larga como es el hombre, de manera que, como nosotros llegamos al pecho con la cruz, ellos a la garganta del pie, y dizen: «Agios o Theos, Agios schiros, Agios athanatos, eleison imas» (ἅγιος ὁ Θεός, ἅγιος ἰσχυρός, ἅγιος ἀθάνατος, ἐλέησον ἡμᾶς). Esto, como digo, tres veces o cuatro, y en la iglesia añaden un «pater noster» (p. 146, 42).

Observaciones semejantes sobre la ausencia de genuflexión (*gonatysis*) y el empleo en su lugar de la reverencia (*proskynesis*) con el trisagio, las hace Guillet, I, 62. Sobre el trisagio, cf. Guillet, I, 188 (se le supone oído en Mistra), y Crusius, *Hist. eccl.*, 183a.

Ahora bien; lo que no hemos podido comprobar por ninguna parte es la curiosa costumbre de recitar los sacerdotes esta oración en los banquetes, después de la bendición de la mesa, mientras los comensales beben la primera copa (p. 166, 40):

Entonçes el comiença, entre tanto que el otro bebe, a deçir aquella su comun oraçion: «Agios o Theos os», y otro tanto a quantos vebieren las primeras vezes, avnque haya mill de mesa.

§ 96. Lo que, por el contrario, tiene todas las trazas de corresponder a una costumbre real de la época, es la observación de Urdemalas

relativa al abuso del *Kyrie eleison*, a modo de exclamación o muletilla (p. 147, 10):

También tienen un «Chirie eleison», la más común palabra: quando se maravillan de algo, «Chirie eleison»; quando se ven en fortuna de mar o tierra, «Chirie eleison». Estarse a un griego media hora diciendo: «Chirie, eleison», que es: «Señor, miserere».

Lo mismo le habría de chocar a Wheler, quien comenta con mayor profundidad:

Le Chapelet des Latins consiste à reciter un cercle de diferentes prières; mais les Grecs ne disent dessus que le *Kyrie eleison*, c'est-à-dire, Seigneur, ayez pitié de moy: et les Grecs ne disent qu'un mot en leur langue pour le même sujet, ou quelqu'autre terme qui signifie *Dieu soit beni* (I, 156).

La escasez de invocaciones religiosas explica el uso y el abuso de esta exclamación. Extraña la grafía con *Ch-* en lugar de *K-*, o bien *Qu-* (cf. *prosquinima*). ¿Responde a algún hecho fonético?

Efectivamente, la palatalización en griego de la *k* ante *e*, *i* se puede rastrear ya a mediados del siglo IV a. de J. C., cuando el copto transcribe κι, κει del griego por σι ((σίνδυνοι = κίνδυνοι, κασία = κακία, cf. Schwyzer, I, 160). En el siglo XVII, según Girolano Germano (p. 5); estaba ya muy extendida: «κι, κη, κει, κοι, κυ in tutte queste si pronuncia, chi, quasi al modo che pronunciamo l'ultima sillaba di, mihi» (lo que indica, además, que *mihi*, como lo confirman algunas grafías de nuestros mss medievales, se pronunciaba *michi*, es decir, *mik'i*). Wheler (II, 120) observaba también, a propósito de las distintas combinaciones de κ-, que la pronunciación de κε era «come ch dans le mot Chest; κεε, κι, comme ch, chi, comme dans les mots Anglois Chill ou Children...; κυ, comme chi, etc.».

No obstante, en el griego actual dicha palatalización no se ha generalizado, habiendo quedado reducida al ámbito de algunos dialectos (muchas islas del mar Egeo, entre ellas, Quío, p. e.), que pronuncian τσεφάλι por κεφάλι, τσάι por καί, τσαίρος por καιρός (cf. Thumb, p. 15). ¿Cómo interpretar, en consecuencia, el testimonio de Urdemalas? ¿Percibiría nuestro autor la palatalización de *k* ante vocal prepalatal con tanta nitidez que le pudiera dar la impresión de una africada? A nuestro juicio, como lo indica *prosquinima*, esto es muy dudoso, habiendo de imputarse la grafía *Chirie* al influjo analógico de su pareja *Christe*. Tal es, al menos, la ortografía que se adopta en la p. 23, 11, en un contexto que no tiene nada que ver con el griego, para la exclamación de Mátalascallando, '¡Chirieleison!'

Aparte de esto, los amigos de Pedro son informados sobre la fórmula de bautismo en el rito ortodoxo (δοῦλος Θεοῦ σε βαπτίζει, p. 153, 29):

En el baptizar dicen que somos herejes, porque es grande soberbia que diga vn hombre: «Ego te baptizo», sino «Dulos Theu se baptizi»: «El sierbo de Dios te baptiza».

§ 97. Pero, evidentemente, lo más interesante para un occidental son las costumbres de los griegos en la Pascua de Resurrección (p. 153, 5):

La mañana de Pascua es la mejor fiesta del mundo, que se besan quantos se topan por la calle y se conoçen, vnos a otros, y el que primero vesa dice: «O Theos anesti». El otro responde: «Allithos anesti». «Cristo resucito». Y el otro: «Verdaderamente resucito».

A casi todos los viajeros les ha maravillado esta fiesta de desbordante regocijo popular (cf. Guillet, II, 91-92; Spon, II, 277-78; Grelot, 155; Du Cange, GG, s. v., ἀναστάσιμον; Williams, II, 208; Chandler, 160). Wheler (II, 122-23) da cuenta de los transportes callejeros de la gente, aunque sin la malicia de Urdemalas, que se presta a una insinuación escabrosa de Mátalascallando:

Ce jour-là leurs Ceremonies sont remarquables dans toutes leurs Eglises paroissiales; car après l'Evangile et l'Anthienne appelée Χριστός ἀνέστη, c'est-à-dire, Christ est resuscité, ils se saluënt l'un l'autre autour de l'Eglise en commençant par le Papa, et ainsi de rang les hommes et les femmes... Depuis le Lundi jusqu'à la Pentecôte ils se saluënt l'un l'autre non seulement dans l'Eglise entr'eux, mais ils se saluënt aussi tous les Chretiens qu'ils rencontrent, et sur tout ceux qu'ils connoissent, en disent Χριστός ἀνέστη, c'est-à-dire, Christ est resuscité, et les autres répondent ἀληθινός ὁ θεός, c'est-à-dire, le vray Dieu <sup>1</sup>.

Otros, como Le Bruyn (p. 333), se han fijado más en las ceremonias del interior de las iglesias:

Quand la fête de Paques arrive, ils la celebrent avec de grandes marques de joye, tellement que les Eglises retentissent de la voix de ceux qui, à mesure qu'ils se rencontrent, disent Χριστός ἀνέστη, le Seigneur est resuscité, et des autres qui répondent ἀληθώς ἀνέστη: Vrayement il est resuscité; aussi appellent-ils cette Paques Πάσχα ἀναστάσιμον.

<sup>1</sup> Una descripción moderna detallada de esta fiesta se puede encontrar en J. G. FRAZER, *The Golden Bough*, tomo V, págs. 254 y ss., quien cree que tal costumbre de la liturgia bizantina no es sino un eco de las fiestas paganas celebradas en el culto de Adonis.

Muy sospechoso en cuanto a veracidad es nuestro Alonso de Contreras, a quien le organizarían los habitantes de Astipalea una ceremonia análoga en la iglesia, en acción de gracias por haber salvado al *papaz* del cautiverio (p. 91a):

Un momento después salió el cura revestido, como de Pascua, y comenzó a cantar y a responder toda la gente *Christos aneste*<sup>1</sup>, que es dar gracias a Dios; me incensó y después me besó en el carrillo y luego fue viniendo toda la gente, los hombres primero y luego las mujeres, haciendo lo mismo.

O coincidió la liberación del *papaz* con la Pascua de Resurrección, y el engreimiento del gallardo capitán le llevó a confundir la ceremonia con un *Te Deum* por su meritoria acción (así interpretaría *Christos aneste* como ¡dar gracias a Dios!), o está aprovechando la ocasión para presumir precisamente de lo que Mátalascallando se quedó con las ganas de oírsele contar a su amigo:

Cierto es que había muchas hermosas de quien no me pesaban los besos, pue templaba con ellos los que me habían dado tantos barbados y bien barbados

## XII

§ 98. Hagamos, por último, un breve análisis de unas cuantas frases en griego moderno que se encuentran en diversos momentos del *Viaje*:

βρέ, τί κάμεις (p. 146, 38):

Yo, como no sabía aquello, en viendo los fraires los salude con el grande plazer que tenía, pensando hallar la charidad y acogimiento que en Burgos. Ellos respondieron: «Bre, ¿ti camís?» «Padre, ¿que hazeis?», señalandome la imagen.

Notemos que la traducción de Urdemalas no es muy exacta: βρέ es una interjección, procedente de un primitivo vocativo μωρέ (¡loco!), que sirve para llamar la atención de alguien en tono un tanto brusco o familiar. ¿Se hubieran podido dirigir así los monjes a un fraile recién llegado?<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Tanto en la edición de la «Revista de Occidente» como en la de la BAE, se imprime defectuosamente *Christo saneste*.

<sup>2</sup> Según MIRAMBEL, (*Grammaire du Grec moderne*, París, 1949, p. 178) βρέ répond au français «espèce de» (βρέ άνθρωπε «espèce d'idiot»). El léxico de Dimitracos (tomo II s. v.) lo define así: επιφώνημα δημοτικόν εις δήλωσιν θαυμασμοῦ, ἀπορίας, περιφρονησεως ἢ οικειότητος, ἀναλόγως τῶν συμφραζομένων

§ 99. Ποῦ πάει ἡ ἀγιωσύνη σου, πάτερ ἀγιότατε (p. 156, 22):

Y preguntabanme; «¿Po pai iagiosini su, pater agiootate?» «Sanctísimo padre, ¿donde va vuestra sanctidad?»

Todo es perfecto en esta frase. El artículo femenino *i* (ἡ) forma como proclítica un diptongo de abertura creciente con la inicial vocálica de la palabra siguiente. Sobre el tratamiento, cf. Wheeler, I, 177, quien hace notar cómo se reserva el de Παναγιότης σᾶς al patricarca, los de Πανιερότης σᾶς o Μακαριότης σᾶς a los obispos, y el de Ἀγιωσύνη σοῦ a los monjes. Refiriéndose al patriarca, dice Spon (I, 205): «On le traite de *i Panagiotita sou*, c'est-à-dire, *votre toute*, ou *très grande Sainteté*. Mais aux simples Prêtes on donne seulement le titre d'*Agiotita sou*, ou de *vôtre Sainteté*». Véase asimismo Le Bruyn, p. 307.

§ 100. Νὰ μᾶς πάρει ὁ διάβολος ὅλους (p. 160, 10):

Dexo el patron el timon ya por desesperado, y hincaronse de rodillas y comenzaron de invocar a Sant Nicolas, y tomaron a preguntarme a mi: «¿Que haremos? Respondí con enojo: «Na mas parí o diavolos olus: Que nos lleven todos los diablos».

La imprecación sigue estando en uso todavía en Grecia<sup>1</sup>, y sólo queremos hacer una observación en punto a su traducción castellana. ¿Por qué no ha dicho Urdemalas: «Que nos lleve el diablo a todos», lo que, a más de literal, hubiera sido tan buen castellano como el de su versión? De este otro modo siempre nos dejará en la duda de haber concertado *diavolos* (nom. de sing.) con *olus* (ac. de plur.), a pesar de ser tan frecuente la unión de este adjetivo con el pronombre personal. Y si esto fuera verdad, ¿no merecería como castigo que se le mandara otra vez a Alcalá a 'decorar' la gramática griega?

§ 101. Mencionemos, para terminar, dos frases incluidas en un pasaje cómico, una de las cuales está deliberadamente deformada hasta el punto de sonar más a germanía que a lengua de griegos; p. 22, 4:

MATA.—... Ahora yo le quiero preguntar: ¿Dicatis socis latines?

PEDRO.—Oisque afendi.

MATA.—¡Oiste a vos! ¿Como, puto, pullas me echais?

PEDRO.—Grego agio Jacobo.

\*Οὔσκε ἀφέντη «No, señor», es la única frase en todo el *Viaje* que no va acompañada de su correspondiente traducción. Es interesante el

<sup>1</sup> Cf. MIRAMBEL, *op. cit.*, pág. 180 y el léxico de Dimitracos, s. v. παίρω

adverbio negativo *δυσκε*, actualmente en desuso; cf. Sofianos, p. 76: Ἄρνητικά: οὐδαμῶς, ὄχι, ὄχικα, ὄχεσκε, ὄγεσκε; Mercado, página 137: «Adverbios para negar: ὄχι, δύσκει, ὄγεσκε no». En cuanto a *afendi*, vocativo de ἀφέντης (escrito todavía en el siglo XVI ἀθέντης), cf. Leunclavius<sup>2</sup>, p. 872:

*Aphendi, vocabulum a Turcis usurpatum ex lingua Graecorum, significat Dominum. Ἀφέντης nunc a Graecis scribitur, a veteribus ἀθέντης; quod tamen aliter atque prius illud ab eis pronuntiatur. Magis etiam corruptum est Efendi, quod itidem Turci utuntur.*

En las cartas que publicó Crusius en su *Turcograecia* aparecen las formas ἀθέντα y ἀθέντη, pero, en vista de lo que dice Leunclavius, tales grafías responden a una reacción etimologizante erudita.

Del chusco «Grego agio Jacobo» huelga todo comentario: pues que en 'negresco' se expresaba Mata, en negresco era menester darle respuesta.

### XIII

Llegados al fin de nuestro trabajo, cuyo objetivo principal —conviene recordarlo una vez más— era el de hacer un comentario 'real' a las partes atañentes a Grecia del *Viaje*, estamos en situación de extraer las consecuencias que interesan de un modo directo a la historia de la literatura española.

1) En contra de Serrano y Sanz, de Solalinde y de cuantos, hechizados por las sirenas del relato, por el vigor y la frescura del lenguaje o por las estupendas aventuras del protagonista, ven en el *Viaje* una especie de autobiografía, el análisis de sus pormenores —al menos los relativos a Grecia— lo revela como una ficción. Sirvan de prueba tanto los errores geográficos a que nos hemos ido refiriendo (cf. §§ 3, 14, 16, 19, 20, 42, 44, 47), como la imposible cronología del recorrido<sup>1</sup>. Nuestra labor viene a reforzar la tesis de Bataillon, basada hasta el momento más bien en

<sup>1</sup> Urdemalas y su amigo llegan a Chilandari (p. 148) el día de San Matías, celebrado por la Iglesia ortodoxa (cf. Mercado, p. 178) el 24 de febrero. Tras un mes de estancia en Monte Santo, cuando se dan a la vela rumbo a Quíto, están a 16 de febrero (p. 159) (!). Y no paran aquí las incongruencias: más de ocho días permanecen ocultos en el Sciatho (p. 165) y otros tantos en Lemno (p. 169); en Quíto pasan más de un mes (p. 178); en Samo, tres días; otros tres días les detiene un temporal entre Micono y Teno, y, sin embargo, les sobra aún tiempo para llegar a Zante en Jueves Santo. Tales contradicciones demuestran suficientemente la inconsistencia cronológica del relato.

una intuición genial que en un conjunto orgánico de argumentaciones.

2) Sin embargo, en contra del erudito francés, creemos haber demostrado que no se puede encontrar una fuente escrita unitaria para el relato: los mismos errores de éste, así como sus añadidos o discrepancias (cf. §§ 8, 17, 20, 29, 36, 38) con los autores anteriores o contemporáneos, excluyen la hipótesis de una dependencia directa y exclusiva del autor del *Viaje* con respecto a la literatura de viajes disponible en el siglo XVI.

(3) En muchos momentos da la sensación de que el creador de Urdemalas se basó en una relación oral para escribir con tanta viveza como acierto sobre un sinfín de peculiaridades de la Grecia de su época. Mueven a creerlo así muy especialmente las transcripciones de las palabras griegas, que parecen haber sido tomadas de viva voz por alguien con muy buen oído para percibir las diferenciaciones fonéticas (cf. §§ 63, 64, 81, 96, notas 14, 15), así como la existencia de dialectalismos de las islas que únicamente podría conocer quien hubiera tenido trato con gentes de dicha región. Igualmente, los numerosos aciertos en las descripciones, corroborados por las noticias de viajeros contemporáneos y posteriores (cf. §§ 7, 11, 15, 18, 19, 22-28, 31-33, 36, 38-41, 43, 68). Y, por último, sus errores de oído o de interpretación, junto con los fallos de memoria (cf. §§ 91-93), incomprensibles en quien tiene abiertas frente a sí las páginas de un libro de consulta. Y si se nos forzara a emitir un juicio sobre el valor de la fuente informativa del autor del *Viaje* no vacilaríamos en estimarlo muy alto: de todos los libros occidentales que de Grecia han tratado en el siglo XVI es el *Viaje de Turquía* el que mejor y más amplia información nos depara sobre dicho país.

4) Viene a reforzar nuestra suposición el hecho de haberse escrito, asimismo, dos libros con sendas descripciones de la Hélade y sus costumbres sin que sus autores hubieran pisado jamás el suelo griego. Nos referimos a los de Crusius y Guillet.

El primero, con honradez loable, previene al lector en la introducción de que sus noticias proceden de segunda mano. En efecto, estando a punto de partir para Constantinopla el embajador alemán en la Sublime Puerta, David Ungnad, encargó Crusius a uno de sus acompañantes, el joven Gerlach, que le remitiera noticias sobre la Grecia cautiva. Gerlach no sólo cumplió escrupulosamente el encargo, sino que puso a Crusius en relación con el protonotario del patriarca constantinopolitano, Teodoro Zigomalas, viniendo así a cruzarse una correspondencia entre el profesor de Heidelberg y el eclesiástico griego, que fue publicada años más tarde en la *Turcograecia*.

Mayor interés, desde nuestro punto de vista, ofrece el caso de Guillet. De hacer caso a sus afirmaciones, un hermano suyo, el señor de la Guil-

letière, habría caído preso de los turcos y, tras haber logrado escapar del cautiverio después de su venta a un corsario tunecino, escribió sus andanzas y aventuras, enviándoselas al propio Guillet. Sin embargo, todo esto no es sino una patraña hábilmente urdida. La información del francés procede de otras fuentes:

En effet, en même temps que le Père Babin adressait sa relation à Lyon, les capucins (de Atenas) faisaient parvenir de semblables documents à Paris; ils y envoyaient une copie de leur plan générale d'Athènes, et. ce que valait mieux, quelque frère instruit qui, en rentrant en France, se trouvait être en état de répondre aux questions. Tout cela, j'ignore par quelles voies, fut mis à la disposition de Guillet de Saint-Georges (Laborde, I, p. 214-15).

Pues bien; otro tanto debemos suponer con nuestro anónimo autor. Imaginemos a un mercedario o a un soldado español que regresa de tierra de turcos y se alberga en casa de un hombre avisado, justamente como en el caso Contreras-Lope: ¡Qué noticias más jugosas, más exactas, no contaría a su huésped, quien, poco a poco, iría acariciando la idea de narrar aquellas fabulosas aventuras de un modo autobiográfico para prestarles vivacidad sobre un trasfondo de ideas erasmistas! Tal es, a nuestro juicio, como debemos representarnos la génesis de nuestro libro, no como una mera labor de erudito en la soledad de un cuarto de trabajo a lo largo de arduas vigilias dedicadas a entresacar de aquí y de allá notas librescas.

5) Repugna a esta hipótesis también la formación humanística del autor, sus conocimientos de griego antiguo y moderno y sus mismas inclinaciones. En clara discrepancia con Bataillon, creemos haber demostrado que nuestro amigo, aparte de tener un interés harto menguado por el mundo antiguo, poseía una cultura clásica muy precaria. Las únicas lecturas de griego antiguo que parece haber realizado son las de unas cuantas páginas de los *Moralia* de Plutarco, como cualquier principiante en dicha lengua. Pero, si a esto se añade el que tanto el final del prólogo como el colofón del *Viaje* son una añadidura posterior (que explicaría, por otra parte, esa desmedida afición a Plutarco ajena al resto de la obra), ni siquiera esa exigua parte de lecturas directas del griego se le podrían poner en cuenta. Unos cuantos pasajes mal citados de la *Odisea*, de la *Eneida* y de Cicerón sería el único bagaje humanístico de nuestro autor, que ni siquiera, como es el caso del ejemplo virgiliano, lo ha adquirido en contacto directo con los textos clásicos. Hombre inteligente, sin duda, el padre de Urdemalas, supo unir a las noticias orales que le diera un escrupuloso informador las falsas plumas de una erudición barata, sacadas de libros como el de Menavino (cf. § 56),



con las cuales, a más de exornar el relato, sistematizó y completó sus informes (así ocurre especialmente en lo relativo a los turcos y sus costumbres, cf. §§ 7-II).

6) En cuanto a sus pretendidos saberes del romaico de la época, es obligado decir que indicios muy poderosos incitan a creer que lo ignoraba totalmente, reduciéndose sus méritos a la transcripción —eso sí, con cuidado exquisito— del puñado de palabrejas y formulillas banales que alguien impuesto en la materia le fue comunicando.

Asimismo, habida cuenta de la despectiva desenvoltura con que el autor se permite a veces hablar de la medicina, se saca la impresión de que no fue médico. Y, de haberlo sido, puesto que a nadie se le puede negar el derecho a hacer de vez en cuando burla de la propia profesión, no debió rebasar la más discreta medianía. Su carencia de conocimientos idiomáticos le impedía leer en el original a los grandes maestros de la medicina antigua. Valga de prueba la curiosa etimología que da a la palabra 'almástica' (cf. § 39) y lo dicho a propósito de la 'gerapliega' (cf. § 75).

Por todas estas razones juzgamos imposible atribuir la paternidad del *Viaje* al gran Andrés Laguna, aun reconociéndole a Bataillon —lo que ya es bastante conceder— que no está reñido el rigor científico con la jovialidad, y que, aun en la edad proveyta y aquejado de achaques, pueda todavía un hombre contar con el humor suficiente para escribir, desatendiendo tal vez menesteres más urgentes, una obra como ésta, tan vital, tan juvenil, tan radicalmente —y perdónesenos el calificativo— dionisiaca.

7) Por desgracia, las conclusiones deducidas de nuestro estudio son puramente negativas, y somos los primeros en lamentar no poder contribuir mejor a la dilucidación de un arduo problema de nuestra historia literaria. Permítasenos, empero, que, olvidando por una vez el clásico *sutor, ne ultra crepidam*, reunamos unos cuantos indicios que pudieran servir al especialista a buscar los rastros del autor del *Viaje*. Parece éste bien impuesto en el *Nuevo Testamento* (no es cuestión que hayamos estudiado a fondo), indicio quizá, que algunos pasajes de la obra vinieran a confirmar, de que realizó estudios eclesiásticos en la Universidad de Alcalá, cuya vida estudiantil da la impresión de conocer. ¿Sería un clérigo de creencias, ya más que erasmistas, netamente heterodoxas? Recordemos que al año siguiente al de la composición del *Viaje de Turquía* hubo una cremación de luteranos en Valladolid, ciudad en la que ciertos estudiosos sitúan el diálogo. ¿Terminaría el autor sus días de mala manera y sería su nombre borrado del manuscrito de la obra?

Pero esto —y hagamos hincapié en ello— no es sino una tímida

sugerencia. Hay otra pista por donde se le podrían seguir las huellas al incógnito autor: el gran mundo diplomático. Nuestro hombre parece estar muy al tanto de los últimos sucesos de Constantinopla. Algunos de ellos, es cierto, podrían conocerlos en Occidente círculos relativamente amplios de personas. Así, por ejemplo, la huida de los 'marranos' Beatriz de Méndez y Josef Nazi a Constantinopla, o el hecho de que los embajadores franceses en la Sublime Puerta habían sido Aramont (Mos de Ramundo) y Codignac (Mos de Codoñat), o las desventuras del embajador húngaro Juan María Malvezio, predecesor de Busbecq, quien relató sus peripecias con toda clase de pormenores en su *Ep.*, I, páginas 16 y 17. Pero lo que ya no es probable que le fuera dado a cualquiera es el acceso a ciertos documentos cancillerescos, como la carta de presentación del embajador veneciano Antonio Herizo al Gran Turco, que Bataillon<sup>3</sup>, 136-37, se tomó la molestia de comprobar y resultó rigurosamente cierta. Tampoco es fácil que el hombre de la calle estuviera tan al corriente de ciertos episodios de la *chronique scandaleuse* en el mundillo diplomático constantinopolitano, como el del curioso matrimonio del embajador francés (p. 238-39); ni que pudiera referir anécdotas de nobles italianos como don Fabricio Piñatelo, o españoles como el duque de Medinaceli (p. 202). ¿Serviría en Italia nuestro autor como criado en casa de algún prócer, al igual que Cervantes y otros tantos personajes y personajillos con inquietudes intelectuales?

Son muchas las hipótesis que podrían hacerse en torno al enigmático autor del *Viaje*, a cuya identificación tal vez no sea nunca posible llegar. Envuelto en las brumas del pasado, sarcástico y burlón, desafía la indiscreta curiosidad del erudito, satisfecho de la fascinación que en él ejerce, como regodeándose de que su secreto aún no se haya podido descifrar.

LUIS GIL.  
JUAN GIL.